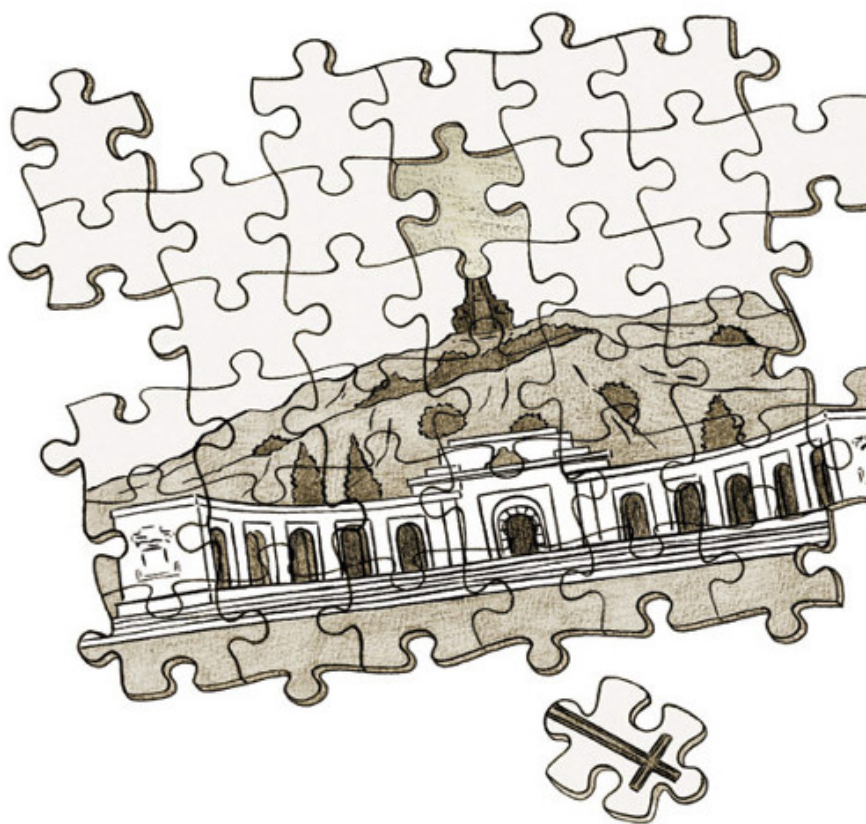




«Tengo la sospecha de que si Margaret MacMillan pasara unas semanas en nuestro país sacaría materia suficiente para otro libro entero.» — **ANTONIO MUÑOZ MOLINA**

MARGARET MACMILLAN

USOS Y ABUSOS DE LA HISTORIA



Pocos como los historiadores se han preocupado tanto de forjar identidades a lo largo del planeta. El pasado podemos usarlo casi para cualquier cosa que se desee hacer en el presente. Con responsabilidad para obtener reafirmación, lecciones o consejos y para abusar de él, para crear mentiras sobre un pasado que nunca existió, alimentar el narcisismo colectivo o escribir historias desde una única perspectiva. Los usos y abusos de la historia dan para mucho.

En esta obra Margaret Macmillan trata del modo en que se usa la Historia y en que se abusa de ella, en que se la manipula para justificar una matanza, una guerra o el poder de un tirano, en que se la sustituye por leyendas urdidas para alimentar el narcisismo colectivo, para envejecer y ennoblecer un pasado que no tuvo nada de ejemplar ni de glorioso o que sencillamente no existió. Usamos la Historia para entendernos a nosotros mismos y deberíamos usarla para entender a los otros, escribe MacMillan, pero el catálogo de desatinos que ella misma enumera le da a uno una idea más bien pesimista de la actitud humana hacia el conocimiento de la verdad.



Margaret MacMillan

USOS Y ABUSOS DE LA HISTORIA

ePub r1.1

Titivillus 04.10.17

Título original: *The Uses and Abuses of History*

Margaret MacMillan, 2009

Traducción: Ana Herrera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para mis sobrinas y sobrinos

Agradecimientos

Este libro se fue escribiendo debido a una invitación que recibí del Departamento de Historia de la Universidad de Western Ontario para dar las conferencias Joanne Goodman en otoño de 2007. Esta serie, llamada así en memoria de una estudiante de historia que murió trágicamente en un accidente de coche, se remonta a 1966 y ha tenido una lista de conferenciantes muy distinguida. Fue un honor para mí encontrarme entre ellos y también supuso la oportunidad de reflexionar sobre un tema que yo misma elegí. Agradezco muchísimo a la facultad y estudiantes de la Western que asistieron a todas mis conferencias y me ayudaron a elaborar mis observaciones mediante sus preguntas y comentarios.

Me siento muy afortunada por haber encontrado en Jonathan Weier un ayudante de investigación de gran nivel, que al final se convirtió en algo más que un colaborador. También estoy muy agradecida, como siempre, a todos aquellos amigos y familiares que discutieron mis ideas conmigo y que leyeron mis borradores con infinita paciencia. Es una larga lista, pero me gustaría destacar con una mención especial a mis hermanos Tom y David, mi hermana Ann, mi cuñado Peter Snow y mis sobrinos Dan y Alex, así como mi agente Caroline Dawnay y su homólogo canadiense Michael Levine. Mi madre, Eluned, como de costumbre fue una crítica y lectora de pruebas excelente. Bob Bothwell me ha enseñado tanto de historia a lo largo de los años que me resulta difícil darle las gracias adecuadamente. Una vez más fue

tan amable que leyó mi manuscrito y me dio sus consejos. También me he beneficiado enormemente de estar en la universidad de Oxford y hablar con mis muchos y nuevos colegas interesados en los distintos usos de la historia. Debo una gratitud especial a Anne Deighton, Rosemary Foot, Yuen Foong Khong, Kalypto Nikolaïdis y Avi Shlaim, y también a los estudiantes de St Antony que me han escuchado pacientemente y me han enviado valiosa información. Finalmente, aunque no en último lugar, se encuentran las personas de Profile que han dado el ser a este libro: Andrew Franklin y Ruth Killick. Muchas gracias.

Introducción

La historia es algo que hacemos todos, aunque, como el hombre que descubrió que estaba escribiendo en prosa, no siempre nos damos cuenta. Queremos que nuestras vidas tengan sentido, y a menudo nos preguntamos cuál es nuestro lugar en la sociedad y cómo hemos llegado hasta aquí. De modo que nos contamos historias, no siempre ciertas, y nos hacemos preguntas sobre nosotros mismos. Tales historias y preguntas inevitablemente nos conducen al pasado. ¿Cómo he llegado a ser la persona que soy? ¿Quiénes eran mis padres? ¿Y mis abuelos? Como individuos todos somos, al menos en parte, producto de nuestra propia historia, que incluye nuestra procedencia geográfica, nuestra época, nuestra clase social y nuestro entorno familiar. Yo soy canadiense, me crié en Canadá, y por tanto disfruté de un extraordinario periodo, inusual en gran parte de la historia mundial, de paz, estabilidad y prosperidad. Seguramente todo eso ha condicionado mi forma de ver el mundo, quizá con más optimismo y esperanza de que las cosas mejorarán del que habría tenido si hubiese nacido en Afganistán o en Somalia. Y también soy el producto de la historia de mis padres y de mis abuelos. Yo me crié con ciertos conocimientos, incompletos y fragmentarios, desde luego, de la segunda guerra mundial, en la que luchó mi padre, y de la primera guerra mundial, donde participaron mis dos abuelos.

Usamos la historia para comprendernos a nosotros mismos, y debemos usarla para comprender a los demás. Si nos enteramos

de que un conocido ha sufrido alguna desgracia, ese conocimiento nos ayuda a evitar hacerle daño. (Si nos enteramos de que ha tenido una suerte increíble, eso puede afectar también a la manera de tratarle, pero de otro modo muy distinto). Nunca podemos suponer que somos todos iguales, y eso es cierto tanto en los negocios y la política como en las relaciones humanas. ¿Cómo vamos a comprender nosotros, los canadienses, los sentimientos apasionados de los nacionalistas franceses de Quebec, si no sabemos algo del pasado que los ha marcado y continúa marcándolos, los recuerdos de la conquista de los británicos en 1759 y la sensación de que los hablantes de francés se habían convertido en ciudadanos de segunda clase? ¿O la mezcla de resentimiento y orgullo que tantos escoceses sienten hacia Inglaterra, ahora que en Escocia se ha encontrado petróleo? Si no sabemos qué significó la pérdida de la guerra civil americana y la reconstrucción para los blancos del sur, ¿cómo podremos entender su resentimiento hacia los yanquis, que todavía persiste hasta el día de hoy? Sin conocer la historia de la esclavitud y la frecuente violencia que sufrían los negros, incluso después de la emancipación, no podemos empezar a captar siquiera las complejidades de la relación entre las razas en Estados Unidos. En los asuntos internacionales, ¿cómo vamos a entender la profunda hostilidad entre palestinos e israelíes sin tener algún conocimiento de sus trágicos conflictos?

La historia es inútil, es la famosa frase de Henry Ford, y a veces, quizá especialmente en Norteamérica, nos resulta difícil reconocer que no se trata de algo muerto. No permanece ahí quieta y segura en el pasado, para que le echemos un vistazo cuando nos apetezca. La historia puede ayudarnos, pero también puede ser muy peligrosa. Es más sensato pensar que no es un montón de hojas muertas o una colección de artefactos polvorientos, sino más bien un estanque a veces benigno, a menudo virulento, que yace debajo del presente, dando forma silenciosamente a nuestras

instituciones, nuestra manera de pensar, nuestros gustos y aversiones. Acudimos a ella, incluso en Norteamérica, para obtener reafirmación, lecciones, consejo. La reafirmación, ya sea de identidades grupales, peticiones o justificaciones, casi siempre se obtiene usando el pasado. Creemos que nuestra vida tiene sentido si formamos parte de un grupo mayor, que ha precedido a nuestra existencia y nos sobrevivirá (llevando, sin embargo, parte de nuestra esencia al futuro). A veces abusamos de la historia, y creamos explicaciones unilaterales o falsas que justifican el maltrato a los demás, arrebatárles sus tierras, por ejemplo, o matarlos. La historia también nos puede ofrecer muchos ejemplos y consejos, y es fácil elegir lo que uno quiere. El pasado se puede usar casi para cualquier cosa que se desee hacer en el presente. Abusamos de la historia cuando creamos mentiras sobre el pasado, o escribimos historias que muestran sólo una perspectiva. Podemos extraer nuestras conclusiones bien o mal. Eso no significa que no debemos examinar nuestra historia para buscar comprensión, apoyo y ayuda; significa que debemos hacerlo con mucho cuidado.

La locura por la Historia

La historia, y no necesariamente la que estudian los historiadores profesionales, es muy popular en estos tiempos, incluso en Norteamérica, donde siempre hemos tenido la tendencia a mirar hacia el futuro en lugar de mirar hacia el pasado. Esto se puede explicar en parte por las fuerzas del mercado. La gente está mejor educada y, sobre todo en las economías maduras, tiene más tiempo libre y se jubila antes. No todo el mundo quiere retirarse a una urbanización al sol y pedalear en triciclos para adultos como única diversión. La historia puede ayudar a formarse una idea del mundo en el que vivimos. Puede resultar fascinante, incluso divertida. ¿Cómo podría inventarse el mejor novelista o dramaturgo a personajes como César Augusto, Catalina la Grande, Galileo o Florence Nightingale? ¿Cómo podrían inventarse los guionistas unas historias de acción o unos dramas humanos mejores que los que han existido, a miles, a lo largo de todos los siglos de historia conocida? Existe en el mundo una gran sed tanto de conocimientos como de entretenimiento, y el mercado ha respondido con entusiasmo.

Museos y galerías de arte organizan enormes exposiciones sobre personajes históricos como Pedro el Grande o sobre periodos específicos de la historia. En todo el mundo abren cada año nuevos museos para conmemorar momentos del pasado, incluso los más dramáticos. China tiene museos dedicados a las atrocidades japonesas cometidas durante la segunda guerra mundial. Was-

hington, Jerusalén y Montreal tienen museos del Holocausto. La televisión tiene canales dedicados enteramente a la historia (a menudo, todo hay que decirlo, mostrando un pasado que parece formado en su mayor parte por batallas y biografías de generales); los lugares históricos quedan agostados bajo los pies de los turistas; las películas históricas (pensemos sólo en las más recientes sobre la reina Isabel I de Inglaterra, por ejemplo) hacen dinero, y la proliferación de novelas históricas populares demuestra que los editores saben muy bien dónde está el beneficio. Los documentales de Ken Burns, desde la clásica serie de la guerra civil americana a la de la segunda guerra mundial, se emiten repetidamente. En Canadá, el programa *People's History* de Mark Starowicz atrae a millones de espectadores. Los *Historica Minutes*, producidos por la fundación privada Historica, dedicada a promover la historia de Canadá, son tan populares entre los adolescentes canadienses que a menudo realizan proyectos escolares donde filman ellos mismos algunos minutos. En el Reino Unido, la serie de David Starkey sobre los monarcas británicos le ha hecho rico y tan famoso como los propios reyes y reinas.

Muchos gobiernos tienen ahora departamentos especiales dedicados a conmemorar el pasado... o, como se denomina a menudo de manera pomposa, nuestro «patrimonio». En Canadá, el Departamento de Patrimonio Canadiense exhorta a los canadienses a aprender cosas de la historia, la tierra y la cultura de Canadá: «El patrimonio es nuestro tesoro colectivo, que se nos entrega para que lo leguemos a nuestros hijos». El término puede abarcarlo prácticamente todo: lengua, folklore, bailes, recetas, antigüedades, cuadros, trajes, edificios. Hay asociaciones para conmemorar los coches antiguos, o las armas, los cromos de béisbol o las cajas de cerillas. En Inglaterra, un joven arquitecto ha fundado la Sociedad para la Conservación y Protección de las Chimeneas para salvar, tal y como indican sus objetivos, «a esos centinelas del tiempo».

En Francia, que tiene un Ministerio de Cultura especialmente activo desde hace décadas, 1980 fue declarado *Année du Patrimoine*. Los franceses se disfrazaron para representar los grandes momentos de su historia. En los años siguientes se dobló el número de lugares y monumentos de interés patrimonial de la lista oficial. Aparecieron muchos museos nuevos, dedicados a los zuecos, por ejemplo, o a los bosques de castaños. A finales de la década, el gobierno estableció una comisión especial para supervisar la conmemoración del bicentenario de la Revolución Francesa en 1989.

Francia ha vivido una explosión de recreaciones del pasado, festividades, meses, semanas y días especiales. Las posibilidades son infinitas: el inicio y el final de las guerras, los nacimientos y las muertes de personas famosas, la primera publicación de un libro o la primera representación de una ópera, una huelga, una manifestación, un juicio, una revolución, incluso los desastres naturales. Y no todas las actividades las inspira el gobierno: muchas vienen de iniciativas locales y voluntarias. Châlons-sur-Marne celebró el centenario de la invención de las conservas enlatadas. Y no sólo en Francia las comunidades desean visitar su pasado: Perth, Ontario, celebró una semana de fiestas en 1993 para conmemorar el queso gigante enviado a la Feria Mundial de Chicago en 1893. Tal y como han percibido los gobiernos locales y los comerciantes, el pasado siempre es bueno para el turismo.

Los gobiernos tienden a asumir que la atención y cuidado adecuado del pasado mejorará el presente. En Estados Unidos, la Ley Nacional de Conservación Histórica presume que la conciencia del pasado ayudará a hacer mejores a los americanos. Según afirma esta ley, hay que conservar el patrimonio de la nación «para poder dar orientación al pueblo americano». La orden ejecutiva de 2003 del presidente George W. Bush titulada «Conservemos América» se hacía eco de tal intención: «El Gobierno Fe-

deral reconocerá y gestionará las propiedades históricas que posee como bienes que pueden apoyar las misiones de departamentos y agencias, contribuyendo a la vitalidad y bienestar económico de las comunidades de la nación y promoviendo una mayor apreciación del desarrollo de Estados Unidos y sus valores subyacentes».

Está claro que la pasión por el pasado va más allá de las fuerzas del mercado o de las políticas gubernamentales. La historia responde a diversas necesidades, desde entendernos mucho mejor nosotros mismos y nuestro mundo a obtener respuestas y saber qué hacer. Para muchos seres humanos, el interés por el pasado empieza con ellos mismos. Y eso se debe en parte a la biología. Como otras criaturas, los humanos tienen un principio y un final, y en medio se encuentra su historia. Probablemente también tenga que ver con la conciencia de que hoy en día la gran mayoría de las personas viven en un mundo que cambia con rapidez, mientras las relaciones duraderas, que antes eran lo habitual, ya fuese con lugares o con personas de la familia o amigos, ya no existen para muchos. La fascinación actual por la conservación del patrimonio obedece también al temor de que estemos perdiendo fragmentos del pasado preciosos e irremplazables, ya se trate de lenguas muertas o edificios deteriorados. A veces, los conservacionistas parecen desear que el propio tiempo se detenga. En Nueva York, para referirnos a un debate actual, ¿habría que reemplazar los edificios de viviendas del Lower East Side por unos edificios más modernos y salubres? ¿O habría que conservarlos, como dice un portavoz del Tenement Museum (museo de las casas de pisos), «para recordarnos la experiencia de vivir y trabajar en su interior»?

Diecinueve millones de personas de todo el mundo están apuntados a Friends Reunited, en internet, que pone a uno en contacto con amigos perdidos hace tiempo, incluso de los primeros días de escuela. Si alguien quiere retroceder un poco más,

y lo hace cada vez un número mayor de personas, puede investigar su genealogía. Es comprensible, decía un portavoz del College of Arms, en Londres, «en una sociedad de usar y tirar, donde todo es efímero». La mayor parte de los archivos nacionales ahora tienen secciones especiales destinadas a clientes que están investigando su historia familiar.

Gracias a los mormones, que recogen los registros parroquiales, genealogías y registros de nacimientos para sus propios fines, Salt Lake City alberga una enorme colección de registros de alcance mundial. Internet lo ha hecho todo aún más fácil, con docenas de páginas donde se pueden investigar los antepasados, y algunas más especializadas dedicadas a un solo apellido. En Canadá y el Reino Unido, el popular programa de televisión *Who Do You Think You Are?* (¿Quién crees que eres?) satisface nuestra fascinación por la fama y la caza de antepasados al irse remontando, a menudo con sorprendentes resultados, en los árboles genealógicos de los famosos.

Recientes descubrimientos científicos han hecho posible ir más allá de los registros escritos. Gracias a la posibilidad de descifrar el ADN, los científicos ahora pueden remontarse hasta los antepasados de un individuo a través de la línea materna y encontrar a otros con la misma estructura genética. A medida que se acumulan datos en las bases de datos informativos, se hace posible ver cómo han migrado los seres humanos a lo largo de los años. Eso es importante para cualquiera que desee retroceder más allá de donde le llevan los rastros documentales. Y es especialmente importante para aquellos que nunca han tenido demasiados rastros documentales que seguir, ya de entrada. Los inmigrantes que llegaron en grandes oleadas al Nuevo Mundo en los siglos XIX y XX para escapar a una vida mísera e incierta en Europa, a menudo perdían todos los vínculos con su pasado, a veces incluso sus antiguos nombres. Para los descendientes de esclavos americanos, que carecían de la más mínima esperanza de recupe-

rar el camino que siguieron sus antepasados desde África, y tampoco tenían muchas oportunidades de averiguar qué les había ocurrido una vez llegaron a Estados Unidos, el ADN ha abierto súbitamente la puerta del conocimiento propio. Un programa conmovedor llamado *African American Lives* (Vidas afroamericanas), emitido por la PBS en 2006, buscó el ADN de algunos afroamericanos famosos, como Oprah Winfrey y Quincy Jones. A veces los resultados son decepcionantes: las historias de algún tatarabuelo que descendía de reyes a menudo son sólo eso, historias. A veces hay sorpresas, como cuando un oscuro profesor de contabilidad de Florida averiguó que descendía de Genghis Khan. El profesor podía pensar que quizá debiera sus habilidades administrativas a su terrorífico antepasado...

La fascinación actual por las historias personales de la gente puede ser narcisista (¿cuánto tiempo deberían pasar los seres humanos examinándose a sí mismos, a fin de cuentas?), pero también procede del deseo de saber qué fue lo que hizo a la gente como es y dio forma al mundo en el que casualmente viven. Si la gente puede retroceder un poco y observar sus propias historias con una perspectiva más amplia, verá que es el producto no sólo de individuos particulares, sino de sociedades y culturas enteras. Los miembros de determinados grupos étnicos pueden averiguar que han heredado sus perspectivas sobre otros grupos étnicos, y quizá ver también que otros los contemplan de una forma determinada. La historia ha dado forma a los valores humanos, a sus miedos, sus aspiraciones, sus amores y sus odios. Cuando empezamos a darnos cuenta de todo esto, comprendemos un poco mejor el auténtico poder del pasado.

Hasta en los momentos en que la gente cree que está emprendiendo nuevos caminos, sus modelos suelen proceder del pasado. ¿No hemos visto acaso a menudo a revolucionarios, deseosos de construir nuevos mundos, cayendo inconscientemente en los hábitos y modos de aquellos a los que han reemplazado? Napoleón

llegó al poder como resultado de la Revolución Francesa, pero la corte que estableció tomó su modelo de la de los Borbones desplazados. Los comunistas soviéticos de la élite vivían dentro de los muros del Kremlin, igual que hicieron los zares en sus tiempos. Stalin veía a Iván el Terrible y Pedro el Grande como predecesores suyos, y sospecho que Vladimir Putin hacía lo mismo cuando era presidente. Los comunistas chinos se burlaban de la sociedad tradicional de China, pero sus líderes principales decidieron vivir en el corazón de Beijing, donde se encontraba antes la corte imperial. El propio Mao Zedong se retiró a una misteriosa reclusión, del mismo modo que habían hecho los emperadores durante siglos.

«Los hombres moldean su propia historia», dijo Karl Marx, «pero no lo hacen a su gusto: no lo hacen bajo unas circunstancias que han elegido ellos mismos, sino bajo las circunstancias que ya existen, dadas y transmitidas desde el pasado».

Durante la guerra fría, sin embargo, la historia pareció haber perdido gran parte de su antiguo poder. El mundo que emergió después de 1945 se encontraba dividido entre dos grandes sistemas de alianza y dos ideologías contrapuestas, y las dos aseguraban representar el futuro de la humanidad. El capitalismo liberal americano y el comunismo al estilo soviético intentaban, o al menos eso decían, construir sociedades nuevas, quizá incluso nuevos seres humanos. Los antiguos conflictos entre serbios y croatas, alemanes y franceses o cristianos y musulmanes ya no significaban nada y estaban destinados, según la memorable frase de Leon Trotski, al cubo de basura de la historia. La amenaza de la guerra nuclear masiva siempre estaba presente, por supuesto, y de vez en cuando, como durante la crisis cubana de los misiles en 1962, parecía que había llegado el último momento del planeta. Pero no llegaba, y al final la mayoría sencillamente nos olvidamos del peligro. Las armas nucleares adoptaron un aspecto benigno: después de todo, gracias al equilibrio del terror ninguna

superpotencia se atrevería a atacar a otra sin arriesgarse a su propia destrucción. La gente de aquella época asumía que Estados Unidos y la Unión Soviética seguirían enfangados en su conflicto, entre guerra y paz, quizá para siempre. Mientras tanto, el mundo desarrollado disfrutaba de una prosperidad sin precedentes, y aparecían en escena nuevas potencias económicas, muchas de ellas en Asia.

Mis alumnos me decían que yo era muy afortunada por enseñar historia. Suponían que una vez se han establecido correctamente los hechos de una guerra, ya no hay que volver a pensar en ellos nunca más. Debe de ser muy bonito, decían, no tener que revisar las notas nunca. El pasado, después de todo, pasado está. No se puede cambiar. Les parecía que la historia no es mucho más difícil que sacar una piedra del suelo. Puede resultar divertido, pero no es necesario en realidad. ¿Qué importa lo que ocurrió antes? Estamos en el ahora.

Cuando la guerra fría acabó repentinamente en 1989 con el derrumbamiento del imperio soviético en Europa, el mundo disfrutó de un breve periodo de optimismo, demasiado breve. Colectivamente no fuimos capaces de reconocer que las certezas de los años posteriores a 1945 habían sido sustituidas por un orden internacional mucho más complicado. Por el contrario, la mayoría de la gente asumió que la superpotencia que quedaba, Estados Unidos, se convertiría en un líder benévolo. Las sociedades se beneficiarían de unos «dividendos de la paz», porque no habría necesidad ya de gastar enormes cantidades de dinero en lo militar. La democracia liberal había triunfado, y el marxismo había ido a parar al cubo de la basura. La historia, tal y como decía Francis Fukuyama, había llegado a su fin, y un mundo contento, próspero y pacífico se encaminaba hacia el milenio siguiente.

De hecho, muchos de los antiguos conflictos y tensiones seguían vigentes, congelados, justo por debajo de la superficie de la guerra fría. El fin de esa gran lucha trajo el deshielo, y algunos

sueños y odios reprimidos desde hacía largo tiempo volvieron de nuevo a la superficie. El Iraq de Saddam Hussein invadió Kuwait, basando sus reclamaciones en una historia dudosa. Descubrimos que sí importaba que serbios y croatas tuvieran muchas razones históricas para temerse y odiarse entre sí, y que había pueblos dentro de la Unión Soviética que tenían su propia y orgullosa historia y querían su independencia. Muchos de nosotros nos enteramos de quiénes eran los serbios y los croatas, y en qué parte del mapa se encontraban Armenia o Georgia. En palabras del título de un libro de Misha Glenny sobre Europa Central, presenciamos el renacimiento de la historia. Por supuesto, como ocurre a menudo, algunas personas fueron demasiado lejos en el otro sentido y echaron la culpa de todo lo que iba mal en los Balcanes en los años noventa, para tomar uno de los casos más notables, a «odios antiguos», un motivo que soslayaba convenientemente la maldad del entonces presidente Slobodan Miloševic y los de su calaña, que estaban haciendo todo lo posible por destruir Yugoslavia y desmembrar Bosnia. Tal actitud permitió que las potencias extranjeras estuvieran retorciéndose las manos inútilmente durante demasiado tiempo.

Las dos últimas décadas han sido agitadas y desconcertantes, y, cosa nada sorprendente, muchas personas se han vuelto hacia la historia para comprender lo que está ocurriendo. Los libros de historia de los Balcanes se vendían muy bien mientras Yugoslavia se deshacía en pedazos. Hoy en día los editores corren a encargarse de libros sobre Iraq, o a reeditar obras más antiguas. *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, que describe la lucha de los árabes contra los turcos por su independencia, se ha vuelto a convertir en *best seller* otra vez, y sobre todo es muy popular entre los soldados americanos que sirven en Iraq. Mi propio libro sobre la Conferencia de Paz de París de 1919, donde se establecieron en gran medida los cimientos del mundo moderno, no encontraba editor en los ochenta. Como me dijo un editor, na-

die quería leer la historia de un puñado de hombres blancos — que ya habían muerto— sentados en torno a una mesa y hablando de unos acuerdos de paz olvidados hacía mucho tiempo. En los noventa, el tema parecía muchísimo más relevante.

El mundo de hoy está muy alejado del estancamiento de la guerra fría. Se parece más bien a la década anterior a 1914 y el estallido de la primera guerra mundial, o al mundo de los años veinte. En aquellos días, mientras el Imperio Británico empezaba a debilitarse y otras potencias, desde Alemania a Japón y Estados Unidos, desafiaban su hegemonía, el sistema internacional se volvió inestable. Hoy en día Estados Unidos todavía sobresale entre las demás potencias, pero no tanto como ocurrió en tiempos. Se ha visto muy perjudicado por su implicación en Iraq, y se enfrenta a los desafíos de las crecientes potencias asiáticas China e India, y su antigua rival, Rusia. Los problemas económicos, tal y como ocurrió en el pasado, traen consigo presiones domésticas para que haya más protección y barreras comerciales. Las ideologías (entonces el fascismo y el comunismo, ahora los fundamentalismos religiosos) ponen en tela de juicio las suposiciones del internacionalismo liberal, y hacen la guerra a las potencias que se interponen en su camino. Y el mundo todavía cuenta, como ocurría en la primera mitad del siglo XX, con las fuerzas irracionales del nacionalismo étnico.

La Historia como consuelo

Enfrentarse a la incertidumbre no es fácil, y no resulta sorprendente que nos aferremos a cualquier cosa que nos pueda ayudar... incluida la historia. Más adelante me ocuparé del tema de los usos y abusos de la historia en la toma de decisiones, pero por ahora quiero analizar por qué la historia puede ser a la vez tan tranquilizadora y tan atractiva.

Para empezar ofrece sencillez, cuando el presente nos parece desconcertante y caótico.

A lo largo de los años, los historiadores han intentado discernir grandes pautas, quizá una pauta única, que lo expliquen todo. Para algunas religiones, la historia proporciona pruebas del cumplimiento de un objetivo divino. Para el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel, demostraba el cumplimiento del espíritu infinito (*Geist*) sobre la tierra. Karl Marx se basó en Hegel para elaborar su historia «científica», que se proponía demostrar que la historia se mueve inexorablemente hacia su destino final de comunismo pleno. Para Johann Gottfried Herder, el influyente pensador alemán de finales del siglo XVIII, la historia demostraba que existía una nación orgánica alemana desde hacía siglos, aunque en términos políticos no hubiese alcanzado aún su potencial pleno. Para imperialistas como *sir* Charles Dilke, el estudio del pasado confirmaba la superioridad de la raza británica. Arnold Toynbee, cuya obra ahora se halla muy olvidada, observaba una pauta de desafíos y respuestas a medida que las civiliza-

ciones iban consiguiendo vencer obstáculos, y fracaso cuando se volvían blandas y perezosas. Los chinos, a diferencia de muchos pensadores occidentales, no veían la historia como un proceso lineal, en absoluto. Sus eruditos hablaban en términos de ciclos dinásticos, en los cuales las dinastías iban y venían en una repetición sin fin, siguiendo la pauta inalterable de nacimiento, madurez y muerte, todo ello bajo los auspicios de los cielos.

La historia, y quizá sea éste el caso hoy en día, puede ser también una vía de escape del presente. Cuando el mundo es complicado y cambia con rapidez, no necesariamente a mejor, no resulta sorprendente que miremos atrás, a lo que, erróneamente, creemos que era un mundo más sencillo y claro. Los conservadores sueñan con ciudades pintadas por Norman Rockwell donde los niños jugaban inocentemente en sus jardines sin adultos depredadores que los molestasen, mientras hombres y mujeres estaban cómodos en sus papeles, y el sol brillaba un día tras otro, todos llenos de felicidad. En Canadá, una artista con el improbable nombre de Trisha Romance vende miles y miles de grabados de niños con delantal y traje de marinero. El periodo es vagamente victoriano: caballos que arrastran cochecitos y trineos, árboles de Navidad con velitas y familias que se reúnen en torno a chimeneas encendidas. En ese pasado suyo nadie está nunca triste, hambriento o harapiento. Los izquierdistas, por su parte, evocan los gloriosos días en que los sindicatos eran fuertes y tenían dominados a los jefes. Detrás de la fascinación actual por la segunda guerra mundial se encuentra la sensación, del lado aliado, claro está, de que fue la única guerra buena y moralmente nada ambigua. Los nazis alemanes, los fascistas italianos y los militaristas japoneses eran gente manifiestamente mala a la que había que derrotar. (El hecho de que fuésemos aliados de uno de los mayores tiranos del siglo XX, Josef Stalin, es algo que no se tiene en cuenta). Las guerras desde entonces ya no han estado tan claras. La guerra de Corea, ciertamente, era necesaria para derrotar al

expansionismo soviético, pero el intento del general Douglas MacArthur de convertirla en una cruzada contra el comunismo chino dividió a los americanos entre sí y contra sus aliados. Vietnam fue una catástrofe para Estados Unidos, y ahora la ocupación de Iraq lo parece también.

Hoy en día no tenemos ya héroes, o somos demasiado conscientes de los fallos de nuestros líderes, y no tiene explicación el culto a Winston Churchill, un culto que quizá es mucho más pronunciado en Norteamérica que en el Reino Unido. Los británicos al menos tuvieron una experiencia directa de Churchill en otros papeles, aparte del de gran líder de la segunda guerra mundial. Es probable que recuerden su larga carrera política, con su cuota de errores y fracasos. En Norteamérica, el Churchill que se recuerda es sobre todo esa figura imponente que luchó a solas contra el Eje y que ayudó a conseguir la victoria aliada, y no el autor de los desastrosos desembarcos de Gallípoli en la primera guerra mundial ni el renqueante primer ministro que permaneció demasiado tiempo en su cargo, en los cincuenta. No sorprende nada que el presidente George W. Bush sea muy aficionado a compararse con el primer Churchill, y no con el segundo.

Los líderes políticos siempre han sabido el gran valor que tiene compararse con grandes figuras del pasado. Les ayuda a darles estatura y legitimidad como herederos de las tradiciones de la nación. Al compararse con Iván el Terrible y con Pedro el Grande, Stalin estaba asumiendo su papel como constructores de una gran Rusia. Saddam Hussein a su vez se comparaba con Stalin o, acudiendo al pasado islámico e iraquí, con Saladino. El último shah de Irán intentó trazar una línea a través de los siglos que condujera desde Ciro y Darío a su propia dinastía. A Mao Zedong le gustaba remarcar los paralelos entre él mismo y el emperador Qin, que creó China en el año 221 a. C.

Nuestro anhelo actual de héroes es algo más que conveniencia política. Estamos deseosos de conseguir el testimonio de nuestros veteranos de guerra antes de que mueran, por ejemplo, porque nos da la sensación de que tienen algo que enseñarnos. Y nos preocupa cómo honrarlos adecuadamente. A medida que han ido muriendo los últimos veteranos de la primera guerra mundial, ya muy ancianos, un cierto número de países ha pensado en ofrecer un funeral de estado, una ceremonia que normalmente sólo se celebra para los jefes de estado o figuras extraordinarias como el propio Churchill, al último soldado que muriese. Y se han producido macabras discusiones en el sentido de cómo determinar quién es realmente el «último». ¿Cuentan los veteranos que han vivido toda su vida en otros países? ¿Y si un gobierno celebra un funeral y luego se descubre a otro veterano? En 2006 aparecieron en Francia otros dos antiguos veteranos que salían del olvido.

Los propios veteranos y sus familias han demostrado muy poco entusiasmo por toda esa pompa y circunstancia. El antiguo presidente de Francia Jacques Chirac anunció en 2005 que se enterraría al último veterano en un lugar especial, quizá el propio Panteón, pero obtuvo una respuesta muy fría. Lazare Ponticelli, uno de los últimos veteranos franceses de la primera guerra mundial, dijo con firmeza: «Si resulta que soy yo el último superviviente, digo que no. Sería un insulto para todos aquellos que murieron antes que yo y que no obtuvieron ningún honor en absoluto». Él quería un funeral sencillo, que fue lo que tuvo al final, porque, según dijo, no creía que la atención de la nación debiera dirigirse hacia una sola persona, cuando tantos cientos de miles sufrieron y murieron. Chirac se desdijo en seguida y su gobierno habló en términos vagos de convertir las exequias en una ocasión de simbolizar la reconciliación europea.

En Canadá, el Dominion Institute (Instituto del Dominio), que ha mostrado un talento muy activo y emprendedor a la hora

de hacer que los canadienses se sintieran culpables por conocer tan poco su propio pasado, pidió que se diera al último veterano canadiense un funeral de estado. El gobierno no se comprometía en un principio, pero al final accedió porque parecía que existía una fuerte corriente de la opinión pública, y permitió que se votase en el Parlamento. Ningún miembro se atrevió a votar que no en un tema tan emotivo, cosa que no sorprende nada. De nuevo, los familiares de los propios veteranos eran los menos entusiastas. Y las cosas resultaron más violentas aún dado que uno de los dos veteranos canadienses supervivientes en el momento del voto, John Babcock, un anciano muy vivaz que contó a los entrevistadores sus intentos de perder la virginidad durante la guerra, llevaba viviendo en Estados Unidos desde principios de los años veinte.

A menudo, el deseo de celebrar un funeral de estado refleja las preocupaciones de los vivos. El líder conservador inglés, Iain Duncan Smith, aseguraba, sin perder de vista a los votantes, que sería una forma de conmemorar a una generación entera que estuvo ahí, al principio del «siglo del hombre común». Cuando el gobierno italiano enterró al último veterano italiano con honores de estado, el presidente, Carlo Azeglio Ciampi, describía la conmemoración como «un vivo y precioso testimonio del sacrificio de los chicos que lucharon... para hacer nuestro país grande, libre y unido». En Canadá, Rudyard Griffiths, jefe del Dominion Institute, decía: «Si existe un momento en el que resulta necesario que Canadá y los canadienses se muestren atrevidos y generosos en la conmemoración de nuestra historia, en conmemoración de nuestros valores compartidos, seguramente es el momento del fallecimiento del último veterano de la última guerra mundial».

Acudimos al pasado para que nos ayude a respaldar nuestros valores, al menos en parte, porque no confiamos ya en las autoridades de hoy en día. Sospechamos que nuestros políticos sólo

buscan colocarse a sí mismos como representantes. Han aparecido demasiados jefes de empresa que amañaban los libros o que se otorgaban a sí mismos unos emolumentos espléndidos. La locura por el cotilleo llena las páginas de la revista *Hello!* o de *Vanity Fair*, pero también nos deja la inquietante sensación de que ya no queda gente buena y honrada. Sabemos demasiado, ya sea de la vida sexual del presidente Bill Clinton o de los problemas de drogas de Britney Spears. Leemos que hay médicos que cometen errores, o profesores que dicen mentiras. Todo esto también ocurría en el pasado, por supuesto, pero no bajo los intensos focos que proporcionan hoy en día los medios e internet. La historia nos consuela aunque, paradójicamente, cada vez sabemos menos de ella.

En un mundo secularizado como éste en el que vivimos la mayoría en Europa y Norteamérica, la historia se encarga de enseñarnos lo que es el bien y el mal, las virtudes y los vicios. La religión ya no desempeña como antaño un papel importante en el establecimiento de las normas morales y la transmisión de valores. Las congregaciones de las viejas iglesias mayoritarias han declinado enormemente. Es cierto que sigue habiendo grandes iglesias evangélicas, pero en realidad tienen más de entretenimiento y socialización que de religión. Los millones de personas que se denominan cristianos renacidos suelen tener, según las encuestas, una idea muy esquemática de aquello a lo que se están adhiriendo. Y hasta los que siguen teniendo fe en un ser divino se preguntan cómo puede permitir ese ser las maldades que se han presenciado en el siglo XX. La Historia con H mayúscula es lo que viene a rellenar el hueco. Restaura una sensación no necesariamente de lo divino, sino de algo que está por encima y más allá de los simples seres humanos. Es nuestra autoridad: puede reivindicarnos y juzgarnos y condenar a aquellos que se nos oponen.

El presidente Bush, según se dice, ha leído mucha historia últimamente, y al parecer ha encontrado algo de consuelo en ella mientras su presidencia se dirige a su fin y se hunde más aún en las encuestas de opinión. Le ha dado por compararse con el presidente Harry Truman, un vicepresidente nunca puesto a prueba y que se encontró de repente en el cargo al morir el presente Franklin Delano Roosevelt en 1945. Truman, que llegó a la presidencia especialmente poco preparado, gracias a la propensión de FDR a guardarse para sí los temas importantes, era descalificado en su época y apodado «el tendero de Missouri». Durante el ejercicio de su cargo, sus índices de popularidad eran tan bajos como los de Bush hoy en día. «Errar es Trumano», decía un chiste de la época.

Pero la historia ha sido más amable con él, y ahora los historiadores y expertos en general consideran a Truman uno de los mejores presidentes americanos del siglo XX. El presidente se encontró frente a una Unión Soviética cada vez más beligerante y una situación deteriorada en Europa, y superó ese desafío. Él y su administración tomaron las decisiones que pusieron los cimientos para el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la guerra fría. Adoptaron políticas como el Plan Marshall, unas medidas de defensa sin precedentes en tiempos de paz, y el establecimiento de la OTAN, todo lo cual probablemente salvó a Europa Occidental del dominio soviético. Además, Truman demostró mediante sus actos que Estados Unidos estaba preparada para contener la expansión de la influencia soviética. En 1948 y 1949, Estados Unidos lideró a Occidente a la hora de sortear el bloqueo soviético de la zona occidental de Berlín mediante un puente aéreo masivo. Al año siguiente Truman envió fuerzas norteamericanas a Corea para rechazar el ataque desde el norte comunista al sur. La administración de Truman, aseguran muchos todavía hoy en día, hizo posible el largo

enfrentamiento con el bloque soviético y finalmente el triunfo de Occidente en 1989.

En la campaña electoral de 2004, Bush se refirió repetidamente y con admiración a Truman. A medida que Bush se iba haciendo más impopular, las referencias a Truman se hacían cada vez más frecuentes. En diciembre de 2006 dijo a los líderes del Congreso que aunque Truman no fue popular en sus tiempos, la historia había demostrado al final que tenía razón. Estableciendo un paralelismo con la guerra fría, Bush ha dicho a menudo que la lucha contra el terrorismo y el islamismo fundamentalista durará generaciones. En mayo de 2006, en un discurso a los graduados de West Point, se comparó implícitamente con Truman, que según dijo hizo lo correcto, aunque fue criticado a menudo en sus tiempos: «Mediante las acciones que emprendió, las instituciones que creó, las alianzas que forjó y las doctrinas que estableció, el presidente Truman puso los cimientos de la victoria de Estados Unidos en la guerra fría». Bush no mencionó el hecho bastante curioso de que Truman fuese demócrata. Ni tampoco se refirió a otra diferencia significativa: Truman trabajó conjuntamente con las Naciones Unidas, en lugar de tratarlas con desprecio. Las diferencias no pasaron inadvertidas a la prensa ni a los demócratas, pero la Casa Blanca intentó minimizar esos detalles inconvenientes. El secretario de prensa, Tony Snow, negó que Bush se estuviera comparando con Truman. Más bien lo que hacía era recordar a los americanos que igual que en la guerra fría, se enfrentaban a un enemigo motivado por la ideología y las ambiciones globales, cuya derrota llevaría mucho tiempo.

Si la historia es el juez al que apelamos, también puede fallar en nuestra contra. Puede poner de relieve nuestros errores recordándonos los de aquellos que, en otros momentos, se enfrentaron a problemas similares pero tomaron decisiones distintas, quizá mejores. El presidente Bush se negó a negociar con Irán, aunque este país tiene una enorme influencia en Oriente Medio y en

particular ante Iraq. Sus críticos le recordaron a otro presidente americano que se enfrentó a una situación similar en la que Estados Unidos quedó empantanado en una guerra imposible de ganar y perdió gran parte de su autoridad en el mundo. El presidente Richard Nixon decidió que tenía que sacar a Estados Unidos de Vietnam y reconstruir el prestigio americano, y que la clave para hacer ambas cosas se encontraba en Beijing. Aunque Estados Unidos y la República Popular eran enemigos acerbos que no habían tenido virtualmente contacto entre sí desde hacía décadas, se embarcó valientemente en una iniciativa que consiguiese un reconocimiento mutuo y, al menos eso esperaba, ayuda mutua también. Cuando yo daba conferencias en Estados Unidos sobre *Nixon y Mao*, mi libro sobre el viaje de 1972 del presidente a China, se me hacía repetidamente una pregunta: si Nixon fuese presidente hoy en día, ¿iría a Teherán a buscar ayuda para sacar a Estados Unidos de Iraq?

Como juez, la historia también deja sin efecto las protestas de omnisciencia de los líderes. Los dictadores, quizá porque conocen muy bien sus propias mentiras, se han dado cuenta a menudo del poder que tiene la historia. En consecuencia han intentado reescribir, negar o destruir el pasado.

Robespierre en la Francia revolucionaria y Pol Pot en la Camboya de los años setenta querían iniciar una sociedad nueva desde el principio. El nuevo calendario de Robespierre y el Año Cero de Pol Pot estaban destinados a borrar el pasado y toda sugerencia de que había formas alternativas de organizar la sociedad. Se dice que el fundador de China, el emperador Qin, destruyó todos los documentos anteriores, enterró a los eruditos que podían recordar la historia y escribió la suya propia. Las dinastías sucesivas no fueron tan brutales, pero también escribieron sus propias historias sobre el pasado de China. Mao fue un poco más allá: intentó destruir todos los recuerdos y todos los objetos que, al recordarle el pasado al pueblo chino, le impidieran a él

remodelarlo y convertirlo en los nuevos hombres y mujeres comunistas. Animados por él, los miembros de la Guardia Roja salieron en desbandada por toda China destrozando porcelanas de valor incalculable, quemando libros, abatiendo templos y estatuas, dando palizas y matando incluso a profesores, escritores, sacerdotes, a cualquiera que pudiese ser acusado de transmitir lo antiguo. La Ciudad Prohibida de Beijing se salvó sólo porque Zhou Enlai envió a unos soldados a protegerla. En la Unión Soviética, Stalin eliminó a su gran rival Leon Trotski de libros, fotografías y documentos, hasta que Trotski se convirtió, según la escalofriante definición de George Orwell, en una «no-persona». Los auténticos registros de Trotski demostraban que, después de todo, Stalin no era el heredero natural de Lenin, el reverenciado fundador de la Unión Soviética, y que no había representado el papel fundamental en la victoria de los bolcheviques sobre sus muchos enemigos.

Su actitud hacia la historia, por supuesto, no impidió que los grandes dictadores intentaran asegurar su propia inmortalidad mediante estatuas, monumentos, tumbas y, en tiempos posteriores, fotografías y películas. Stalin escribió una historia del comunismo en la Unión Soviética en la cual los únicos dos individuos que figuraban en su triunfante progreso eran él mismo y Lenin, que luchaban contra diversos enemigos, ninguno de los cuales se identificaba. El emperador Qin construyó una enorme tumba que estaba destinada a durar toda la eternidad. (En La Meca, las autoridades religiosas y políticas saudíes intentan consagrar a Mahoma de una forma diferente, sacándole de la historia de modo que no sea ya humano. La policía religiosa no deja rezar a los peregrinos en lugares como la cueva donde se dice que el Profeta recibió el primer mensaje de Dios, basándose en que tal plegaria es idolatría. A lo largo del último medio siglo, los edificios que albergaban al Profeta y su familia han sido destruidos uno a uno hasta los cimientos. Sólo en las dos últimas décadas, según el Ins-

tituto del Golfo, han desaparecido el 95 por ciento de los edificios más antiguos de la Meca, que tenían más de mil años de antigüedad).

Nuestra fe en la historia frecuentemente se extiende hasta el punto de querer enmendar el pasado mediante disculpas y compensación por acciones pasadas.

Ahora hay muchos casos en los que individuos y organizaciones admiten que se han equivocado y ofrecen alguna forma de retribución. Los bancos suizos que obtuvieron ganancias con las riquezas confiscadas a los judíos se beneficiaron de los crímenes nazis y los condonaron, de modo que tuvieron que pagar indemnizaciones a los herederos de aquellos que los sufrieron. El estado alemán pagó justas compensaciones a lo largo de los años a las familias de los judíos asesinados por el régimen de Adolf Hitler. Los gobiernos canadiense y norteamericano ciertamente tenían la obligación de indemnizar a los japoneses cuya propiedad fue ilegalmente confiscada cuando fueron agrupados e internados en campos durante la segunda guerra mundial. El propio internamiento de aquellos japoneses que eran ciudadanos de derecho fue de una legalidad dudosa. Ambos gobiernos se han disculpado y han pagado indemnizaciones a todos los supervivientes. En todos estos casos, el vínculo entre aquellos contra los que se pecó y los que cometieron el pecado era directo y claro.

A menudo el vínculo está menos claro, pero la disculpa tiene sentido político en el presente. Las disculpas de la reina Isabel de Inglaterra ante los maoríes de Nueva Zelanda por la confiscación ilegal de sus tierras en el siglo XIX no significan que ella acepte la culpa; más bien han sido la sociedad y el gobierno de Nueva Zelanda los que se han ido moviendo para arreglar los temas más importantes con los maoríes e intentar compensar las desventajas que sufrieron. En 2004, tres senadores americanos presentaron una ley para disculparse oficialmente ante todos los pueblos nativos por la «larga historia de depredaciones oficiales y malas polí-

ticas por parte de Estados Unidos». Los cínicos observaron que en un año electoral, los proponentes de la ley quizá se vieran motivados por el hecho de que el voto nativo era clave en determinados estados. Al final la ley no fue aprobada.

La aceptación de responsabilidad y el acto del arrepentimiento pueden ser saludables para sociedades que luchan por superar horrores pasados. En Sudáfrica, al acabar el *apartheid*, las figuras públicas tanto blancas como negras empezaron a hablar de seguir adelante sin dejar que el pasado desgarrara la sociedad. A finales de los ochenta, cuando el presidente Frederik Willem de Klerk y su Partido Nacionalista blanco negociaron el fin del *apartheid* con Nelson Mandela y el Congreso Nacional Africano, su reto compartido era procurar una transición pacífica hacia un gobierno de mayoría negra. La dificultad consistía tanto en asegurar a los antiguos opresores (la policía y las fuerzas de seguridad, por ejemplo) que no serían castigados por obedecer órdenes como calmar el comprensible deseo de venganza y retribución de los negros a quienes estos habían oprimido. El trato, que resultó muy difícil de llevar a cabo, fue que una comisión examinara el pasado y tuviera el poder de conceder amnistía a sus testigos y hacer recomendaciones sobre las compensaciones a las víctimas del *apartheid*. En 1995, menos de dos años después de las primeras elecciones multirraciales, el parlamento sudafricano aprobó la Ley de Promoción de la Unidad y Reconciliación Nacional. La Comisión de la Verdad y la Reconciliación empezó sus sesiones en la primavera de 1996, y redactó su informe final dos años después. Fue una experiencia extraordinaria y conmovedora que sacó a la luz todas las maldades del *apartheid*. La comisión celebró 140 vistas en todas partes de Sudáfrica, y recogió veintidós mil declaraciones de víctimas del *apartheid*. Siete mil miembros del antiguo régimen solicitaron amnistías. Antiguos policías secretos declararon y admitieron torturas y asesinatos. Los testigos negros lloraban y rezaban mientras revivían lo que les había ocurri-

do a ellos y a sus familias. Por supuesto, la comisión no consiguió curar todas las heridas. La concesión de amnistías sigue siendo poco popular, especialmente entre los negros, y el pago de indemnizaciones ha sido irregular y lento. Sin embargo, cuando la comisión acabó sus sesiones en 1998, los sudafricanos de todos los colores y clases se habían enfrentado con los testimonios del *apartheid* y habían empezado a avanzar hacia un futuro compartido.

¿Resulta sano para las sociedades, por tanto, disculparse por cosas que se hicieron en otros siglos y bajo diferentes creencias? Los políticos y otros actores se han apresurado a disculparse por todo tipo de cosas, aunque resulta difícil entender por qué sienten esa responsabilidad... o qué bien podría hacer su disculpa. El papa se disculpó por las Cruzadas. La hija del poeta británico John Betjeman se disculpó con una ciudad que está cerca de Londres por un verso de uno de sus poemas, que dice: «venid, amables bombas, y caed sobre Slough / que ahora ya no es apta para los humanos». En los años noventa, el presidente Bill Clinton se disculpó por la esclavitud, y Tony Blair por la hambruna de la patata de Irlanda. Un descendiente del famoso filibustero y esclavista isabelino *sir* John Hawkins se puso una camiseta en la que se leía «Lo siento mucho» y se arrodilló frente a una multitud de ciudadanos en Gambia.

En Canadá, sucesivos gobiernos federales se han disculpado e incluso en algunos casos han pagado indemnizaciones por políticas que, por muy desagradables que nos puedan parecer ahora, llevaron a cabo predecesores suyos legalmente constituidos. Esa práctica suscita algunas reflexiones interesantes. Canadá cobraba un impuesto personal a los inmigrantes que venían de China. Su intención era indudablemente racista, para disuadir a los «orientales» de que se establecieran en el país. Pero ¿tiene que pagar acaso el Canadá de hoy en día alguna compensación a los descendientes de aquellos que decidieron pagar ese impuesto? ¿No ten-

dría más sentido usar los fondos para la comunidad en conjunto en lugar de dedicarlos a algunos individuos? ¿Cuánto haría falta? Lamentablemente, han aparecido distintos grupos que aseguran hablar en nombre de la comunidad de chinos canadienses discutiendo entre sí por ver cuánto dinero debería distribuir el gobierno.

¿Hasta dónde deberíamos llegar en este cuestionamiento *a posteriori*, intentando incluso invertir las decisiones del pasado? Recientemente, el gobierno británico decidió que el ejército no tendría que haber ejecutado a unos soldados por cobardía en la primera guerra mundial. Así que les ha perdonado de manera póstuma. ¿Es correcto, se pregunta Matthew Parris, un respetado periodista británico, cuestionar retrospectivamente los juicios que se llevaron a cabo entonces? «Dudo de que hoy en día seamos capaces de cuestionar *a posteriori* juicios realizados hace tres generaciones en circunstancias muy distintas, y según un código moral mucho más duro», afirma Parris. ¿Se puede dirigir un ejército sin una disciplina estricta, se pregunta, incluyendo duras represalias contra aquellos que se niegan a obedecer órdenes o que intentan desertar ante el enemigo? No es natural para los seres humanos arriesgarse a la muerte en el campo de batalla. La amenaza de ejecución puede ayudar a evitar que los ejércitos se desintegren y se conviertan en una chusma desorganizada. Podemos afirmar que no debería haber guerras en el mundo y que tampoco debería haber ejércitos, pero hasta que llegue esa paz, necesitamos fuerzas armadas para defendernos y llevar a cabo nuestras políticas.

Los gobiernos canadienses han caído recientemente en tales intentos de remodelar el pasado, por ejemplo, en el caso del internamiento de determinados grupos étnicos en tiempos de guerra. En ambas guerras mundiales, Canadá internó a aquellos que se contemplaban como enemigos nacionales. En la primera guerra mundial, el enemigo era el Imperio austro-húngaro, y mu-

chos de los ucranianos que vivían en Canadá procedían del interior de sus fronteras. Quizá se hubiesen ido de allí porque no les gustaba el gobierno de los Habsburgo; quizá algunos de ellos todavía fuesen leales al viejo emperador. En agosto de 1914, ciertamente, un obispo ucraniano en Winnipeg instaba a los hombres de su congregación a acudir a Estados Unidos para así dirigirse a casa desde allí y luchar por Francisco José. ¿Debería haber apostado el gobierno canadiense de aquel entonces por su lealtad hacia su nuevo hogar? Se decidió no hacerlo, y por lo tanto los internaron. Los gobiernos británicos y australianos tomaron una iniciativa semejante al internar a sus súbditos alemanes, aunque muchos de ellos eran residentes desde hacía décadas.

En la segunda guerra mundial, los gobiernos aliados internaron a muchos de los suyos de origen japonés, alemán e italiano. Ahora sabemos que los poderes del Eje perdieron, pero en el momento en que se tomó la decisión no estaba claro en absoluto lo que ocurriría. Y no resultaba nada tranquilizador que las tres potencias del Eje esperasen ayuda confiadamente de sus comunidades emigrantes en países aliados. ¿Habría sido responsable por parte de cualquier gobierno aliado pasar por alto la posibilidad de que hubiese simpatizantes de la Alemania nazi, la Italia fascista o el Japón militarista entre ellos (como ocurrió realmente)? Es menos perdonable que se hicieran tan pocos esfuerzos para intentar distinguir entre los leales y los posiblemente desleales. En el Reino Unido, una mayoría de los «extranjeros enemigos» de Alemania y Austria eran refugiados judíos. Y sin embargo, ellos también fueron detenidos y enviados a campos de concentración como el de la isla de Man. Más de siete mil fueron enviados a Canadá y Australia; varios cientos murieron en el *Arandora Star* cuando fue torpedeado. Y fue irresponsable y desde luego totalmente ilegal confiscar sus propiedades. Tanto en Estados Unidos como en Canadá, la propiedad de los internados japoneses fue

robada, destruida o liquidada a precios de remate a especuladores ansiosos. Ambos gobiernos han pagado indemnizaciones.

Las palabras son baratas, aunque pueden conducir a exigencias caras, y a los políticos les gusta aparecer como personas humanitarias y sensibles. Además, las disculpas sobre el pasado se pueden usar como excusa para no hacer mucho en el presente. Australia ha intentado lidiar con las penosas condiciones en las que vive la mayoría de su población aborigen (la esperanza de vida de los aborígenes es diecisiete años menor que la del resto de la población). Esa intención exige mirar hacia el pasado. En 1997 la Comisión de Derechos Humanos e Igualdad de Oportunidades del país emitió un informe condenando la antigua práctica, que duró desde la primera guerra mundial hasta los años setenta, de quitar los niños aborígenes a sus padres para educarlos como «blancos». Los australianos liberales se sentían horrorizados, y todos los gobiernos estatal y territoriales expresaron sus disculpas por las «generaciones robadas». En 1998 un comité de ciudadanos estableció el primer Día Nacional del Duelo, y miles de australianos firmaron libros de condolencias que luego se entregaron a las comunidades aborígenes. El gobierno de la Commonwealth, sin embargo, permaneció en silencio. John Howard, primer ministro de Australia hasta su derrota en 2007, se resistió a cualquier sugerencia de que Australia tuviese algo por lo que disculparse. Su sucesor, Kevin Rudd, presentó una moción ante el parlamento de la Commonwealth que fue aprobado por unanimidad. El 13 de febrero de 2008, mientras los líderes aborígenes y otros invitados especiales se encontraban sentados en la galería y australianos de todo el país contemplaban la emisión por televisión, Rudd pronunció las históricas palabras: «Nos disculpamos por las leyes y políticas de los sucesivos parlamentos y gobiernos que han infligido profundo dolor, sufrimiento y pérdidas a nuestros compañeros australianos». Sin embargo, evitó cuidadosamente la cuestión de las indemnizaciones, y proporcionó pocos datos

acerca de cómo piensa afrontar el gobierno problemas como el analfabetismo, la embriaguez, el abuso infantil y el desempleo entre tantas comunidades aborígenes. Un líder aborigen se refirió con mucho cinismo al posible impacto de las disculpas de Rudd: «Los negros recibirán las palabras y los blancos se quedarán con el dinero».

En Estados Unidos, un tema especialmente controvertido ha sido si el gobierno debería disculparse o no por la esclavitud. Negros y blancos se dividen claramente: mientras la mayoría de los blancos no creen que sea necesaria una disculpa por algo que se hizo generaciones atrás, una inmensa mayoría de negros cree que debería haber una disculpa, y una mayoría algo más pequeña cree que el gobierno debería pagar indemnizaciones a los descendientes de esclavos. El noventa y seis por ciento de los blancos no cree que deba haber reparaciones. En su libro de 2000 *The Debt: What America Owes to Blacks* (La deuda: lo que América debe a los negros), el abogado activista negro Randall Robinson afirmaba que gran parte de la prosperidad de la América blanca se funda en los rendimientos de la esclavitud, y señala a instituciones concretas como la Universidad de Brown, cuyos fundadores hicieron fortuna construyendo barcos de esclavos. La factura podría ser enorme. Richard America, economista de la Universidad de Georgetown, afirma que a los negros americanos se les deben entre 5 y 10 billones de dólares. Se han presentado un cierto número de demandas contra el gobierno y empresas americanas buscando compensación para los negros, hasta ahora sin éxito.

Si miramos demasiado al pasado y enredamos con la Historia mediante disculpas, el peligro es que no prestemos la atención suficiente a los problemas arduos de hoy en día. También existe el peligro, y un cierto número de líderes de minorías así lo han señalado, de que concentrarse en agravios pretéritos sea una trampa, y que así los gobiernos y grupos eviten enfrentarse a los

problemas plantándoles cara ahora. Los negros americanos pueden reclamar disculpas por la esclavitud, y los gobiernos americanos ofrecérselas, pero ¿cómo ayudaría eso a los niños negros que acuden a escuelas pobres, o a los hombres negros que no encuentran trabajo y dignidad? Los aborígenes canadienses se han preocupado durante décadas por el paralelismo entre las «Generaciones robadas» y su caso, la práctica de poner a los niños nativos en internados donde aprenderían inglés o francés y acabarían «asimilados» en la sociedad «blanca». Según muchos críticos, tanto aborígenes como no aborígenes, las escuelas residenciales, como se conocen en Canadá, abusaban de los niños que tenían a su cargo, a veces incluso sexualmente, y los despojaban de su cultura. Los líderes aborígenes han hablado de «genocidio cultural», y un antiguo sacerdote de la Iglesia Unitaria ha asegurado, hasta el momento con pocas pruebas concretas, que ha descubierto crímenes, experimentos médicos ilegales y redes pedófilas. El gobierno canadiense ha ofrecido una compensación a cada uno de los antiguos alumnos y ha establecido una Comisión para la Verdad y la Reconciliación, que reunirá información durante cinco años y luego redactará un informe. El presidente de la comisión ya habla de posibles cargos criminales. Por supuesto, la sociedad canadiense debe enfrentarse a esos cargos, pero desgraciadamente muestra poca disposición a gastar los mismos recursos para ocuparse de las espantosas condiciones de vida de muchas reservas hoy en día. El distinguido hombre de letras judeoamericano Leon Wieseltier advierte que el mensaje que obtienen los grupos minoritarios si se centran tanto en el pasado a menudo suele ser: «No os dejéis engañar... sólo hay represión». Obsesionarse con los horrores del pasado como el Holocausto o la esclavitud puede dejar a la gente sin recursos para enfrentarse a problemas de aquí y ahora.

¿A quién pertenece el pasado?

Resulta particularmente desafortunado que a medida que la Historia va adquiriendo más importancia en nuestras discusiones públicas, los historiadores profesionales hayan abandonado masivamente el campo a los aficionados. La profesión de historiador se ha vuelto hacia el interior en las últimas dos décadas, con el resultado de que gran parte del estudio histórico de hoy en día es autorreferencial. Se limita a preguntar sobre todo cómo creamos el pasado nosotros, los historiadores profesionales. ¿Qué teorías usamos o dejamos de usar? Recuerdo que al leer unas solicitudes para la facultad, hace unos años, encontré la de una estudiante que parecía brillante y que decía que quería dedicarse a un campo determinado de la Historia porque estaba «poco teorizado».

Debido quizá a su deseo de equipararse a sus iguales en las ciencias o las ciencias sociales, los historiadores acuden a un lenguaje cada vez más especializado y a frases largas y complejas. Muchos de los textos que se publican son difíciles, a menudo sin ninguna necesidad. Andrew Colin Gow, historiador de la Universidad de Alberta, ofrece una curiosa defensa del oscurantismo. No debemos esperar que los historiadores sean entretenidos ni expliquen historias interesantes, dice, severo: «¿Necesitamos una historia profesional que nos entretenga... sobre todo cuando el dinero público es el que paga en su mayor parte lo que hacemos los historiadores? ¿Necesitamos que los físicos nos entretengan?».

Los historiadores, sin embargo, no son científicos, y si no presentan lo que hacen al público de forma inteligible, otros acudirán corriendo a llenar ese hueco. Los líderes, tanto políticos como de otro tipo, consiguen salirse con la suya haciendo mal uso de la historia o abusando de ella para sus propios fines, porque los demás no tenemos los conocimientos históricos suficientes para enfrentarnos a ellos. Gran parte de los textos históricos que lee y disfruta el público los escriben ya historiadores aficionados. Algunos de esos relatos son muy buenos, pero otros muchos no. La historia mal contada sólo explica una parte de los asuntos más complejos. Afirma un conocimiento que no puede tener de ninguna manera, por ejemplo al transmitir los pensamientos no hablados de sus personajes. Sigmund Freud no hizo ningún bien a su reputación cuando escribió una biografía de Woodrow Wilson junto con el diplomático americano William Bullitt. Freud no conocía a Wilson, nunca leyó sus diarios íntimos, porque Wilson no los llevaba, y sin embargo hablaba con toda tranquilidad de lo obsesionado que estaba Wilson con su padre y sus sentimientos de fracaso. La historia mal contada puede exigir demasiado de sus protagonistas; por ejemplo, esperar que tengan iluminaciones o tomen decisiones que era imposible que adoptaran en ese momento. ¿Podrían haber previsto los estadistas europeos en 1914 el estancamiento del frente occidental, cuando todos sus generales les aseguraban que la guerra debía acabar rápidamente?

La historia mal contada también hace generalizaciones de las que no hay pruebas adecuadas, e ignora hechos extraños que no le cuadran. Antes se pensaba, por ejemplo, que el Tratado de Versalles suscrito entre los aliados y Alemania al final de la primera guerra mundial era tan absurdo y vengativo que condujo inevitablemente a la segunda guerra mundial. Era una historia muy atractiva, reforzada por la polémica de hombres como John Maynard Keynes, pero pasaba por alto algunas consideraciones. Alemania *había* perdido la guerra, efectivamente, y su trato nun-

ca fue tan severo como aseguraban muchos alemanes y como llegaron a creer muchos británicos y americanos. Las reparaciones fueron una carga, pero no tan grande como pudo parecer. Alemania pagó sólo una fracción de la factura, y cuando Hitler llegó al poder la canceló de inmediato. Si Alemania tenía problemas financieros en los años veinte se debía en gran medida a las políticas fiscales del gobierno alemán, que ni quería subir los impuestos ni dejar de pagar los bonos de guerra en poder de tantos representantes de su clase media. Lo que es más, las cosas mejoraron en los años veinte, y no empeoraron. Europa y el mundo se estaban recuperando económicamente, y Alemania e incluso la Rusia soviética entraron en el sistema internacional. Sin la Gran Depresión, que sometió a espantosas tensiones hasta a las democracias más fuertes, y sin una serie de malas decisiones, como las adoptadas por respetables estadistas y generales alemanes que pensaron que podrían usar a Hitler en cuanto le colocasen en el poder, la deriva hacia la agresión y la guerra no se habría producido. La historia mal contada ignora semejantes matices en favor de los relatos que contemplan juegos morales, pero no nos ayudan a considerar el pasado en toda su complejidad. Las lecciones de tales maestros de historia son demasiado sencillas o están equivocadas. Por eso necesitamos aprender a evaluar adecuadamente la historia, y a tomarnos con mucho escepticismo las cosas que se aseguran en su nombre.

Los historiadores profesionales no deberían rendir su terreno tan fácilmente. Debemos hacer lo que podamos para elevar la conciencia del pasado que tiene el público, con toda su riqueza y complejidad. Debemos enfrentarnos a los relatos históricos unilaterales, o incluso falsos, que ahora son del dominio público. Si no lo hacemos, permitimos a nuestros líderes y formadores de opinión que usen la historia para fundamentar reclamaciones falsas y justificar políticas absurdas. Además, los historiadores no deben abandonar la historia política enteramente a la sociología

o los estudios culturales. Nos guste o no, la política importa para nuestras sociedades y nuestras vidas. Sólo necesitamos preguntarnos a nosotros mismos lo diferente que habría sido el mundo si Hitler y los nazis no hubiesen tenido el control de uno de los estados más poderosos de Europa. O qué habría ocurrido al capitalismo norteamericano y al pueblo norteamericano si Franklin Delano Roosevelt no hubiese sido capaz, como presidente, de poner en práctica el *New Deal*.

Aunque resulta muy instructivo, informativo y divertido estudiar temas como los carnavales durante la Revolución Francesa, la imagen de la Virgen María en la Edad Media, el papel de los donuts en la psique canadiense (al parecer, en Canadá se comen más donuts per cápita que en ningún otro país del mundo), o la hamburguesa en la vida norteamericana, no debemos olvidar el aspecto de la historia que el gran historiador alemán del siglo XIX, Leopold von Ranke, resumía como «lo que ocurrió de verdad».

Cada generación tiene sus propias preocupaciones y obsesiones, y por tanto busca nuevas cosas en el pasado y se interroga sobre aspectos distintos. Cuando yo era estudiante de licenciatura, nuestros textos habituales hablaban de la historia política y económica. Había poca historia social, y ciertamente nada de historia de género. La primera oleada de feminismo, a finales de los sesenta, provocó un gran interés por la historia de las mujeres. El crecimiento del movimiento por los derechos de los gays conllevó el auge correspondiente de la historia de gays y lesbianas. La preocupación de la generación del *baby boom* por permanecer jóvenes y atractivos, por ejemplo, ha dado paso a temas especializados como la historia del cuerpo. La desaparición de los imperios europeos y el ascenso de Asia en el poder económico y político ha producido una historia mundial menos centrada en Europa y Norteamérica. Ese proceso de investigación y escritura

de los nuevos temas que le pedimos al pasado es lo que hace que la historia cambie y se desarrolle.

Sin embargo, existe un núcleo irreductible en la historia del pasado: qué ocurrió, y en qué orden. La causalidad y la secuencia son cruciales para comprender el pasado. No podemos afirmar que Napoleón en realidad ganó la batalla de Waterloo, o que la batalla tuvo lugar antes de su invasión de Rusia o de España, aunque, ciertamente, podemos disentir sobre los motivos de que perdiera en Waterloo y el grado en que sus decisiones tempranas contribuyeron a su derrota. Si como historiadores no escribimos la historia de grandes acontecimientos así como las historias pequeñas que conforman el pasado, otros lo harán, y no necesariamente bien.

Los historiadores, sobre todo en el pasado, ya contribuyeron también con creces a la elaboración de narraciones malas y tendenciosas. En la Edad Media, los historiadores cristianos veían el pasado en términos del triunfo universal de la Iglesia católica. Un erudito del Renacimiento demostró que el documento que supuestamente entregaba el poder de los emperadores romanos al papa era falso, y su trabajo alentó una nueva visión del asunto. Los historiadores victorianos a menudo representaban el pasado como un progreso inevitable que conducía al glorioso presente en que Gran Bretaña dirigía el mundo. Y los historiadores franceses, alemanes, rusos y norteamericanos hicieron lo mismo en la historia de sus naciones. Como los poemas épicos, sus libros estaban llenos de héroes y villanos, y de acontecimientos que provocaban cambios. Tales narraciones, dice el eminente historiador británico Michael Howard, nos ayudan en los tiempos difíciles, pero no son más que «historia de guardería».

El papel adecuado de los historiadores, dice Howard con toda razón, es cuestionar e incluso desmontar los mitos nacionales: «Tal desilusión es parte necesaria del crecimiento y la pertenencia a la sociedad adulta, y una buena definición de la diferencia

entre una sociedad liberal occidental y una totalitaria (ya sea comunista, fascista o de autoritarismo católico) es que en la primera el gobernante trata a sus ciudadanos como adultos responsables, y en las últimas no puede hacerlo». Después de la segunda guerra mundial, la mayoría de las democracias occidentales tomaron la difícil pero sabia decisión de encargar adecuadas historias militares del conflicto. En otras palabras: contrataron a historiadores profesionales y les dieron acceso a los archivos sin restricción alguna. El resultado fueron textos históricos que no pasaban por alto los errores y fallos aliados, sino que se esforzaban por dar una imagen lo más completa posible de una lucha muy grande y compleja.

El caso británico es interesante. El gobierno inicialmente dio a Winston Churchill acceso libre a los archivos (y una rebaja de impuestos muy ventajosa) para permitirle escribir su gran historia de la segunda guerra mundial. El objetivo era asegurarse de que llegaba a la imprenta un relato británico de la guerra antes de la inevitable oleada de memorias e historias procedentes de Estados Unidos y Rusia. El resultado, como ha demostrado convincentemente David Reynolds, fue un relato dramático y autoritario que pasaba por alto muchos de los temas espinosos. Churchill decía muy poco, por ejemplo, de los debates dentro del gabinete británico aquellos oscuros días de mayo de 1940. Francia había caído ante los nazis y, según el relato de Churchill, no se discutió lo que debía hacer Gran Bretaña, hubo unanimidad en el sentido de que debía luchar sola. «Las generaciones futuras», decía, «pueden considerar digno de interés que la cuestión suprema de si debíamos luchar solos nunca ocupase un lugar en el orden del día del Gabinete de Guerra. Se dio por sentado, fue algo automático por parte de esos hombres de todas partes del estado, y estábamos demasiado ocupados para perder el tiempo con tales temas irreales, académicos». De hecho, los documentos demuestran que el gabinete consideró algunas alternativas, sobre todo

ver si el dictador italiano Benito Mussolini podría negociar la paz. Esto se rechazó de plano al ser improbable que condujera a algo útil y correr el riesgo de asestar un golpe muy grave a la moral británica, y el gabinete tomó entonces su decisión trascendental.

Desde el principio de la guerra, sin embargo, el gobierno británico se había propuesto que hubiese una historia oficial, y en 1946 nombró al respetado historiador *sir* James Butler para que supervisara lo que se esperaba que fuese una serie de volúmenes sobre distintos aspectos de la campaña de guerra británica. Butler dejó bien claro que por el bien de la reputación de esa serie quería seleccionar a colaboradores individuales que fuesen profesores independientes y con reputación, y no especialistas militares. Además, sus historiadores debían tener acceso total a los registros escritos y libertad para usar lo que encontraran, mientras no pusieran en peligro la seguridad nacional. Como consecuencia, la historia oficial británica es informativa, franca y a veces incluso controvertida. El relato de la ofensiva de bombardeos contra Alemania, por ejemplo, trata sin rodeos de los desacuerdos entre el alto mando de las fuerzas aéreas sobre la zona que se debía bombardear, cuál se prefería, o si el bombardeo de precisión era la forma más efectiva de dañar a Alemania. Lo que significaba esa antigua estrategia, en la práctica, era tomar como objetivo villas y ciudades, en lugar de otros enclaves más pequeños, como fábricas de municiones o depósitos de gasolina. El Ministerio del Aire puso objeciones a ese volumen en 1959 con el argumento de que revelar todos esos detalles podía dañar a la Royal Air Force. El secretario del gabinete, *sir* Norman Brook, dio entonces una respuesta firme. Ese relato, afirmó, no estaba destinado a encubrir los documentos registrados, sino todo lo contrario. Enfrentarse a los temas más difíciles ayudaría a los gobiernos futuros a aprender de los errores pasados.

Las narraciones más sinceras no siempre reciben una cálida aprobación. Noble Frankland, el historiador que redactó el texto oficial de la campaña de bombardeos, fue objeto de terribles ataques personales. Aunque él mismo había volado en la campaña y había ganado la Distinguished Flying Cross (Cruz de Vuelo Distinguido), la prensa conservadora del Reino Unido insinuó que le habían encontrado no apto. (De hecho, pasó unas ocho semanas en tierra con neumonía, después de las cuales volvió al aire sobre Alemania). Frankland no estuvo allí, clamaban sus críticos, erróneamente, y sólo aquellos que habían tomado parte en la lucha podían comprenderla. Muchos de sus críticos más vociferantes admitieron que ni siquiera habían leído el libro o sólo habían leído algunos fragmentos, pero eso no inhibió en absoluto sus críticas. Frankland sugería que los recursos usados en los bombardeos se podían haber aplicado mejor en otros lugares en los últimos meses de la guerra, y que su efectividad a la hora de destruir la moral alemana era algo cuestionable, y todo ello se hinchó rápidamente y se le acusó de haber calificado toda la campaña de «costoso error», unas palabras que él nunca pronunció. Se decía que había insultado el recuerdo de todos aquellos que murieron, y que había herido los sentimientos de los supervivientes y sus familias. Un miembro del Parlamento llegó a decir que era uno de esos típicos escritores cínicos y poco escrupulosos que esperaban hacer dinero mediante revelaciones sensacionalistas. Las acusaciones esgrimidas contra Frankland encuentran paralelismos en las que se han vertido hoy en día con motivo de la exposición del Museo Canadiense de la Guerra, sobre la misma campaña de bombardeos. Los críticos afirman que el museo ha sugerido erróneamente, en una placa bajo el título «Una controversia duradera», que los bombardeos masivos de la industria y las ciudades alemanas fueron tanto inmorales como ineficaces. Lo que decía en realidad la placa era: «El valor y la moralidad de la ofen-

siva estratégica de bombardeos contra Alemania siguen siendo agriamente controvertidos».

Como suele ocurrir a menudo, la reacción del público al trabajo de los historiadores tiene mucho que ver con los temas del momento. A finales de los años cincuenta, Gran Bretaña se encontraba en un periodo de pacífico autoanálisis, y se iba adaptando a su importancia menguante en el mundo y a los manifiestos problemas sociales y económicos en casa. La aventura de Suez, en 1956, había resultado un desastre muy costoso, y aunque el nuevo primer ministro conservador Harold Macmillan alardeaba de la especial relación de su nación con Estados Unidos, estaba muy claro qué país era el socio dominante. El imperio se estaba disgregando; en realidad, Macmillan acababa de pronunciar su famoso discurso sobre los vientos de cambio que soplaban en África cuando tuvo que decidir si dejaba o no que se publicase la obra de Frankland. La segunda guerra mundial asumía una importancia enorme, fue el momento glorioso y valiente en que todos los británicos se unieron entre sí y Gran Bretaña era una de las tres grandes potencias mundiales. Esa mezcla de nostalgia y orgullo la captó limpiamente, de una forma muy poco amable, la revista satírica *Beyond the Fringe*, en el *sketch* «Aftermyth of the War» («Postmito de la guerra»). El examen cuidadoso y claro que había hecho Frankland de la campaña de bombardeos y sus revelaciones sobre los debates y disputas que tuvieron lugar en su momento cayeron como un jarro de agua fría.

Los historiadores, escribió en su autobiografía el gran filósofo de la historia R. G. Collingwood, examinan el pasado con ojos cuidadosos, aunque eso signifique que tengan que volar por los aires algunos mitos muy amados: «Como el pasado y el presente son ajenos el uno al otro, el conocimiento del pasado no sirve demasiado para el presente. Pero supongamos que el pasado vive en el presente; supongamos que está, aunque encapsulado en él, y oculto a primera vista bajo los rasgos contradictorios y más

prominentes del presente, todavía vivo y activo. El historiador puede estar relacionado con el no historiador como el silvicultor cualificado lo está con el viajero ignorante». Y puede ser muy irritante que los historiadores pongan reparos y señalen las ambigüedades. ¿Realmente debemos saber que nuestros grandes héroes, como Winston Churchill, cometieron errores estúpidos? ¿Que existió y existe una controversia sobre la efectividad y la moralidad de la campaña de bombardeos aliados contra Alemania en la segunda guerra mundial? ¿Que John F. Kennedy sufría diversas enfermedades y era peligrosamente dependiente de los analgésicos? Creo que sí, y no por motivos morbosos, sino porque una imagen compleja es mucho más satisfactoria para los adultos que una simplista. Podemos seguir teniendo héroes, y seguir teniendo ideas sobre los aciertos y errores del pasado, y alegrarnos aún de que las cosas resultaran de una manera y no de otra, pero tenemos que aceptar que en la historia, igual que ocurre en nuestras vidas, muy pocas cosas son absolutamente negras o absolutamente blancas.

Los historiadores, claro está, no son dueños del pasado. Es de todos. Pero como los historiadores ocupan su tiempo estudiando la historia, se hallan en una posición mejor que la mayoría de los aficionados para realizar juicios razonados. Los historiadores, después de todo, son expertos en hacer preguntas, establecer conexiones, recoger pruebas y examinarlas. En teoría, poseen un considerable corpus de conocimientos y de comprensión del contexto de unos momentos o acontecimientos en concreto. Sin embargo, cuando producen unas obras que ponen a prueba con intensidad creencias y mitos del pasado, a menudo se los acusa de ser elitistas, nihilistas o sencillamente de estar fuera de contacto con ese lugar imaginario, «el mundo real». En el caso de la historia reciente se les dice, igual que a Noble Frankland, que no pueden tener una opinión si no estuvieron allí.

Aunque está profundamente arraigada, es totalmente errónea la idea de que los que tomaron parte de forma efectiva en grandes acontecimientos o vivieron en una época determinada tienen una comprensión superior a aquellos que vinieron más tarde. En el reciente altercado sobre la exposición del Museo de la Guerra de Canadá de la campaña de bombardeos aliados se han producido los típicos comentarios: los historiadores que montaron la exposición y los que la apoyaron debían someterse al juicio de los aviadores veteranos. Por supuesto, decía el *National Post*, «existe el asunto de la libertad de expresión y de no ceder a la susceptibilidad de todos los posibles grupos afectados. Sin embargo, los veteranos no son un simple grupo afectado sin más». Yo era una de las historiadoras externas a las que se requirió que evaluaran la exposición cuando empezó el escándalo. (Yo apoyé la placa y recomendé con insistencia que el Museo de la Guerra no se echara atrás). Cuando se supo cuál era mi punto de vista, empecé a recibir correos en los que se decía que yo carecía de autoridad para comentar la segunda guerra mundial dado que no participé en ella. Y además se insinuaba que, como mujer, ¿qué sabía yo de temas militares? Ciertamente, no recibí el mensaje que le llegó a uno de mis colegas: «Los veteranos han hecho más por nuestro país y nuestra forma de vida y han mostrado más valor y dedicación al deber del que nunca tendrá usted. Como ellos estuvieron allí y usted no, es lógico que ellos digan la última palabra sobre si la placa es justa o no lo es».

Haber estado allí no permite necesariamente comprender mejor los acontecimientos; en realidad, más bien ocurre justo lo contrario. Yo viví la crisis cubana de los misiles, por ejemplo, pero en aquella época sólo sabía lo que se decía en los medios de comunicación. Como otros millones de personas, no sabía nada de los intensos debates en Washington y Moscú sobre la forma de llevar la crisis. No tenía ni idea de que Kennedy tuviera canales de comunicación secretos con los soviéticos, ni de que los so-

viéticos tuviesen ya cabezas nucleares en Cuba. No sabía que Fidel Castro estaba dispuesto a dejar que destruyesen su país si con ello se aproximaba la victoria soviética en la guerra fría. Fue mucho después, a medida que empezaron a aparecer documentos clasificados de ambos bandos, cuando obtuve una idea mucho más detallada y completa de lo que estaba ocurriendo realmente. El mismo desfase existe entre las experiencias de los veteranos y la historia de la campaña de bombardeos. Ellos sabían lo que era arriesgar sus vidas volando por encima de Alemania, pero no podían saber nada de los debates en Whitehall o del impacto de las bombas que estaban dejando caer. Todo esto sólo se ha podido evidenciar después de mucho examen retrospectivo, mucha investigación y análisis.

La memoria, como nos explican los psicólogos, es algo engañoso. Ciertamente, todos recordamos fragmentos del pasado, a menudo con vivos detalles. Recordamos lo que llevábamos puesto y dijimos en alguna ocasión en particular, imágenes, olores, sabores y sonidos. Pero no siempre recordamos con precisión. El distinguido estadista norteamericano Dean Acheson le contó al historiador Arthur Schlesinger Jr. que una vez tuvo que tomarse un martini bien fuerte después de pasar una mañana sumergido en sus memorias. Acheson estaba esbozando el periodo previo a Pearl Harbor y recordaba vivamente haber estado en el despacho del presidente Roosevelt con el presidente y con Cordell Hull, entonces secretario de estado, aquel fatídico día de 1941 en que Estados Unidos se encontró un paso más cerca de la guerra con Japón al congelar los activos japoneses. «El presidente estaba sentado ante su escritorio; Cordell Hull estaba sentado enfrente de él, y yo estaba en una silla al lado del secretario», escribió. El único problema es que su ayudante comprobó los documentos y averiguó que Hull ni siquiera estaba en Washington ese día.

Erróneamente, pensamos que nuestros recuerdos son como inscripciones grabadas en piedra, y que una vez hechos, no cambian. Nada podría estar más lejos de la verdad. La memoria no sólo es selectiva, sino que es maleable. En los años noventa hubo mucho revuelo y escándalo público con la recuperación de la memoria. Figuras de gran autoridad publicaban libros y aparecían en los medios de comunicación asegurando que era posible reprimir completamente el recuerdo de algunos acontecimientos dolorosos y traumáticos. Trabajando con terapeutas, un cierto número de pacientes descubrían recuerdos de cosas espantosas, como abusos sexuales por parte de sus padres, canibalismo, cultos satánicos y asesinatos. Muchas familias quedaron destrozadas y arruinadas las vidas tanto de acusadores como de acusados. Ahora que el pánico ha cedido, admitimos con pesar que no existe prueba alguna de que los seres humanos sean capaces de reprimir recuerdos dolorosos. Más bien al contrario, esos recuerdos permanecen especialmente vivos.

Unos investigadores del Laboratorio de Psiquiatría Biológica del Hospital McLean, dependiente de la Facultad de Medicina de Harvard, han llevado a cabo recientemente un proyecto de investigación sobre el síndrome del recuerdo reprimido. Su interés se vio estimulado por la súbita aparición de este hecho a finales del siglo XX. Si el síndrome estaba integrado en el cerebro humano, seguramente habría pruebas de su existencia a lo largo de la historia. Encontraron ejemplos en la literatura del siglo XIX, pero, aunque ofrecieron recompensas, no encontraron ejemplo alguno ni en la ficción ni en la no ficción antes de 1800. Concluyeron que «el fenómeno no es una función neurológica natural, sino más bien un síndrome “de origen cultural”, que tiene sus inicios en el siglo XIX». La preocupación de los románticos por lo sobrenatural y la imaginación, igual que trabajos posteriores, sobre todo el de Sigmund Freud, sobre el subconsciente, nos pre-

dispusieron a creer que la mente es capaz de hacernos esas extraordinarias jugarretas.

Vamos corrigiendo nuestros recuerdos a lo largo de los años en parte por un instinto humano natural que tiende a hacer nuestro papel más atractivo o importante. Pero también los cambiamos porque el tiempo y las actitudes cambian a lo largo de los años. En los primeros años después de la primera guerra mundial se recordaba a los muertos en Francia y Gran Bretaña como héroes caídos que habían luchado para defender nuestra civilización. Sólo más tarde, a medida que iba cundiendo la decepción por la guerra, el público británico y francés empezó a recordarlos como víctimas de una lucha inútil. También alteramos los recuerdos que ya no nos parecen adecuados o correctos. Cuando entrevistaba a las mujeres británicas que habían vivido en la India formando parte del Raj, siempre les preguntaba cómo eran las relaciones entre los gobernantes británicos y sus súbditos indios. Invariablemente me decían que nunca hubo tensión alguna entre razas y que los británicos nunca expresaron puntos de vista racistas. Sin embargo, sabemos por fuentes de la época (cartas o diarios, por ejemplo) que gran parte de los británicos de la India, quizá la mayoría, veían a los indios como seres inferiores.

También adaptamos nuestra memoria al ir contando los hechos. Primo Levi, que tanto hizo por mantener vivo el recuerdo de los campos de concentración nazi, nos advertía: «Un recuerdo evocado demasiado a menudo y expresado en forma de historia tiende a convertirse en un estereotipo... cristalizado, perfeccionado, adornado, instalándose a sí mismo en el lugar de la memoria pura y dura, y creciendo a sus expensas». A medida que sabemos más del pasado, ese conocimiento se puede convertir en parte de nuestra memoria también. El director del Museo Yad Vashem del Holocausto en Israel dijo una vez con tristeza que la mayor parte de las historias orales que se habían recogido no eran creíbles. Los supervivientes del Holocausto pensaban, por

ejemplo, que recordaban haber presenciado atrocidades bien sabidas, cuando lo cierto es que ni siquiera se encontraban cerca del lugar donde ocurrieron esos hechos.

En los años veinte, el sociólogo francés Maurice Halbwachs acuñó el término «memoria colectiva» para las cosas que pensamos que sabemos con toda seguridad sobre el pasado de nuestras propias sociedades. «Es típico por ejemplo», escribe, «pensar que un recuerdo colectivo, al menos un recuerdo colectivo significativo, expresa alguna verdad eterna o esencial sobre el grupo... normalmente trágica». De ese modo, los polacos recuerdan la partición de su país («el Cristo entre las naciones») en el siglo XVI-II como parte de su martirio como nación. Los serbios recuerdan la batalla de Kosovo, en 1389, como su derrota en la tierra pero su victoria moral en una lucha inacabable contra los musulmanes. A menudo, las preocupaciones del presente afectan a lo que recordamos como grupo. Kosovo adquirió un significado especialmente profundo en la memoria de los serbios cuando éstos luchaban por convertirse en una nación independiente en el siglo XIX. En siglos anteriores, la batalla se recordaba sólo como un incidente en una historia mucho más larga. La memoria colectiva en realidad trata más del presente que del pasado, porque es esencial para la imagen que tiene un grupo de sí mismo. Y en qué consiste ese recuerdo puede ser, y a menudo es, tema de debate y polémica, en la cual, en palabras de Halbwachs, «se disputan y negocian narrativas en competencia sobre símbolos importantes del pasado colectivo, y la relación de la colectividad con ese pasado, en interés de redefinir el presente colectivo».

Peter Novick ha explicado convincentemente en su libro *The Holocaust in American Life* (El Holocausto en la vida americana) que para los judíos americanos el Holocausto no se convirtió en un rasgo identificativo fundamental hasta los años sesenta. En los años posteriores a la segunda guerra mundial, pocos judíos querían recordar que sus correligionarios habían sido víctimas. Las

organizaciones judías instaban a su comunidad a mirar hacia el futuro, y no hacia el pasado. Sólo en los sesenta esa actitud empezó a cambiar, en parte, según arguye Novick, porque el victimismo empezó a adquirir un estatus mucho más positivo, y en parte también porque las guerras de 1967 y 1973 demostraron tanto la fuerza de Israel como su perenne vulnerabilidad.

A medida que los sionistas del siglo XIX empezaban su atrevido proyecto de refundar un estado judío, iban buscando en la historia judía símbolos y ejemplos. Encontraron, entre muchas otras, la historia de Masada. En el año 73 d. C., mientras los romanos aplastaban los últimos restos de resistencia judía a su gobierno, un grupo de unos mil hombres, mujeres y niños se refugiaron en la fortaleza de Masada, en la cumbre. Elazar Ben-Yair convenció a los hombres de que era mejor morir que rendirse a Roma. Los hombres mataron a sus mujeres y sus hijos y luego se suicidaron. La historia quedó registrada, pero no adquirió importancia para los judíos hasta la Edad Moderna. Masada ha sido erigida como símbolo no de la sumisión a un destino inevitable, sino más bien de la decisión del pueblo judío de morir si era necesario, en su lucha por la libertad. En el Israel independiente se convirtió en fuente de inspiración y lugar de peregrinaje para los militares y civiles israelíes. Como dice un poema popular: «¡Nunca más caerá Masada!». En años recientes, a medida que iba en aumento el pesimismo de Israel sobre las perspectivas de paz con sus vecinos, ha ido tomando forma otro recuerdo colectivo sobre Masada: es una advertencia de que los judíos siempre se enfrentan a la persecución a manos de sus enemigos.

Aunque la memoria colectiva normalmente se basa en hechos, no siempre es así. Si vamos a China, es muy probable que nos cuenten la historia del parque en la zona de concesiones extranjeras de Shanghai que tenía en la entrada un cartel en el que ponía: «No se admiten perros ni chinos». Aunque es cierto que el parque estaba reservado para extranjeros, una cosa ya en sí mis-

ma bastante insultante, el auténtico insulto para la mayoría de los chinos era que los pusieran al mismo nivel que los perros. El único problema es que no existe prueba alguna de que ese cartel existiera. Unos jóvenes historiadores chinos expresaron dudas acerca de esta historia en 1994 y la prensa oficial reaccionó con ira: «Algunas personas», escribió un conocido periodista, «no comprenden las humillaciones de la antigua historia china, o bien albergan actitudes escépticas e incluso llegan al extremo de tomarse a la ligera graves afrentas históricas, y eso es muy peligroso».

Puede resultar peligroso cuestionar las historias que cuenta la gente sobre sí misma porque su identidad en gran medida se halla moldeada y ligada por su historia. Por eso el hecho de enfrentarnos al pasado y decidir qué versión queremos o qué es lo que queremos recordar y olvidar puede tener una carga política tan significativa.

Historia e identidad

Discutimos sobre la historia porque puede tener un significado real en el presente. Y la usamos de muchas formas diferentes: para movilizarnos y conseguir objetivos en el futuro, para hacer reclamaciones (de tierras, por ejemplo) y desgraciadamente también para atacar y menospreciar a los demás. Examinar el pasado puede ser una especie de terapia si descubrimos cosas de nuestra propia sociedad que habían pasado inadvertidas o reprimidas. Para aquellos que no tienen poder o que sienten que no lo tienen en la medida suficiente, la historia puede ser una forma de protestar contra su marginalidad, o contra tendencias o ideas que no les gustan, como la globalización. Los casos en que salen a la luz injusticias o crímenes del pasado se pueden usar para buscar una reparación en el presente. A todos, poderosos o débiles por igual, la historia nos ayuda a definirnos y reivindicarnos.

¿Quién soy yo? Es una pregunta que nos hacemos a nosotros mismos, pero igual de importante es: ¿quiénes somos nosotros? Obtenemos una gran parte de nuestra identidad de las comunidades en las que hemos nacido o a las que hemos decidido pertenecer. Género, etnia, orientación sexual, edad, clase, nacionalidad, religión, familia, clan, geografía, ocupación y, por supuesto, historia pueden afectar a la forma en que definimos nuestra identidad. A medida que van apareciendo nuevas formas de definirnos a nosotros mismos, aparecen nuevas comunidades. La idea del adolescente, por ejemplo, raramente existía antes de

1900. Las personas eran niños o adultos. En el siglo XX, en los países desarrollados, los niños iban a la escuela mucho más tiempo y, por tanto, dependían mucho más de sus padres. Los años de adolescencia se convirtieron en un largo puente entre la niñez y la edad adulta. El mercado captó una oportunidad y así es como tenemos ropa, música, revistas, libros y programas de televisión y de radio especiales para adolescentes.

Nos vemos a nosotros mismos como individuos, pero también como parte de un grupo. A veces nuestro grupo es pequeño, una familia extensa quizá, y a veces vasto. Benedict Anderson ha acuñado la memorable expresión «comunidades imaginadas» para los grupos, como naciones o religiones, que son tan grandes que nunca podremos conocer a todos los demás miembros, que aun así siguen contando con toda nuestra lealtad. Los grupos señalan nuestra identidad mediante símbolos, ya sean banderas, camisas de colores o canciones especiales. En ese proceso de definición normalmente la historia representa un papel fundamental. Los regimientos del ejército comprendieron hace tiempo la importancia de la historia a la hora de crear una sensación de cohesión. Por eso tienen la historia del regimiento y honran las batallas de campañas pasadas. Como era de esperar, esas celebraciones del pasado a menudo resultan unilaterales o simplistas.

La mayoría de los americanos conocen la historia de la cabalgata de Paul Revere, el valiente patriota que galopó solo aquella noche de 1775 para advertir a sus compañeros revolucionarios de que los casacas rojas ingleses estaban a punto de atacar. Ocho décadas más tarde, Henry Wadsworth Longfellow ayudó a fijar esa cabalgata en el recuerdo de los norteamericanos con su poema épico. Pero lamentablemente para los historiadores, algunos de los detalles más importantes los reflejó mal. Revere, por ejemplo, no puso ningún farol para indicar los movimientos de los británicos («uno por tierra, dos por mar») en el campanario de

la iglesia Old North. En realidad eran una señal para él. Y lo más importante quizá es que no actuó por cuenta propia, sino como parte de una estrategia muy bien planeada y coordinada. Salieron varios jinetes aquella noche, en distintas direcciones. David Hackett Fischer, que ha escrito el que parece ser el estudio definitivo sobre la cabalgada, encuentra que esta versión más veraz es preferible a la de Longfellow. «Cuanto más sabemos de esos mensajeros, más interesante se vuelve el papel de Paul Revere: no era simplemente un correo solitario, sino un organizador y promotor de un esfuerzo común por la causa de la libertad».

Los historiadores también han examinado el mito del Oeste americano. Centenares de películas del oeste y miles de novelas de escritores como Zane Grey (que sólo fue al oeste de luna de miel) y Karl May (que nunca estuvo allí) han ayudado a crear la imagen de un mundo salvaje en el que audaces vaqueros y colonos decididos domesticaban a hordas de indios salvajes. El mito tiene un atractivo muy poderoso. Desde el presidente Teddy Roosevelt al presidente George W. Bush, a las elites políticas americanas les ha gustado retratarse a sí mismas como osados vaqueros. Incluso Henry Kissinger, por muy improbable que nos pueda parecer la imagen, cayó víctima de ese hechizo. «A los norteamericanos les gusta el vaquero que conduce la caravana de carretas, cabalgando solitario en su caballo», dijo a la periodista italiana Oriana Fallaci. «Ese hombre actúa, sin más; está en el lugar adecuado en el momento adecuado». Pero en el Viejo Oeste «de verdad», la época de las caravanas de carretas que se dirigían hacia una frontera siempre abierta y sin ley duró un tiempo sorprendentemente breve, desde la década de 1840 en que los colonos en número creciente se desplazaban al oeste del río Missouri, hasta la inauguración del primer ferrocarril intercontinental en 1869. Es más, muchos de los estereotipos familiares se deshacen y toman una forma mucho más compleja, incluso perturbadora. Los vaqueros a menudo eran pistoleros adolescentes que hoy en

día formarían parte de bandas urbanas o estarían en la cárcel. Billy el Niño era un asesino a sangre fría; encantador, eso sí. Miss Kitty Russell, la cálida y atractiva propietaria del *saloon* en la serie de televisión *La ley del revólver*, habría tenido un aspecto muy distinto en el Viejo Oeste de verdad. En la frontera, las mujeres como ella eran prostitutas míseras y mal pagadas, frecuentemente alcohólicas y estragadas por las enfermedades. Muchas de ellas se acababan suicidando.

Dentro de Estados Unidos, los mitos organizativos nacionales se han visto impugnados por otros regionales mucho más fuertes, sobre todo en el caso del sur. Los blancos del sur americano crearon su propia historia después de la Guerra Civil. No resulta sorprendente que el antiguo sur anterior a la guerra adquiriese un resplandor dorado, a cuya luz todos los hombres eran caballeros y todas las mujeres eran damas, y la gentileza y la cortesía marcaban las relaciones entre las personas, incluso entre los propietarios de esclavos y sus esclavos. La victoria yanqui puso fin a una civilización, y la reconstrucción no hizo más que causar pérdidas y degradación. La organización Hijos Unidos de la Confederación, fundada en 1894, vigilaba y controlaba los currículos escolares para asegurarse de que en las escuelas del sur se enseñase la versión aprobada de la historia. Los editores de libros de texto se plegaron a sus exigencias y publicaron textos con distintas versiones de la historia americana: unos para el sur, que quitaban importancia a la esclavitud e ignoraban su brutalidad, y otros para las escuelas del norte. Y así, hasta los niños negros en sus escuelas segregadas recibían una imagen del sur en la cual la esclavitud y el racismo se hallaban mayoritariamente ausentes. Por el contrario, se les decía que los africanos eran afortunados porque los habían traído a América y así habían entrado en contacto con la civilización europea. Es una pena, concluían aquellos textos con pesar, que los africanos no tengan la capacidad innata de aprovechar las oportunidades. Los profesores negros ha-

cían todo lo que podían para contrarrestar tales puntos de vista introduciendo historia de África y de la América africana en sus escuelas, pero no siempre era fácil, porque los currículos escolares debían aprobarlos las juntas escolares, formadas por blancos.

Las conmemoraciones públicas, museos y archivos reforzaban la versión blanca de la historia sureña. A lo largo de todo el sur, espacios públicos como parques y plazas recibieron nombres de héroes confederados y se llenaron de monumentos en su memoria. En 1957, el estado de Virginia celebró una ceremonia para conmemorar el 350 aniversario del primer asentamiento en Jamestown. El pasado que se celebraba era enteramente blanco, y no se hizo mención alguna a los indios locales ni a los esclavos africanos que se llevarían a aquel lugar unos pocos años más tarde. Entre los invitados en 1957 no había ningún negro; se había invitado a seis por error, pero sus invitaciones fueron anuladas a toda prisa.

En los años sesenta, con el auge del movimiento de los derechos civiles, el equilibrio de poder en el sur empezó a cambiar y la historia del sur cambió con él. Las escuelas se iban integrando en un estado tras otro, y los libros de texto al estilo antiguo se convirtieron en algo vergonzoso. Los museos empezaron a reconocer la presencia negra en el sur en sus vitrinas y exposiciones. Una señal de cambio, sin duda, fue cuando el Museo de la Confederación empezó a exhibir grilletes. Los negros del sur presionaron para tener sus propios museos de la historia negra y la historia de los derechos civiles. Su tarea no siempre fue fácil, y no precisamente debido a una encarnizada oposición blanca. Como la historia negra no se había valorado en las instituciones dominadas por los blancos, gran parte de la documentación y muchos artefactos que podían haber iluminado la historia de los negros en el sur, sencillamente no habían sobrevivido. Los negros pedían cada vez más que en los espacios públicos se conmemorase a sus héroes. En Richmond, Virginia, que eligió por primera vez

un ayuntamiento con mayoría negra en 1977, se añadió un monumento al gran tenista negro Arthur Ashe a los dedicados a héroes de la guerra civil a lo largo de la Monument Avenue, y en 2000 dos puentes por encima del Potomac que llevaban el nombre de grandes soldados de la guerra civil como Stonewall Jackson y Jeb Stuart fueron rebautizados con el nombre de luchadores locales por los derechos civiles.

Recientemente, los blancos y negros del sur han intentado compartir una historia común. En 1999, negros y blancos asistieron juntos al descubrimiento de una placa al borde de una carretera para marcar el linchamiento de dos parejas negras hacía un siglo. Era la primera vez que la infame historia de los linchamientos se reconocía públicamente en Georgia. «Ya es hora de curar las heridas», decía un periódico local. En Williamsburg, Virginia, la ciudad colonial, cuidadosamente conservada, no contenía referencia alguna a su gran población esclava y las recreaciones históricas mostraban sólo a blancos. Ahora, la nueva historia representa la relación entre esclavos y propietarios de esclavos. A veces ha intervenido algún turista furioso cuando las palizas a esclavos fugitivos, por ejemplo, han sido demasiado realistas. Y esa visión más completa del pasado no gusta a todo el mundo. Muchos mantienen que la historia debe ser estimulante, y no deprimente. Hubo oposición a un monumento en Virginia a una fallida revuelta de esclavos, alegando que era una glorificación de la violencia.

Sentirse parte de algo, en nuestros tiempos fluidos e inciertos, puede resultar consolador. Si somos cristianos, musulmanes, canadienses, escoceses o gays, eso significa que pertenecemos a algo mayor, más estable y más duradero que nosotros mismos. Nuestro grupo nos precedía y seguramente sobrevivirá a nuestra muerte. Ahora que muchos ya no creemos en otra vida, se nos promete así una suerte de inmortalidad. La identidad, sin embargo, puede ser también una trampa que nos aprisiona y nos separa

de los demás. A los niños victorianos se les decía: «No llores, eres un pequeño inglés». A las mujeres se les ha dicho repetidamente que, como miembros de una comunidad en particular, debían ser mansas y sumisas. A los vecinos se les ha dicho que no confiaran unos en otros porque eran serbios o croatas, musulmanes o judíos. En Toronto, donde yo me crié, protestantes y católicos iban a escuelas distintas. Era motivo de escándalo y vergüenza que un miembro de una de las comunidades decidiera casarse con un miembro de la otra.

La historia es una forma de hacer valer la comunidad imaginada. Los nacionalistas, por poner un ejemplo, aseguran que su nación siempre ha existido en esa zona convenientemente vaga de «la niebla del tiempo». La Iglesia anglicana afirma que a pesar de la ruptura con Roma durante la Reforma, está integrada en una progresión sin interrupción alguna desde la primera Iglesia. En realidad, examinando cualquier grupo vemos que su identidad es un proceso, y no algo fijo. Los grupos se definen y se redefinen a sí mismos a lo largo del tiempo y como respuesta a procesos internos, un despertar religioso quizá, o a presiones externas. Si uno está oprimido y victimizado, como les ha ocurrido y sigue ocurriéndoles a los gays en muchas sociedades, esa situación se convierte en parte de la imagen que uno tiene de sí mismo. Y a veces incluso conduce a una competencia bastante indecorosa por el victimismo. Los negros americanos han visto con resentimiento que la conmemoración del Holocausto ocupaba un lugar cada vez más importante en la conciencia americana. ¿No era acaso la esclavitud un crimen igual de importante?, se han preguntado algunos.

Cuando algún grupo marginal o previamente ignorado desarrolla la conciencia propia, sale a escena inevitablemente el pasado. Por ejemplo, cuando las mujeres y los gays empezaron a presionar para obtener mayores derechos, el estudio de su historia evolucionó también. Examinando las desventajas que tenían las

mujeres y los gays en el pasado y la forma que tenían de sobrellevarlo, o descubriendo y contando la historia de las primeras feministas y los primeros activistas gay, los historiadores ayudaron a crear una conciencia de solidaridad e incluso de derecho a alguna forma de compensación.

En los años veinte, el educador e historiador afroamericano Carter G. Woodson puso en marcha la Semana de la Historia Negra para rebatir los estereotipos blancos sobre los negros, subrayando los logros de los negros. Hacia los años setenta, los negros americanos habían reivindicado sus derechos con éxito mediante los movimientos de derechos civiles, y cada vez sentían más orgullo de ser negros. En 1976, Estados Unidos celebró su bicentenario y la semana de Woodson se convirtió en el Mes de la Historia Negra. El presidente Gerald Ford envió un mensaje de buena voluntad: «El último cuarto de siglo ha presenciado al fin unos pasos importantes hacia la plena integración de los negros en todas las áreas de la vida nacional. Al celebrar el Mes de la Historia Negra, podemos llenarnos de satisfacción por su reciente progreso en la realización de los ideales contemplados por nuestros Padres Fundadores. Y más aún, podemos aprovechar la oportunidad para honrar los logros de los americanos negros en todas las empresas a lo largo de nuestra historia, descuidados en demasiadas ocasiones». El objetivo de un mes equivalente en el Reino Unido era celebrar de manera similar las contribuciones de los negros a la sociedad británica, y animar a los negros a sentir orgullo por su propia cultura. En Canadá, en los años noventa, los padres negros afirmaban que las escuelas locales no hablaban lo suficiente de la contribución de los negros en Canadá. «Dejaron fuera a los africanos en América», decía el director del Centro Cultural Negro en Nova Scotia. Ahora que los negros habían entrado ya en la corriente dominante, necesitaban conocer su historia. Para otros líderes negros, su historia era la forma de enfrentarse a un mundo hostil y superar los estereotipos. En

1995 y como respuesta a la presión de los negros canadienses, el gobierno decretó que Canadá tuviese su propio Mes de la Historia Negra, «para celebrar los muchos logros y contribuciones de los negros canadienses que, a lo largo de la historia, han hecho tanto para que Canadá fuese la nación culturalmente diversa, compasiva y próspera que conocemos hoy».

Ahora los activistas sordos, que alegan que la sordera no es una incapacidad, sino una marca de diferenciación, están en proceso de crear una Nación Sorda. Se resisten a las intervenciones médicas, como los implantes cocleares, o a los intentos de enseñar a hablar a los niños sordos («oralismo», dicen con desdén) e insisten en que el lenguaje de signos es una lengua con todas las de la ley, por derecho propio. La «D» mayúscula (de *deaf*, sordo en inglés) simboliza la idea de que la sordera es una cultura, y no simplemente la pérdida de audición. Los escolares realizan trabajos y cursos de historia sorda, y publican libros con títulos como *Deaf Heritage in Canada: A Distinctive, Diverse, and Enduring Culture* (*Patrimonio sordo en Canadá: una cultura distinta, diversa y duradera*) o *Britain's Deaf Heritage* (*Patrimonio sordo británico*). En 1984, un profesor americano llamado Harlan Lane empezó a investigar y publicar artículos sobre la opresión de los sordos en el pasado. Aunque él puede oír, está aprendiendo la lengua de los signos.

Hoy en día, los que se cuentan entre los D suelen llevar una cinta azul, porque los nazis obligaban a los sordos a llevarla. En 1999 se celebró una ceremonia formal de cinta azul en Australia. En ella siete narradores D que llevaban velas hablaron de su cultura, su historia y su supervivencia como comunidad: «Recordamos a aquellas personas sordas que fueron víctimas del oralismo en su educación, y se les negaron la lengua de los signos y los profesores sordos». Y continuaban: «recordamos los intentos constantes o bien de eliminarnos o de impedir que naciósemos, no permitiendo a los sordos que se casaran entre sí, mediante la esterilización forzada». En una reciente convención de sordos en

el Reino Unido, Lane dijo a su público británico que Estados Unidos había cedido a un poderoso *lobby* para que oprimiese a la minoría sorda. Paddy Ladd, un profesor británico igual de apasionado, que también es sordo, alaba al erudito francés sordo Ferdinand Berthier, cuyos intentos de construir una comunidad sorda internacional, dice Ladd, se vieron frustrados por los imperialistas orales. Hubo una época anterior, un tiempo feliz, incluso una edad dorada, asegura la historia de los sordos, en que un venerable sacerdote francés fundó una escuela para niños sordos en la segunda mitad del siglo XVIII, y comprendió que debían tener su propio lenguaje de signos. Desgraciadamente para los activistas sordos, los documentos muestran que el sacerdote consideraba los signos no como un fin en sí mismo, sino como una etapa en el camino de enseñar a sus pupilos a leer los labios y quizá incluso a hablar.

Las épocas doradas y perdidas pueden resultar herramientas muy útiles para motivar a la gente en el presente. «La unidad era y es el destino de Italia», arengaba a la dividida península el gran nacionalista italiano del siglo XIX Giuseppe Mazzini. «La primacía civil, dos veces ejercida por Italia, a través de las armas de los Césares y de la voz de los papas, está destinada a ser ejercida por tercera vez por el pueblo de Italia, la nación». Mazzini era un liberal que creía que un mundo lleno de pueblos que se autogobernasen sería feliz, democrático y pacífico, y sin embargo había un tono ominoso en sus exhortaciones: «Aquellos que eran incapaces, hace cuarenta años, de percibir los signos del progreso hacia la unidad logrado en los sucesivos periodos de la vida de Italia, sencillamente estaban ciegos a la luz de la Historia. Pero si algunos, frente a la gloriosa manifestación actual de nuestro pueblo, intentan conducirlos de nuevo a ideas de confederaciones y de libertad provincial independiente, merecerían ser tachados de traidores a su país». Un gran pasado puede ser una promesa, pero también una carga terrible. Mussolini prometió a los italianos un

segundo Imperio romano, y los condujo al desastre en la segunda guerra mundial.

A principios del siglo XIX, los nacionalistas griegos y sus partidarios en Europa daban por sentado que estaban liberando del Imperio otomano a los herederos de la civilización clásica griega. Seguramente la historia les daría una segunda oportunidad. Los eruditos griegos escribían libros demostrando que existía una línea directa desde el mundo clásico al moderno. (Los cuatro siglos de gobierno otomano se pasaban por alto). Los eruditos extranjeros que sugerían que tal visión era demasiado simplista eran ridiculizados o ignorados. El griego escrito se moldeó sobre el clásico, y así, generaciones de escolares lucharon con una lengua que era muy distinta de la que hablaban. Hasta 1976 el gobierno no cedió finalmente y convirtió en lengua oficial el griego moderno. Y algo más peligroso aún: el pasado ostentaba la promesa de un imperio griego renacido. Eleuthérios Venizélos, el mayor estadista griego de la época de la primera guerra mundial, reunió una vez a sus amigos en torno a un mapa y dibujó el perfil de la antigua Grecia en el punto álgido de su influencia, por encima de las fronteras modernas. Ese perfil incluía gran parte de la Turquía moderna, una buena parte de Albania y la mayor parte de las islas del este del Mediterráneo. (También podía haber incluido parte de Italia, pero no fue así). Bajo la influencia de esa gran (*megali*) idea, envió soldados griegos a Asia Menor en 1919 para que atendiesen las demandas griegas. El resultado fue una catástrofe para los ejércitos griegos y para todos aquellos griegos inocentes que habían vivido durante generaciones en lo que se convirtió en la Turquía moderna. Cuando los renacientes ejércitos turcos de Kemal Atatürk echaron a las fuerzas griegas, cientos de miles de refugiados desconcertados, muchos de ellos sin conocer apenas Grecia, los siguieron. A su vez, un enorme número de turcos, muchos de los cuales sólo se distinguían de sus vecinos griegos por la religión, abandonaron sus hogares y

sus pueblos y se fueron a Turquía. Los acontecimientos de aquellos años se han convertido a su vez en parte de la historia, y han envenenado las relaciones entre Grecia y Turquía hasta el presente.

Las ideologías también pueden visitar la historia, pero en sus manos el pasado se convierte en una profecía. Los fieles quizá sufrieran, y quizá sigan sufriendo aún, pero la historia se dirige hacia un final predeterminado. Ya sean seculares, como el marxismo o el fascismo, o religiosas, como los fundamentalismos de distintas fes, la historia que nos relatan es a la vez asombrosamente sencilla e incluyente. Cada acontecimiento se enmarca en ese gran relato, y todo se puede explicar. El escritor Arthur Koestler recordaba el gran alivio y deleite que sintió cuando descubrió el marxismo en los turbulentos años en que la república de Weimar se estaba desmoronando y los nazis estaban a punto de llegar al poder. Pasado, presente y futuro, todo se hizo comprensible: «La nueva luz parecía surgir de todas direcciones y atravesar el cráneo; todo el universo se iba colocando en orden como las piezas sueltas de un rompecabezas que se encajan de un solo golpe».

Karl Marx creía que había descubierto que la historia tenía leyes, igual que la ciencia, y que éstas mostraban que se aproximaba un futuro comunista. La historia había empezado con el comunismo primitivo, un mundo idílico de cazadores y recolectores en el que no había propiedad privada, sino que todo el mundo lo compartía todo según las necesidades. El fin de la historia, prometía Marx, era una sociedad similar, pero en esta ocasión, gracias a los tipos de producción nuevos y mejorados, mucho más próspera. El fascismo, como el comunismo, se veía a sí mismo enfrentado al futuro, pero también recurría a antiguas emociones y recuerdos. Los nazis también pusieron mucho interés en los antiguos mitos y leyendas y figuras históricas como Federico el Grande, Federico Barbarroja, que fue coronado rey alemán en

el siglo XII, y los contemporáneos Caballeros Teutones, cuyas cruzadas incluían no sólo Tierra Santa, sino también gran parte del Báltico. Se suponía que todos ellos mostraban el genio y continuidad de la raza germana... y la necesidad de que ésta reemprendiera su marcha hacia adelante. «Lo hemos tomado donde lo dejamos hace seiscientos años», escribía Hitler en *Mein Kampf*. «Detenemos los incesantes movimientos alemanes hacia el sur y el oeste, y volvemos nuestra vista hacia la tierra del este». Los fundamentalismos religiosos, desde luego, hacen más o menos lo mismo cuando convocan a los creyentes para que vuelvan a la «verdadera» religión, tal y como era al principio, tras las revelaciones divinas. Ellos también pintan una edad dorada en la cual todos los creyentes vivían en armonía, obedeciendo las leyes que se les habían dado. Los fundamentalistas musulmanes, por ejemplo, quieren revivir el califato y aplicar la ley de la sharia (aunque decidir cuál de las diversas escuelas de sharia podría ser algo difícil).

Los contratiempos y derrotas se convierten en parte de tales relatos, en lugar de ser retos que impugnan su verdad. Si los creyentes han sufrido, es por causa de los complots y conspiraciones de sus enemigos. Para Hitler, por supuesto, eso significaba los judíos. Ellos habían iniciado la primera guerra mundial y habían creado la Revolución bolchevique, y habían procurado que Alemania sufriera bajo el Tratado de Versalles. Él les había advertido, dijo Hitler repetidamente, que si se atrevían a iniciar otra guerra, destruiría a «los indeseables de Europa». La segunda guerra mundial era culpa de los judíos, y había llegado el momento de acabar con ellos de una vez para siempre. Si había alguna persona responsable de la guerra, ésta era el propio Hitler, pero la lógica y la razón no intervienen nunca en esos sistemas cerrados y su forma de ver el mundo. En 1991, el predicador americano Pat Robertson advirtió que la victoria sobre Iraq de Bush padre no era lo que parecía. En realidad estaba allanando el camino no

para la paz, sino para el triunfo del mal. Para Robertson estaba clarísimo. Desde la Revolución bolchevique de 1917, una conspiración secreta había ido empujando al mundo hacia el socialismo y el triunfo del Anticristo. La Unión Europea formaba parte de ese complot, desde luego, y también las Naciones Unidas. La Guerra del Golfo y los misiles que Saddam Hussein había disparado contra Israel eran más pasos hacia el juicio final.

Recordar los males del pasado ayuda a sostener a los fieles. Sí, el presente puede parecer oscuro, pero eso forma parte también de la historia antes del triunfo de los creyentes y de que llegue el paraíso en la tierra o en el cielo. Pocas semanas después del 11 de septiembre de 2001, Osama bin Laden hizo pública una grabación en la que se regocijaba con la destrucción de las torres del World Trade Center: «Nuestra nación islámica ha experimentado lo mismo durante más de ochenta años, humillación e ignominia, sus hijos han muerto, su sangre ha sido derramada, su inviolabilidad profanada». Pocas personas de Occidente sabían que para él, la degradación musulmana había empezado en la Edad Moderna con la abolición del califato. En 1924, en un movimiento que causó pocos comentarios en Occidente, Atatürk, el fundador de una Turquía nueva y secular, abolió el último cargo que mantenían los depuestos sultanes otomanos. Como califas, estos ostentaban el liderazgo espiritual de los musulmanes del mundo. El último, un delicado poeta, se fue tranquilamente al exilio. Para muchos musulmanes, desde la India hasta Oriente Medio, la abolición fue un golpe para sus sueños de un mundo musulmán unido, gobernado según las leyes de Dios. Para Bin Laden y aquellos que pensaban como él, la desunión entre musulmanes había permitido a las potencias occidentales imponerse en Oriente Medio, llevarse su petróleo y, con la fundación de Israel, su tierra, corromper a sus líderes y llevar por el mal camino a los musulmanes corrientes. Los gobernantes saudíes cometieron el mayor de los pecados permitiendo que Estados Unidos

llevarse sus tropas a la tierra santa donde los musulmanes tienen sus lugares más sagrados. La historia de Bin Laden incluye mucho más que los últimos ochenta años.

Las Cruzadas, la derrota de los moros en España, el imperialismo occidental en el siglo XIX y los males del XX, todo ello representa un oscuro relato de humillación y sufrimiento de los musulmanes. Tales historias mantienen a los seguidores furiosos y motivados, y atraen a nuevos reclutas.

Aunque la mayoría de nosotros no aceptamos una visión tan simplista del mundo, sin embargo, encontramos que la historia puede ser útil para justificar lo que hacemos en el presente. En 2007 el primer ministro de Canadá, Stephen Harper, hizo una visita a Francia para la reinauguración del monumento de guerra Vimy Ridge a los muchos soldados canadienses que habían muerto allí en 1917. Los canadienses no se sentían cómodos con el apoyo de su gobierno a la guerra contra el terror de Bush, y con las crecientes pérdidas sufridas por las tropas canadienses en Afganistán. Harper dejó bien claro dónde se situaba él: el interés de Canadá se encontraba en respaldar a Washington prácticamente en todos los temas importantes internacionales, y se proponía mantener las tropas canadienses en Afganistán en un futuro previsible. En su discurso subrayó que la captura de Vimy Ridge fue un triunfo para las fuerzas canadienses, y recalcó que ese fue un gran momento en la creación de la nación canadiense. «Todas las naciones tienen una historia de creación», dijo. «La primera guerra mundial y la batalla de Vimy Ridge son fundamentales para la historia de nuestro país». Los canadienses habían pagado un alto precio por esa victoria. Harper eligió unas palabras desafortunadas, cuyo significado quedaba suspendido dubitativamente entre el orgullo y la condena, y les dijo a los vivos que tenían la obligación de recordar la «enormidad» de ese sacrificio, y la «enormidad» de su propio deber, que fue «seguir su ejemplo y amar a nuestro país y defender su libertad para siem-

pre». Y exhortó a su público, tanto el reducido de allí como el de Canadá, mucho más amplio, a que escuchara las voces de los muertos. «Quizá las oigamos decir, bajito: amo a mi familia, amo a mis camaradas, amo a mi país, y defenderé su libertad hasta el fin».

En Canadá, no todo el mundo estaba de acuerdo con la interpretación de Harper de lo que significa Vimy hoy en día. Tenemos múltiples puntos de vista del pasado y de su significado para el presente. En China, por el contrario, el Partido Comunista hace todo lo posible para que el público obtenga sólo una versión de la historia. Cuando salió mi libro sobre el viaje de Nixon a China en 1972, los editores chinos mostraron interés en traducirlo. Sin embargo, había que realizar unos pequeños cambios. Cualquier mención a la Revolución Cultural y a la vida privada de Mao, a menudo escandalosa, tendrían que desaparecer. (El libro no se ha publicado en China). Aunque el Partido Comunista ha repudiado la mayoría de las políticas de Mao, todavía lo ensalza como padre de la revolución comunista. Cuestionarle sería socavar la propia autoridad del partido para gobernar China.

Los regímenes autoritarios también encuentran en el uso acertado del pasado un medio muy útil de control social. En los años noventa, cuando el Partido Comunista Chino se sentía cada vez más preocupado por el declive de la ideología comunista y las exigencias de una mayor democratización, que condujeron a las manifestaciones de la plaza de Tiananmen en 1989, acudieron a la historia china. En 1994 un miembro del politburó, el cuerpo central del partido, asistió a una ceremonia en recuerdo de la figura probablemente mítica del Emperador Amarillo, del que se decía que fue el padre de toda la China étnica, hace cinco mil años. Todo ello olía sospechosamente a culto a los antepasados, una de las prácticas tradicionales que los comunistas habían condenado. Al año siguiente, las autoridades permitieron una conferencia importante sobre Confucio. Veinte años antes, bajo los

ojos aprobadores de Mao, la Guardia Roja había quemado a los grandes clásicos confucianos y había hecho todo lo posible por destruir la tumba del sabio. El partido también patrocinaba una importante campaña de educación patriótica que ponía el énfasis, tal y como explicaba la directriz oficial, en «el patriotismo del pueblo chino y sus valientes hazañas patrióticas». La Gran Muralla, que en décadas anteriores había sido condenada por su coste en vidas chinas, ahora se convertía en el símbolo de la voluntad de supervivencia y el triunfo chinos. Se decía muy poco de las alegrías del socialismo, pero los logros pasados de China estaban claramente vinculados al gobierno del Partido Comunista: «El patriotismo es un concepto histórico, que tiene diferentes connotaciones específicas en distintos estadios y periodos de desarrollo social. En la China contemporánea el patriotismo es, en esencia, idéntico al socialismo». En otras palabras, ser leal a China significa ser leal al partido. La historia china se presentaba como la historia de una lucha que tenía siglos de antigüedad y que era la del pueblo chino para unirse y progresar frente a la interferencia y la opresión desde el exterior. El hecho de que China no consiguiera los Juegos Olímpicos del 2000, las guerras del opio a principios del siglo XIX, los extranjeros que condenaron la brutal ofensiva en la plaza de Tiananmen y la invasión japonesa en el siglo XX estaban englobados en un designio imperialista ininterrumpido de destruir la nación china.

Es demasiado fácil hurgar en el pasado y encontrar sólo una lista de agravios, y muchos países y pueblos lo han hecho. En los años setenta, los nacionalistas de Latinoamérica culpaban de todos sus problemas actuales al colonialismo. Los chinos se obsesionan con su Siglo de Humillación y los males que sufrieron a manos de los imperialistas. Cuando se formó el nuevo estado de Yugoslavia después de la primera guerra mundial, serbios y croatas recordaban historias bastante distintas. Donde los serbios se veían a sí mismos como liberadores de sus compañeros eslavos

del sur, la historia de los croatas era más bien la de alguien que se ha visto arrastrado contra su voluntad hacia un país dominado por los serbios, y se le ha negado una cuota justa de gobierno propio.

Los nacionalistas francocanadienses se han representado un pasado en el cual la conquista de los británicos en 1763 condujo a dos siglos y medio de humillación. No tenían en cuenta o ignoraban los muchos y repetidos ejemplos de cooperación y amistad entre canadienses franceses e ingleses. Los francocanadienses (inocentes, benévolos, comunitarios y tolerantes con los demás) son los héroes de la historia; los ingleses (fríos de corazón, poco apasionados y avaros) los villanos. La historiadora quebequesa Esther Delisle ha tenido muchos problemas al intentar poner de relieve algunas ambigüedades presentes en semejante retrato. Señala que el abad Lionel Groulx, el famoso erudito y profesor, se convirtió en un icono para los nacionalistas francocanadienses que, sin embargo, consiguieron ocultar su antisemitismo. Mientras los nacionalistas recalcan los errores cometidos con Quebec en las crisis de reclutamiento de las dos guerras mundiales, no han tenido en cuenta el hecho de que durante la segunda guerra mundial en Quebec existía una simpatía considerable por el gobierno pronazi de Vichy en Francia. Tal y como confirman diversas obras de Pierre Trudeau, él, como otros miembros de la joven elite francesa, llevó a cabo su vida y su carrera entre 1939 y 1945 sin prestar demasiada atención a lo que ocurría por el mundo. «Leyendo las memorias de Pierre Elliott Trudeau, Gérard Pelletier y Gérard Filion, entre otros francocanadienses a los que esperaban prestigiosas carreras», escribe Delisle, «se puede concluir que no vieron nada, no oyeron nada y no dijeron nada por aquel entonces, y que sólo les interesaba (y marginalmente, además) la lucha contra el reclutamiento... Pero el silencio y las mentiras tienen más motivaciones que un simple prurito narcisista. Existe la necesidad de ocultar posturas que la victoria alia-

da hacía inmencionables. Esos hombres tenían que olvidar, y hacer olvidar a otros, su atracción por los cantos de sirena del fascismo y la dictadura en los peores casos, y en los mejores, su carencia de oposición a ellos».

La narración de glorias pasadas o de errores pasados es una herramienta útil en el presente, pero también debe asumir el coste de abusar de la historia. Se abusa de la historia cuando la gente intenta ignorar o incluso suprimir pruebas que podrían impugnar la visión del pasado que prefieren. En Japón, en la actualidad, la derecha nacionalista está furiosa con los arqueólogos que van a examinar algunas de las tumbas dispersas donde se enterraron varias generaciones de la familia real japonesa. Los estudiosos llevan años pidiendo inspeccionar esos lugares, algunos de los cuales se remontan al siglo III o IV. Los nacionalistas están furiosos porque creen que el emperador es sagrado y además desciende del sol en una línea ininterrumpida. Según esa visión nacionalista, Japón es una «tierra divina». La explicación más prosaica es que es muy posible que la familia real procediese originalmente de China o Corea, y aunque esto no fuese cierto, es probable que hubiese muchos matrimonios entre gente de Japón y del continente, de modo que el linaje de la familia real puede contener genes no japoneses. Si las investigaciones encuentran pruebas que confirmen tal hipótesis, una parte fundamental de la mitología de los nacionalistas quedará destruida.

El trato que se ha dado a esos enclaves ha ido fluctuando según las corrientes políticas preponderantes. Mientras los emperadores eran simples figuras decorativas, la mayor parte de esos lugares estaban abandonados. Con la Restauración Meiji, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Japón empezó su gran proyecto nacional de modernización rápida, el emperador sirvió como símbolo conveniente de la voluntad nacional, y el culto nacionalista fue aumentando a su alrededor. En cuanto se descubrieron las tumbas imperiales que ya se sospechaba que existían,

el gobierno compró la tierra y trasladó de allí a sus propietarios. No se permitieron excavaciones hasta la derrota de Japón en 1945. Los ocupantes americanos se embarcaron en un ambicioso programa para rehacer la sociedad japonesa, que incluía reescribir la historia de Japón. En teoría, se levantó la prohibición de excavaciones en las tumbas imperiales, y se hicieron una serie de descubrimientos que apuntaban a una amplia influencia tanto de China como de Corea en la cultura japonesa temprana. Sin embargo, el acceso sigue siendo difícil, ya que la Agencia de la Casa Imperial, que dirige las propiedades imperiales, continúa insistiendo en que esos enclaves son religiosos y no se debe perturbar a los espíritus de los antepasados de los emperadores. Los arqueólogos siguen exigiendo que la agencia permita un acceso más completo. Algunos han recibido amenazas de muerte de grupos nacionalistas radicales.

La preocupación por lo que podría revelar la investigación del pasado no se limita en absoluto a Japón. En 1992 un par de espectadores de una carrera de hidroplanos en el río Columbia, junto a Kennewick, en el estado de Washington, dieron con una calavera, y su descubrimiento desató un tira y afloja que ha durado toda una década sobre la propia calavera y los huesos que la acompañaban y que se descubrieron posteriormente. Los restos resultaron ser prehistóricos, de unos nueve mil años de antigüedad. Es muy interesante observar que los rasgos de la calavera parecían caucásicos, y no aborígenes. Estos hallazgos desmintieron la idea que siempre se había aceptado hasta entonces de que los aborígenes fueron los primeros y únicos habitantes indígenas de las Américas. El gobierno federal, que habría preferido evitar tener que enfrentarse a los temas que se suscitaron, estaba dispuesto a entregar los huesos a las tribus nativas americanas, pero los científicos reivindicaron el derecho a hacer sus investigaciones. La tribu de los Umatilla afirmó que, según sus mitos, ellos estaban asentados junto a Kennewick desde el principio de los

tiempos. «Hay historias orales en mi tribu que se remontan a diez mil años atrás», decía uno de sus miembros. «Sé dónde vivía mi gente, dónde morían, dónde cazaban, dónde pescaban y dónde estaban enterrados, porque me lo dicen mis historias orales». El hombre de Kennewick era un antepasado y debía ser enterrado adecuadamente. Además, al dejar que los huesos fueran investigados por científicos, el gobierno de Estados Unidos demostraba su desprecio por las creencias sagradas de la tribu. Tras una batalla legal de ocho años, los tribunales fallaron que los huesos quedasen en posesión del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, en cuyas tierras se habían encontrado, y se permitiera el acceso a los científicos.

Cuando la historia pone en cuestión las suposiciones cómodas, que hemos llegado a dar por sentadas, sobre un grupo humano en particular, resulta doloroso, pero tal y como dijo Michael Howard, aceptarlo es una señal de madurez. En años recientes Irlanda ha sido testigo de una revisión importante de su historia, debido quizá a que es un país próspero, afortunado y lleno de confianza, y las antiguas historias victimistas ya no tienen la resonancia que tuvieron en tiempos. Como resultado, el retrato antiguo y simplón de los nacionalistas católicos irlandeses contra los protestantes del Ulster y sus partidarios ingleses y las dos historias separadas que tenía cada uno se están reformando ahora mismo, aparece una historia mucho más compleja y entre tanto se han destruido algunos mitos muy preciados. En la primera guerra mundial, se decía, sólo habían luchado los protestantes. Los nacionalistas estaban ocupados, dependiendo de la forma que tenga uno de mirarlo, o bien en la traición o bien en la lucha por la libertad. De hecho, 210 000 voluntarios de Irlanda, la mayoría católicos y nacionalistas irlandeses, lucharon con los británicos contra los alemanes. El Levantamiento de Pascua no fue un movimiento unificado de todos los patriotas irlandeses, como asegura el mito nacionalista, sino el resultado, al me-

nos en parte, de luchas de poder internas. Como dijo la presidenta de Irlanda Mary McAleese en una reciente conferencia en Londres: «Mientras previamente nuestra historia se ha caracterizado por un saqueo del pasado en busca de cosas que nos separasen y nos diferenciases unos de otros, nuestro futuro ahora alberga la posibilidad optimista de que Irlanda se convierta en un lugar mejor, donde no sólo desarrollemos nuevas relaciones, sino que revisitemos mucho más cómodamente el pasado y encontremos allí... elementos de parentesco olvidados hace tiempo, y conexiones que se han pasado por alto deliberadamente».

La distorsión de la historia y la supresión de pruebas es algo mucho peor aún. Y además, la historia resultante, sencillamente, es falsa. A veces se hace por el mejor de los motivos, para acrecentar el orgullo de aquellos que han sufrido mucho y que viven con un profundo sentimiento de indefensión y de humillación. En 1923, el líder americano negro Marcus Garvey escribió un artículo polémico y conmovedor titulado «¿Qué es y quién es un negro?». Así intentaba devolver a su gente negra lo que la esclavitud les había arrebatado: el pasado que tenían otros pueblos, con la sensación de saber quiénes eran y cuáles habían sido sus logros. Pero fue demasiado lejos e hizo afirmaciones que no se podían sostener. «Todos los alumnos de historia de mente imparcial», decía, «saben que el negro gobernó en tiempos el mundo, cuando los hombres blancos eran salvajes y bárbaros que vivían en cavernas; que miles de profesores negros de aquella época enseñaban en las universidades de Alejandría, que entonces era la sede del saber; que el antiguo Egipto dio al mundo la civilización, y que Grecia y Roma robaron a Egipto sus artes y sus letras, y se quedaron con todo el mérito para sí». Su argumento, que todavía emerge a la superficie, era que la civilización era como una antorcha que había pasado del África subsahariana a Egipto, y luego, mediante un robo descarado, a Grecia y Roma. Es una visión muy curiosa y estática de la civilización como algo

que se puede pasar de una gente a otra... igual que el hecho de que sólo haya «una» civilización. En realidad, hay y ha habido muchísimas civilizaciones, y todas son fluidas y cambiantes. Las fuerzas que les dan forma vienen desde dentro y desde fuera. Por supuesto, la civilización griega tuvo influencias externas, pero es tan probable que vinieran del este como de Egipto. Y existen pocas pruebas de que la civilización egipcia derivase en su mayor parte del sur del Sáhara.

Más recientemente, algunos eruditos han intentado reforzar esos argumentos usando pruebas lingüísticas y arqueológicas. «Atenas», aseguran, es originalmente una palabra africana, y Sócrates era negro, porque una estatua lo representa con la nariz plana. Los estudiosos de este campo han desestimado tales pruebas, pero para algunos partidarios entusiastas de la tesis de Garvey, esa es una prueba más de que los europeos, desde la época de los griegos, están empeñados en una enorme conspiración para ocultar su latrocinio y el hecho de que no fueran capaces de crear una civilización propia. Según Cheikh Anta Diop, de Senegal, los europeos han ido dejando un rastro de falsas pruebas a lo largo de los siglos. Tales afirmaciones tienen la misma relación con el pasado que *El código Da Vinci* con la teología cristiana. Pueden ayudar durante un tiempo a estimular el orgullo propio, pero con un gran coste.

En la India, en los noventa, el auge del nacionalismo hindú provocó unos intentos extraordinarios de eliminar parte del patrimonio indio y reescribir la historia india. En 1992, los fundamentalistas, apoyados por políticos hindúes de derechas, destruyeron una mezquita del siglo XVI en Ayodhya, en el norte de la India, con la excusa de que estaba construida sobre el lugar de nacimiento del dios hindú Rama. Animados, declararon después que se proponían destruir otros lugares musulmanes, incluyendo el Taj Mahal. Este hecho formaba parte de una campaña general para que se considerase la identidad de la India exclusivamente

hindú o, según palabras usadas por los nacionalistas hindúes, «Hindutva».

Inevitablemente, la historia de la India se convirtió en un componente fundamental de estos hechos. Basándonos en las pruebas que se hallan disponibles, el enfoque habitual es que el fértil valle del Indus albergó la civilización Harappa entre el 3000 y el 1700 a. C. Esta cultura fue absorbida gradualmente o desapareció cuando llegaron desde el norte montados a caballo los arios, quizá como emigrantes pacíficos o posiblemente como invasores guerreros. Esto no conviene a los nacionalistas hindúes, porque supone que una civilización indígena dio paso a otra procedente del exterior, y por tanto su propia cultura contendría elementos extranjeros. Como escribió en los años treinta Madhav Golwakar, padre espiritual de los nacionalistas hindúes de hoy, «los hindúes no llegaron a esta tierra desde ningún sitio, sino que son hijos indígenas de esta tierra desde siempre, desde tiempos inmemoriales». Por supuesto, se trata de una visión absurdamente simplista de la forma que tienen las civilizaciones de desarrollarse y mezclarse. Éstas no son moscas atrapadas en ámbar para siempre, sino más bien ríos con muchos afluentes.

En 1998, el partido nacionalista hindú, Bharatiya Janata, ganó el poder al centro, e inmediatamente empezó a ajustar el pasado para que cuadrara con sus ideas. La civilización Harappa en realidad era aria, afirmaron. En un asentamiento Harappa se había encontrado un sello de terracota que representaba un caballo. (Esta prueba tan concluyente, desgraciadamente, resultó ser falsa). La civilización harappa, afirmó el gobierno con toda seguridad, era también mucho más antigua de lo que se solía aceptar. En realidad, Murli Manohar Joshi, el ministro del BJ a cargo de la educación entre 1998 y 2004, anunció que había descubierto una civilización indígena india mucho más antigua aún, que él y sus partidarios llamaban Sarasvati. «Las pruebas de este hecho», afirma Romila Thapar, una de las historiadoras más respetadas

de la India, «hasta el momento son invisibles». Sin embargo estaba muy claro, al menos para el BJ y sus partidarios, que la India había albergado la primera civilización conocida en el mundo. No sólo era responsable de todo tipo de inventos y avances mucho antes que todos los demás, sino que había civilizado al resto del mundo. Los chinos podían sentirse asombrados al saber que de hecho eran descendientes de guerreros hindúes. El sánscrito, la antigua lengua india, era en realidad la madre de todas las demás lenguas, según afirmaban los nacionalistas hindúes. Los Vedas, los textos más antiguos escritos en sánscrito, fueron el cimiento de la mayoría de los conocimientos modernos, incluidas las matemáticas.

Para asegurarse de que los estudiantes indios aprendían todo esto, Joshi introdujo unos libros de texto nuevos que hacían hincapié en temas «indios», como el yoga, el sánscrito, la astrología, las matemáticas védicas y la cultura védica. Llenó los consejos escolares y centros de investigación de nacionalistas hindúes cuyas credenciales como historiadores importaban menos que su adhesión a una visión simplista del pasado y la cultura de la India. El respetado Consejo Indio de Investigación Histórica de Delhi recibió la noticia de que su historiador para la India más antigua debía ser reemplazado por un ingeniero. Ese nombramiento al menos no llegó a buen fin, porque hubo un escándalo público ante las credenciales del designado y sus ataques a cristianos y musulmanes.

Detrás de esos intentos bastante risibles de rehacer la educación india se encontraban unos objetivos mucho más siniestros y políticos. El BJ y sus partidarios concebían la India como una nación hindú, que además reflejaba los valores de los hindúes de castas superiores, incluyendo su reverencia por las vacas y su hostilidad a comer carne de buey. En su India no había lugar ni tolerancia para las grandes minorías religiosas de musulmanes y cristianos, y muchísimo menos por los hindúes de castas inferior-

res. La visión del pasado que ofrecía el BJ era una en la cual la civilización india había sido, desde su inicio, tan hindú como hoy en día. No se podía tener en cuenta ni la mínima insinuación de que los antiguos hindúes quizá hubiesen sido diferentes, de que incluso es posible que comiesen buey. Ciertamente, admitió un nacionalista hindú, las pruebas sugerían que los hindúes de clase alta comían buey en tiempos antiguos, pero si los escolares lo sabían, eso les confundiría y posiblemente les traumatizaría.

En la India del BJ, los hindúes habían vivido en armonía unos con otros hasta que la llegada de los extranjeros (musulmanes y luego británicos) empezó a dañar y dividir la sociedad india mediante pillajes, saqueos y conversiones forzosas. Los nuevos libros de texto hacían hincapié en los pecados de los extranjeros, pero guardaban silencio total sobre las hazañas brutales de los gobernantes hindúes. Además, los textos ignoraban las abundantes pruebas de que a lo largo de los siglos, musulmanes, hindúes, cristianos y sijs (o sea, practicantes de todas las religiones) habían vivido en su mayor parte pacíficamente unos junto a otros, intercambiando cosas y aprendiendo unos de otros. Los invasores musulmanes habían traído consigo los estilos mogol y persa a las artes de la India, y estos fueron absorbidos e influidos a su vez por los ya existentes en la India. El gran emperador mogol Akbar quedó fascinado por otras religiones e intentó, sin éxito, fundar una religión sincrética que incorporase elementos del islam, el hinduismo y el cristianismo. En la India independiente, Jawaharlal Nehru, el primer ministro, apoyaba firmemente el secularismo y la tolerancia en una India multiétnica y multirreligiosa. Nada de todo esto aparecía en la versión Hindutva del pasado de la India. Por el contrario, los musulmanes siempre habían sido enemigos de los hindúes y siempre lo serían, hasta que se convirtiesen o se ocuparan de ellos de otra forma.

Los historiadores que señalaban los fallos manifiestos de toda esa imagen de la India del pasado eran tachados de marxistas o

sencillamente de malos indios. Era una lástima, decían los fundamentalistas, que no hubiese *fatwas* en el hinduismo. De hecho, los nacionalistas hindúes extremos se comportaban como si existieran. Algunos estudiosos, incluida Romila Thapar, que publicaban obras que estaban en discrepancia con la ortodoxia Hindutva, recibieron correo insultante e incluso amenazas de muerte. Los expatriados, como suele ocurrir a menudo, eran los que más vociferaban en defensa de lo que aseguraban que era la verdadera historia y cultura de la India. Thapar fue acosada cuando dio conferencias en Estados Unidos. En una conferencia en Londres, un activista hindú arrojó un huevo a la profesora Wendy Doniger porque se atrevió a comentar el gran poema épico hindú, el *Ramayana*. En California, algunos padres hindúes se presentaron ante la junta de la escuela estatal para exigir que los libros de texto se purgasen de los errores postulados por «antiindios» como Thapar y estudiosos como Michael Witzel, de la Universidad de Harvard. Los errores que denunciaban incluían, como era de esperar, la invasión aria de la India.

Hubo una serie de incidentes especialmente esperpénticos: James Laine, un estudioso americano de una pequeña facultad de Minnesota, que escribió un libro investigando los mitos que rodeaban la vida del rey hindú y héroe del siglo XVII Shivaji, se convirtió de pronto en blanco de la ira nacionalista. Laine se había atrevido a sugerir que entre las muchas historias que se contaban de Shivaji había una que se podía tomar como un comentario jocoso: quizá Shivaji no fuese hijo de su padre. El Shiv Sena, un movimiento político de derechas de la provincia natal de Shivaji, en Maharashtra, llevó a cabo una campaña para que la Oxford University Press retirase el libro, y tuvo éxito. A principios de 2004, una banda de matones dio una paliza y emplumó a un venerable erudito indio cuyo nombre se mencionaba en los agradecimientos de Laine. Otra multitud irrumpió en un instituto de investigación en Pune donde Laine había trabajado, y, el

colmo del sarcasmo, destruyeron antiguas escrituras y pinturas hindúes y destrozaron una estatua de la diosa hindú de la sabiduría. Las fuerzas policiales de Pune respondieron acusando a Laine y a la Oxford University Press de «provocar gratuitamente con intención de causar un tumulto». La opinión moderada india se sintió ofendida y se manifestó en contra de la «talibanización» de la India.

El impulso que se encontraba detrás de aquellos ataques se relacionaba, claro está, tanto con el presente como con el pasado. Reflejaba puntos de vista antagónicos en la sociedad india (lo hindú contra lo secular) y los intentos de los políticos de apelar al sentimiento nacionalista hindú. Se tenían que celebrar unas elecciones generales en la India en la primavera de 2004, y el libro de Laine formaba parte de la campaña, mientras los políticos competían para mostrar lo muy hindúes y lo muy indios que eran. Se pidió a la Interpol que arrestase a Laine. El primer ministro del BJ, Atal Behari Vajpayee, dijo que los escritores extranjeros debían aprender que no podían insultar el orgullo de los indios.

Historia y nacionalismo

De las muchas maneras que tenemos de definirnros a nosotros mismos, la nación, al menos en los dos últimos siglos, ha sido una de las más atrayentes. La idea de que formamos parte de una familia mucho más extensa, o según las palabras de Benedict Anderson, una comunidad imaginada, ha sido una fuerza tan potente como el fascismo o el comunismo. El nacionalismo dio el ser a Alemania e Italia, destruyó a Austria-Hungría, y más recientemente, desgarró Yugoslavia. Muchas personas sufrieron y murieron, hicieron daño y mataron a otras por su «nación».

La historia nos proporciona gran parte del combustible para el nacionalismo. Crea la memoria colectiva que ayuda a llevar al ser a la nación. La celebración compartida de los grandes logros de la nación (y la pena compartida ante sus derrotas) la sostiene y la fomenta. Cuanto más se remonta la historia, más sólida y duradera parece la nación... y más valiosas parecen sus reivindicaciones. El pensador francés del siglo XIX Ernest Renan, que escribió un clásico del nacionalismo, desdeñaba todas las demás justificaciones para la existencia de naciones, como la sangre, la geografía, la lengua o la religión. «Una nación», escribía, «es una gran solidaridad creada por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y los que uno está dispuesto a hacer en el futuro». Como prefería explicar uno de sus críticos: «Una nación es un grupo de personas unidas por una imagen errónea del pasado y el odio a sus vecinos». Renan veía la nación como algo que de-

pendía del asentimiento de sus miembros. «La existencia de una nación es un plebiscito de cada día, igual que la existencia de un individuo es una perpetua afirmación de la vida». Para muchos nacionalistas no existe el asentimiento voluntario; uno nace en una nación y no ha tenido elección alguna con respecto a pertenecer a ella o no, aunque la historia haya intervenido. Cuando Francia reclamaba Renania después de la primera guerra mundial, uno de los argumentos que usaba era que, aunque hablasen alemán, sus habitantes en realidad eran franceses. Aunque la mala suerte había hecho que cayesen bajo el gobierno alemán, en esencia continuaban siendo franceses, como demostraban claramente su amor al vino, su catolicismo y su *joie de vivre*.

Renan intentaba lidiar con un fenómeno nuevo porque el nacionalismo es un acontecimiento muy tardío realmente, en términos de la historia humana. Durante muchos siglos, la mayoría de los europeos pensaban en sí mismos no como británicos (o ingleses o escoceses o galeses), franceses o alemanes, sino como miembros de una familia, clan, región, religión o gremio en particular. A veces se definían a sí mismos en términos de adhesión a sus caciques, ya fuesen barones locales o emperadores. Cuando se definían como alemanes o franceses, era tanto una categoría cultural como política, y ciertamente no asumían, como hacen casi siempre los movimientos nacionales modernos, que las naciones tienen el derecho de regularse a sí mismas en un trozo de territorio específico.

Aquellas formas antiguas de definirse persistieron hasta bien avanzada la Edad Moderna. Las comisiones de la Liga de Naciones, por ejemplo, intentaron determinar las fronteras después de la primera guerra mundial en el centro de Europa y a menudo dieron con gente que no tenía ni idea de si eran checos o eslovacos, lituanos o polacos. Somos católicos, u ortodoxos, era la respuesta, o comerciantes, o granjeros, o sencillamente, gente de tal pueblo o de tal otro. Danilo Dolci, sociólogo y activista italiano,

se asombró al encontrar en los años cincuenta a personas que vivían en el interior de Sicilia y que nunca habían oído hablar de Italia, aunque, en teoría, llevaban varias generaciones siendo italianos. Eran anomalías, sin embargo, que quedaron atrás a medida que el nacionalismo se convertía cada vez más en la forma en que se definen a sí mismos los europeos. Las comunicaciones rápidas, una mayor alfabetización y urbanización, y por encima de todo la idea de que es bueno y correcto verse como parte de una nación, y una nación, además, que debe tener su propio estado dentro de su propio territorio, todo ello confluyó en la gran oleada de nacionalismo que sacudió a Europa en el siglo XIX y al mundo en general en el XX.

A pesar de lo mucho que se habla de naciones eternas, éstas no las creó el destino ni Dios sino las actividades de los seres humanos, y en no menor medida los historiadores. Todo empezó discretamente en el siglo XIX. Los eruditos estudiaban las lenguas, clasificándolas en diversas familias e intentando determinar hasta dónde podían llegar en la historia. Descubrieron normas que explicaban cambios en el lenguaje y que eran capaces de establecer, al menos a su propia satisfacción, que algunos textos que tenían siglos de antigüedad estaban escritos en formas primitivas de alemán o francés, por ejemplo. Etnógrafos como los hermanos Grimm recogieron cuentos populares alemanes para demostrar que existía algo llamado «nación alemana» en la Edad Media. Los historiadores trabajaron asiduamente para recuperar antiguas historias y reconstruyeron la historia de lo que decidieron llamar su nación, como si hubiese tenido una existencia continuada desde la Antigüedad. Los arqueólogos aseguraban haber encontrado pruebas que mostraban dónde habían vivido en tiempos aquellas naciones, y adónde se habían trasladado durante las grandes oleadas migratorias.

El resultado acumulativo fue crear una versión poco real, pero aun así influyente, de cómo se formaron las naciones. Aunque no

se podía negar que distintos pueblos, desde los godos a los eslavos, se habían movido por toda Europa, mezclándose con otros pueblos que ya estaban allí, tal visión asumía que en algún momento, normalmente en la Edad Media, la música se había detenido. Los participantes del juego de las sillas musicales habían caído en sus sillas, una para los franceses, otra para los alemanes y otra más para los polacos. Y la historia los había fijado como «naciones». Los historiadores alemanes, por ejemplo, pintaban a una antigua nación alemana cuyos antepasados vivían felices en los bosques desde antes de los tiempos del Imperio romano, y que en algún momento, probablemente en el siglo I d. C., se habían vuelto reconociblemente «alemanes». De modo que, y esta es la cuestión más peligrosa, ¿cuál era exactamente la tierra de la nación alemana? ¿O la tierra de cualquier otra «nación»? ¿Era el lugar donde vivía ahora la gente, donde habían vivido en el tiempo de su emergencia histórica, o ambos?

¿Habrían seguido con sus especulaciones los eruditos si hubiesen sabido adónde conducía el camino que estaban abriendo? ¿Las guerras sangrientas que iniciarían Italia y Alemania? ¿Las pasiones y odio que desgarrarían la antigua nación múltiple de Austria-Hungría? ¿Las reclamaciones con base histórica de los mismos territorios por parte de naciones nuevas y viejas después de la primera guerra mundial? ¿Los espantosos regímenes de Hitler y Mussolini, su elevación de la nación y la raza al bien supremo y sus increíbles exigencias de los territorios de otros?

Una paradoja, según explica el historiador británico Eric Hobsbawm, es que «el nacionalismo es moderno pero se inventa una historia y unas tradiciones propias». Las historias que alimentaron y todavía alimentan el nacionalismo se basan en algo que ya existe, en lugar de inventar hechos nuevos. A menudo contienen algo que es verdadero, pero se desvían para confirmar la existencia de la nación a lo largo del tiempo, y alentar las esperanzas de que continuará. Ayudan a crear símbolos de victoria

o de derrota: Waterloo, Dunquerque, Stalingrado, Gettysburg, o para los canadienses, Vimy Ridge. Subrayan las hazañas de líderes pasados: Carlos Martel derrotando a los moros en Tours; Isabel I en Plymouth Hoe, enfrentándose a la Armada española; Horacio Nelson destruyendo la flota francesa en Trafalgar; George Washington negándose a mentir sobre su cerezo. A menudo, el nacionalismo toma prestado todo el ceremonial de la identidad religiosa. Pensemos en los monumentos de guerra que se parecen a los de los mártires o a Cristo en la cruz, o los elaborados rituales en días como el 11 de noviembre.

Muchos símbolos y ceremonias que creemos que son de épocas antiguas en realidad se han acuñado recientemente, a medida que cada generación ha ido buscando en el pasado hasta encontrar lo que más se adecuaba a sus necesidades presentes. En 1953, en todo el mundo, aquellos que tenían aparatos de televisión contemplaron con asombro y fascinación los antiguos rituales de coronación: el recorrido de la monarca por todo Londres en la carroza dorada, la solemne procesión hacia la abadía de Westminster, la música, los adornos, el arzobispo de Canterbury con sus ropajes magníficos, la elaborada ceremonia de la coronación. Yo, que era una colegiala de Canadá, recibí un folleto que lo explicaba todo. Lo que la mayoría de nosotros no sabíamos era que gran parte de lo que contemplábamos con tanto respeto era una creación del siglo XIX. Las anteriores coronaciones habían sido bastante chapuceras, incluso vergonzantes. Cuando fue coronado el gordísimo Jorge IV, en 1820, su reina destronada, Carolina, golpeaba la puerta. En la coronación de la reina Victoria en 1837, el clero se atrancó en todo el servicio, y el arzobispo de Canterbury tuvo problemas con el anillo, que era demasiado grande para el dedo de la reina. A finales de siglo, el monarca era más importante como símbolo de una Gran Bretaña mucho más poderosa. Las celebraciones reales se volvieron grandiosas y se ensayaron mucho más. Se añadieron algunas nuevas: David Llo-

yd George, el primer ministro radical de Gales, encontró útil celebrar una ceremonia formal dentro de los antiguos muros del castillo de Caernarfon para nombrar príncipe de Gales al que después sería Eduardo VIII.

Uno de los símbolos nacionales más famosos es la batalla de Kosovo, en la cual las fuerzas serbias fueron derrotadas por los turcos otomanos en 1389. Según la tradición nacionalista serbia fue tanto una derrota material como espiritual, que contenía en sí misma, sin embargo, la promesa de la resurrección. Para los nacionalistas serbios, la historia está trágicamente clara. Los cristianos serbios fueron derrotados, mediante la traición, por los otomanos musulmanes. La noche anterior a la batalla, el príncipe Lazar, líder serbio, tuvo una visión en la cual se le prometía que podría tener el reino del cielo o bien uno en la tierra. Como buen cristiano eligió el primero, pero la promesa implícita era que algún día la nación serbia resucitaría en la tierra. ¿Salvación espiritual, pues, o terrenal? Lazar murió en el campo de batalla, después de ser traicionado por un Judas, un compañero serbio. Su pueblo, fiel a la verdadera fe, recordó la derrota y la promesa y añoró la restauración del estado serbio durante los siguientes cuatrocientos años.

El problema de esta historia es que no sólo es demasiado simplista, sino que hay fragmentos de ella que no se ven apoyados por las escasas pruebas de la época. El príncipe Lazar no era el gobernante de todos los serbios, sino simplemente uno más entre los diversos príncipes que luchaban por el poder en el naufragio del imperio serbio construido por el príncipe Dusan. Algunos ya habían hecho las paces con los otomanos, y como vasallos del sultán, enviaron tropas a luchar contra Lazar. No está claro que la batalla fuese una derrota abrumadora para los serbios; de hecho en aquella época se aseguraba que fue una victoria. Igualmente podría haber sido un empate, porque ninguno de los dos

bandos reanudó las hostilidades durante un tiempo. Y siguió habiendo un estado independiente serbio durante décadas.

La viuda de Lazar y los monjes ortodoxos empezaron el proceso de convertir al príncipe muerto en mártir de los serbios, curiosamente, al mismo tiempo que su hijo luchaba como vasallo para los turcos. Durante siglos, sin embargo, Lazar y Kosovo fueron símbolos más de los serbios como cristianos ortodoxos y personas que tenían una lengua en común que como nación-estado independiente serbia. La historia se mantuvo viva en los monasterios, junto con gran parte de la cultura serbia, y en los grandes poemas épicos que se fueron transmitiendo durante generaciones. En el siglo XIX, con el despertar del nacionalismo en toda Europa, esa historia resultó fundamental a la hora de movilizar a los serbios para que luchasen por la independencia contra un Imperio otomano deteriorado e incompetente.

En la primera mitad del siglo XIX, con la historia como inspiración, los serbios se dirigieron hacia la primera autonomía dentro del Imperio otomano, y luego hacia la independencia plena. El influyente erudito serbio de principios del siglo XIX Vuk Karadžić estandarizó la lengua moderna serbia escrita, y recopiló los poemas épicos. También dejó una herencia envenenada al afirmar que pueblos como los croatas y los musulmanes bosnios que hablaban virtualmente la misma lengua eran también serbios. Ilija Garašanin, el estadista que tanto contribuyó a moldear el nacionalismo serbio y construir las estructuras para el nuevo estado serbio, recurrió a la historia para señalar a sus compañeros serbios cuál sería su destino. El Imperio serbio fue destruido por los turcos otomanos, pero había llegado ya el momento de restaurarlo. Decía en un documento que permaneció secreto hasta el inicio del siglo XX: «somos los verdaderos herederos de nuestros grandes antepasados». El nacionalismo serbio no era nada nuevo ni, que el cielo no lo permita, revolucionario, sino el florecimiento de unas raíces antiguas. Esta visión también era muy

peligrosa, porque suponía que los croatas y los bosnios formaban parte natural del imperio.

Es fácil combatir tales imágenes del pasado, pero no hacer vacilar la fe de aquellos que desean creer en ellas. En el desmembramiento de Yugoslavia, en los ochenta y los noventa, los viejos mitos históricos volvieron de nuevo a la palestra. De nuevo los serbios luchaban solos en un mundo hostil. En 1986, un memorándum de la Academia de Ciencias Serbias advertía que todas las ganancias que habían hecho los serbios desde que se rebelaron por primera vez contra los otomanos en 1804 se iban a perder. Los croatas estaban aterrorizando a los serbios en Croacia, los albaneses forzaban a los serbios a huir a la provincia de Kosovo. En 1989 Slobodan Milošević fue a Kosovo para el sexcentésimo aniversario de la batalla y declaró: «El heroísmo de Kosovo no nos permite olvidar que en tiempos fuimos valientes y dignos, y de los pocos que nunca fueron derrotados en ninguna batalla». Al mismo tiempo, en Croacia, los nacionalistas estaban mirando hacia el pasado y aseguraban que era históricamente necesaria una Croacia mayor, que incorporase a cientos de miles de serbios. No fue la historia la que destruyó Yugoslavia ni condujo a los horrores que acompañaron esa destrucción, pero su hábil manipulación por parte de hombres como Milošević y Franjo Tuđman en Croacia ayudaron a movilizar a sus seguidores e intimidar a los que no estaban comprometidos.

Los Balcanes, según la maravillosa frase de Winston Churchill, habían tenido más historia de la que podían digerir. A las nuevas naciones les preocupa no tener bastante. Cuando Israel llegó a la existencia en 1948 era un estado nuevo, a pesar de la larga conexión de los judíos con Palestina. Con inmigrantes de toda Europa y hacia los años cincuenta cada vez más de Oriente Medio, construir una identidad nacional fuerte resultaba esencial si el propio Israel quería sobrevivir. Era difícil identificar costumbres y cultura compartidas. ¿Qué tenían en común un judío de

Egipto y uno de Polonia? Ni siquiera la religión era una base suficiente; muchos sionistas eran decididamente no religiosos. Aunque revivía el hebreo, todavía no había producido una literatura nacional. Eso daba a la historia un significado particular como aglutinante. En su Declaración de Independencia, Israel apelaba al pasado para justificar su existencia. La tierra era el lugar de nacimiento histórico del pueblo judío: «Después de ser exiliado a la fuerza de su tierra, el pueblo mantuvo la fe a lo largo de su Diáspora, y nunca dejó de rezar y esperar su regreso a ella y la restauración de su libertad política». La historia más reciente se convertía también en parte del asunto. Los judíos habían conseguido volver en gran número: «Hicieron florecer los desiertos, revivieron la lengua hebrea, construyeron pueblos y ciudades y crearon una comunidad viva, controlando su propia economía y su cultura, amando la paz, pero sabiendo cómo defenderse, trayendo las bondades del progreso a todos los habitantes del país, y aspirando a la nacionalidad independiente».

En 1953, el Knesset israelí aprobó la Ley Estatal de Educación y una ley (Yad Vashem) para conmemorar el Holocausto. El autor de la ley era el ministro de Educación y Cultura, Ben-Zion Dinur, que había sido un educador y político sionista muy activo antes de la independencia de Israel. Su visión de la historia estaba enraizada en la necesidad de construir una conciencia israelí. «El ego de una nación», declaró en el Knesset, «existe sólo hasta el punto en que tiene memoria, hasta el punto en que la nación sabe cómo combinar sus experiencias pasadas en una sola entidad». Para Dinur y aquellos que le apoyaban (y muchos entre la izquierda y la derecha no lo hacían) eso significaba enseñar a los israelíes que siempre había existido una nación israelí, que ésta había sobrevivido a largos siglos de exilio, y que siempre estuvo concentrada en volver a su tierra perdida. Israel, por tanto, era la heredera de un largo proceso histórico y su culminación. La idea de Dinur había sido muy criticada por dejar a un lado la religión,

por ejemplo, en la definición de lo que es ser judío, y por presentar una visión muy simplificada de la historia judía, pero acabó siendo muy influyente en las escuelas israelíes. En un estudio de los libros de texto usados entre 1900 y 1984 se vio que a medida que pasaba el tiempo, la historia judía se presentaba cada vez más en términos del establecimiento de Israel, y se aseguraba que entre los judíos en el exilio, el sueño sionista de un estado judío era el movimiento «más fuerte y más antiguo».

El nacionalismo está lejos de haberse detenido en su carrera, y siguen apareciendo nuevas naciones, que a su vez encuentran muy importante la historia para definirse a sí mismas. En los años sesenta, Wolfgang Feuerstein, un joven erudito alemán, dio con unas personas que vivían en un valle remoto de la costa sur del mar Negro, junto a la parte turca de Trabzon. Los lazi, unos 250 000 aproximadamente, eran musulmanes, como la gran mayoría de los turcos, pero tenían su propia lengua, costumbres y mitos. Al joven alemán le pareció que antiguamente debían de ser cristianos. Empezó a estudiar aquella anomalía que la historia había dejado atrás, y para ayudarles a registrar sus historias inventó un lenguaje escrito para ellos. Los lazi empezaron a interesarse por su propio pasado y cultura, y las autoridades turcas, que ya tienen bastantes problemas con las exigencias de otras minorías, como los kurdos, empezaron a preocuparse. Feuerstein fue arrestado, golpeado y deportado, pero desde el exilio envió textos con historias y poemas lazi a las escuelas no oficiales que se mantenían a escondidas. A medida que los lazi iban desarrollando una mayor conciencia de sí mismos y de su pasado, se fueron convirtiendo en una nación. En 1999 se estableció un partido Laz para promover un «Lazistán» dentro de Turquía. Su programa electoral habla de fomentar la lengua y la cultura Laz y de estimular el estudio desde un punto de vista Laz. Y si no me equivoco, algún día usarán esa historia para presentar una factura de reclamación.

Presentar la factura de la Historia

Cualquiera que haya tenido alguna vez una discusión y haya dicho: «Siempre haces eso», o «Confiaba en ti», o «Me debes una», está usando la historia para conseguir una ventaja en el presente. Y casi todos nosotros lo hacemos, desde los jefes de estado hasta los particulares. Damos vueltas a los acontecimientos del pasado para demostrar que siempre tendemos a portarnos bien y nuestros oponentes mal, o que normalmente tenemos razón y los otros se equivocan. Por tanto, ni que decir tiene, esta vez también estamos en lo cierto.

Cuando empezaron los problemas en Yugoslavia en los años noventa, todas las partes apelaron a la historia para justificar lo que estaban haciendo. Los serbios se retrataban a sí mismos como defensores históricos de la cristiandad contra el ataque musulmán, y liberadores de otros eslavos del sur como los croatas y los eslovenos. Los croatas veían el pasado de una forma muy distinta. Croacia siempre había formado parte de Occidente, del gran Imperio austro-húngaro y de la civilización católica, mientras que Serbia surgía del mundo atrasado y supersticioso de la ortodoxia. El gobierno de Serbia empezó a referirse a los croatas como Ustasha (nombre de la fuerza fascista de la segunda guerra mundial que masacró a serbios y judíos). La televisión serbia mostraba repetidamente documentales sobre los Ustasha, con la obvia advertencia implícita de que aquello podía ocurrir otra vez. El presidente de Croacia, Franjo Tudjman, comunista con-

vertido en nacionalista, como Milošević, respondía con desdén. Los Ustasha habían cometido crímenes, desde luego, pero aun así eran «una expresión del deseo histórico de la nación croata de tener un hogar propio e independiente».

Las fuerzas serbias, que empezaron a atacar a los musulmanes bosnios sin mediar provocación alguna, intentaron justificar su agresión contándole al mundo que de nuevo estaban defendiendo al Occidente cristiano contra el Oriente fanático. No dejaron que se interpusiera en su camino el hecho de que los musulmanes bosnios no sólo fueran en su mayor parte laicos, sino también descendientes de serbios o croatas. Los nacionalistas serbios insistían en referirse a ellos como turcos o traidores a los serbios y a la Iglesia ortodoxa serbia. Los croatas, por supuesto, preferían ver a los musulmanes bosnios como católicos croatas apóstatas. (Curiosamente, el efecto de la guerra ha sido volver más devotos a muchos musulmanes de Bosnia).

Usar la historia para etiquetar o rebajar a los oponentes siempre ha sido una herramienta muy útil. La izquierda grita «¡fascista!» a la derecha, mientras los conservadores van etiquetando alegremente a los demás de estalinistas o comunistas. Estando de visita en Nueva York en 2005 Ariel Sharon, que entonces era primer ministro de Israel, tuvo que enfrentarse a unos manifestantes que le gritaban «Auschwitz» y «nazi» porque había desmantelado unos asentamientos judíos ilegales en la franja de Gaza. En enero de 2006, Hillary Clinton, que iniciaba entonces su campaña a la presidencia, atacó a la Cámara de Diputados, entonces dominada por los republicanos. «Cuando vemos cómo se ha gobernado este Congreso de Diputados», le dijo a una audiencia predominantemente negra, en Harlem, «vemos que se ha gobernado como una plantación, y ya saben a qué me estoy refiriendo». Así era, y también lo entendieron los republicanos, que la acusaron de intentar jugar la baza racial.

Los países también usan episodios del pasado para avergonzar y presionar a otros. China, por ejemplo, se refiere repetidamente al Siglo de Humillación, que empezó con la primera guerra del Opio en 1839 y acabó con el triunfo de los comunistas en 1949. Los chinos tenían una larga lista de agravios: derrota a manos de los poderes extranjeros, desde Gran Bretaña a Japón; quema del Palacio de Verano de Beijing en 1860 por parte de las tropas británicas y francesas; zonas de concesión extranjera donde los nacidos en países extranjeros hacían grandes fortunas y vivían bajo sus propias leyes; desigualdad en los tratados que iban destruyendo la autonomía china y, por supuesto, el famoso cartel de «No se admiten perros ni chinos». Si Estados Unidos vende armas a Taiwán, China recuerda el apoyo americano a los enemigos de los comunistas en el pasado. Cuando Henry Kissinger hizo su primer viaje secreto a China en el verano de 1972, tuvo que aguantar repetidos recordatorios por parte del primer ministro, Zhou Enlai, de antiguos pecados norteamericanos, incluyendo la famosa ocasión en la conferencia de Ginebra de 1954 en que John Foster Dulles, secretario de estado, se negó a estrechar la mano de Zhou. En 1981 el que era entonces líder de China, Deng Xiaoping, se quejó a Estados Unidos de su reticencia a vender tecnología avanzada a China: «Quizá el problema es el trato que recibe China por parte de Estados Unidos. Me pregunto si Estados Unidos no tratará todavía a China como un país hostil».

En la historia del Partido Comunista Chino, China es la víctima eterna, y por tanto no puede hacer nada mal. Durante toda su larga historia ha sido una potencia pacífica, que nunca ha intentado conquistar otros pueblos ni apoderarse de territorio alguno, a diferencia de las potencias occidentales o de Japón. Cuando China recibe críticas de todo el mundo por su apoyo a regímenes espantosos como el de Birmania y Sudán, está siendo injustamente tratada una vez más. Las potencias extranjeras, se-

gún la visión de China, se refieren con un cinismo absoluto a la falta de derechos humanos para atacar a China e interferir en sus asuntos internos. El Dalai Lama, apoyado por fuerzas malévolas y egoístas en Occidente, cuenta mentiras sobre el Tíbet, cuando la verdad es que, según la historia oficial china, lo que había sido una sociedad atrasada y plagada de sacerdotes se está modernizando rápidamente con la ayuda incondicional de China. En cualquier caso, dicen los chinos, los occidentales no tienen autoridad moral para criticarlos cuando en la propia historia de Occidente se han dado el imperialismo, la esclavitud y el Holocausto. Recientemente el gobierno canadiense investigó el destino del ciudadano canadiense Huseyin Celil, que está retenido en una prisión china, y los chinos replicaron afirmando que los extranjeros estaban intentando humillar a China una vez más, pero que China permanecería firme. Una variante muy interesante del uso de la historia para justificar una conducta actual apareció durante los juegos olímpicos de verano de 2008. Los críticos extranjeros señalaron que las autoridades chinas no estaban respetando los derechos humanos, tal y como habían prometido al Comité Olímpico Internacional, y la respuesta de los defensores de China fue que los extranjeros no tenían autoridad para criticar a China porque no conocían su larga historia.

En sus relaciones con Japón, China ha hecho siempre gran uso del pasado, en particular de la invasión y ocupación japonesa entre 1937 y 1945 y de las atrocidades bien documentadas que la acompañaron, como la masacre de Nanjing por las tropas japonesas. La conducta de Japón en China y su papel al provocar la segunda guerra mundial en Asia han sido tema de dolorosos debates dentro de Japón, pero el gobierno chino ha preferido creer que Japón continúa negando su culpabilidad. En los años noventa, cuando el Partido Comunista inició la campaña de Educación Patriótica para reafirmar su propia autoridad, los ataques a Japón y su famosa amnesia fueron en aumento. Pintar al Japón mo-

dermo como sucesor impenitente del país militarista de la segunda guerra mundial era una forma conveniente de justificar la reivindicación del liderazgo de Asia por parte de China, y desautorizar al mismo tiempo la petición de Japón de tener un puesto en el Consejo de Seguridad ampliado de la ONU. En la primavera de 2005, bajo los ojos benévolo de las autoridades y quizá incluso estimulados directamente por ellas, algunos jóvenes chinos atacaron negocios japoneses en diversas ciudades grandes de China, con la excusa de que los libros de texto japoneses omitían cualquier referencia al saqueo de Nanjing. Sin embargo, los disturbios se fueron extendiendo y los objetivos se ampliaron y llegaron a incluir los defectos del gobierno chino en aspectos como el medio ambiente, y entonces el partido decidió que ya era suficiente. Cesaron los arrebatos nacionalistas. Las emociones suscitadas permanecieron, sin embargo, y el partido sigue tentado de recurrir al peligroso juego de usar el nacionalismo para reforzar su desfalleciente autoridad ideológica.

A veces se acude al presente para efectuar cambios en el pasado. Tomemos un ejemplo que ha salido mucho en las noticias últimamente: grupos armenios de todo el mundo aseguran que Turquía no debería entrar en la Unión Europea hasta que haya admitido que cometió genocidio hace más de noventa años. Es absolutamente cierto que los turcos otomanos hicieron cosas espantosas a los súbditos armenios durante la primera guerra mundial. A medida que los ejércitos rusos avanzaban hacia Turquía, el gobierno turco empezó a temer que los armenios ofrecieran apoyo a los invasores. Centenares de miles de armenios fueron desarraigados a la fuerza de sus hogares en el nordeste de Turquía y los enviaron al sur. Muchos no sobrevivieron a la caminata. Fueron hostigados por los musulmanes locales, a menudo kurdos, y las autoridades turcas o bien se mostraron indiferentes o incluso fomentaron activamente el asesinato. En países como Estados Unidos, Canadá y Francia, los armenios y sus partidarios

han persuadido a los legisladores de que definan aquellos crímenes como genocidio, afirmando que la política oficial turca consistía en exterminar a los armenios, y exigen que el gobierno turco de hoy día se disculpe con rotundidad. Los turcos se han negado en redondo, afirmando que los turcos de hoy en día no tienen que asumir responsabilidad alguna por algo que se hizo en el pasado, en un régimen muy distinto. Además, niegan que ocurriera genocidio alguno. El tema ha complicado aún más la controvertida cuestión de la admisión de Turquía en la Unión Europea.

Después de la primera guerra mundial, los alemanes usaron la historia como arma de otra forma, para desautorizar la legitimidad del Tratado de Versalles que habían firmado con los aliados victoriosos. La derrota militar (y no existe duda alguna de que la hubo) fue un golpe terrible para el gobierno civil alemán y para los alemanes corrientes, a los que el mando supremo había mantenido en la ignorancia. Desde 1918 en adelante, el ejército hizo todo lo que pudo para evitar la responsabilidad por la derrota, alimentando con diligencia el mito de la puñalada por la espalda: Alemania había sido derrotada no en el campo de batalla, sino por las actividades de los traidores del propio país, ya fueran socialistas, pacifistas, judíos o una combinación de las tres cosas. El hecho de que los aliados decidieran, en parte en razón de su propio cansancio por la guerra, no invadir ni ocupar Alemania (aparte de una pequeña zona en la orilla occidental del Rin) dio más credibilidad al mito entre el pueblo alemán. La sensación de que Alemania no debía ser tratada como una nación derrotada se veía también reforzada por las circunstancias de su rendición. Su gobierno había intercambiado notas con el presidente americano, Woodrow Wilson, en las cuales él hablaba de paz sin recriminaciones ni venganza. En lo que respecta a los alemanes, el armisticio con los aliados se había llevado a cabo sobre la base de los Catorce Puntos de Wilson, que pintaban la imagen de un

mundo nuevo y pacífico basado en la justicia y el respeto por los derechos de los pueblos. ¿Significaba eso que los aliados no buscarían rebanar grandes trozos del territorio alemán, habitado por alemanes, ni pedirían fuertes indemnizaciones? En cualquier caso, para abonar su petición de un trato más suave, el país alegaba que era una Alemania distinta. El káiser había huido y la monarquía se había desvanecido. Alemania era ahora una república, por tanto, ¿por qué iba a pagar por los pecados de su predecesora? Los alemanes conocieron los términos del Tratado de Versalles en la primavera de 1919, y reaccionaron con una gran conmoción y la convicción de que habían sido traicionados. Y cuando averiguaron que no habría negociaciones importantes, sino simplemente un plazo límite para firmar, denunciaron que el tratado era un «*Diktat*».

En los años veinte, la hostilidad hacia el tratado recorrió el espectro político completo, en toda Alemania. Los términos se consideraban punitivos e ilegítimos, y existía el acuerdo general y tácito de que debían sortearse lo antes posible. Lo que resultaba especialmente mortificante era el artículo 231, que adjudicaba a Alemania la responsabilidad de haber iniciado la guerra. La cláusula de la «culpa de guerra», como sería conocida de manera equívoca, se proponía transmitir la desaprobación moral de los aliados y, más importante quizá, proporcionar una base legal para establecer compensaciones. El líder de la delegación alemana que recibió los términos tomó la decisión consciente de oponerse al artículo 231, y de vuelta en Alemania, el ministro de Asuntos Exteriores estableció una unidad especial para que continuase su trabajo. Los acontecimientos de julio de 1914 merecieron un escrutinio especial. Se hicieron públicos o se mostraron a algunos historiadores bien dispuestos documentos seleccionados, que creaban la imagen de una Europa que se abalanzaba hacia la guerra. La catástrofe no era culpa de nadie y era culpa de todos. Ale-

mania no tenía más responsabilidad al respecto que cualquier otro país.

Dentro de Alemania, esa visión del pasado fue inmensamente influyente a la hora de alimentar tanto una profunda sensación de agravio contra los aliados (y en realidad contra el gobierno alemán, formado en gran medida por socialistas, que habían firmado el tratado) como un fuerte deseo de romper las «cadenas» del Tratado de Versalles. Mientras empezaba a buscar apoyo entre veteranos descontentos, miembros de la extrema derecha y la población flotante de las cervecerías de Múnich, a principios de los años veinte, Adolf Hitler machacaba los temas de la puñalada por la espalda y la paz injusta. A medida que iba ganando consideración entre la clase media respetable, fue ese llamamiento a un nacionalismo alemán frustrado lo que le ayudó a conseguir legitimidad. Desgraciadamente para la paz mundial, la reescritura de la historia causó también un gran impacto fuera de Alemania, particularmente en los países de habla inglesa. Los líderes y el público de países como Reino Unido y Estados Unidos fueron sintiendo cada vez más que Alemania había sido tratada injustamente y que era correcto exigir una revisión del Tratado de Versalles. La distorsión y el mal uso de la historia sirvió muy bien a Hitler de dos formas distintas: para conseguirle seguidores y para alimentar las políticas de conciliación de sus posibles oponentes.

En los dos siglos pasados, la historia ha adquirido importancia en otro sentido: como base para reclamar tierras, tanto dentro de los países como entre ellos. Esto se debe a que allí donde no existen registros claros para transferir la tierra de un grupo de gente a otro, como sucede con la mayor parte de las tierras nativas de Canadá, las pruebas de posesión en el pasado ayudan a apoyar el argumento de que la transferencia fue ilegal. Además, ya no se consideran lícitos tratados ni acuerdos en que una de las partes no tiene ni la menor idea de lo que esas palabras están dando por

válido. Henry Stanley, por ejemplo, fue remontando el río Congo e hizo que los jefes locales pusieran sus marcas en lo que para ellos eran trozos de papel sin sentido, y adquirió para el rey Leopoldo de Bélgica un vasto territorio. Y las grandes potencias lo aceptaron. Después de todo, ellos estaban haciendo también lo mismo en otros muchos sitios. Hoy en día consideraríamos tales tratados como un fraude.

Tampoco creemos, a menos que seamos fanáticos religiosos, que las promesas de los dioses sean una base firme para reclamar un territorio. Otras bases tradicionales para reclamar territorios son igual de inaceptables hoy en día. Por ejemplo, el matrimonio. Al casarse Carlos II de Inglaterra con Catalina de Braganza, ella aportó Bombay como parte de su dote. Hoy en día, si el príncipe Carlos deseara regalar el ducado de Cornualles a su nueva esposa, resultaría sencillamente inconcebible. Los monarcas ya no pueden intercambiar trozos de territorio como hicieron durante muchos siglos. Napoleón pudo vender un gran trozo del Nuevo Mundo a Estados Unidos en la Compra de Louisiana, en 1803; el presidente Nicolás Sarkozy no podría vender ni el trozo más pequeño de Francia (las islas de St. Pierre y Miquelon, por ejemplo) hoy en día. En el Congreso de Viena, que acabó con las guerras napoleónicas, ducados, condados y ciudades fueron intercambiados entre las diferentes potencias como en un gran juego de Monopoly, y a nadie le pareció mal todo eso. Un siglo después y tras acabar la primera guerra mundial, en la Conferencia de París se gastó muchísimo tiempo y esfuerzo en determinar los deseos de los habitantes de los territorios que se encontraban a su disposición, o en último extremo, su etnia.

Las formas de pensar cambian, y lo que parecía perfectamente normal hace dos siglos ahora es literalmente impensable. La guerra y las conquistas solían ser la forma de cambiar las fronteras. Si se perdía una guerra, se podía contar con la cesión de dinero, tesoros artísticos, territorio, armas y cualquier otra cosa que exi-

giera el vencedor. La extensión de las ideas de la soberanía popular, la democracia, la ciudadanía y el nacionalismo significan que hasta los gobernantes más despiadados han tenido que reconocer, aunque sea para cubrir las apariencias, la idea de que los pueblos tienen derecho a la autodeterminación. Al dirigirse hacia el este en la Unión Soviética, Hitler aseguraba que seguía el camino natural e histórico de la raza alemana. Stalin se apropió del este de Europa para su imperio al final de la segunda guerra mundial, y su coartada era que la Unión Soviética respondía a la voluntad de los pueblos locales o que sencillamente estaba restaurando las fronteras históricas. Saddam Hussein ocupó Kuwait en 1990 e intentó justificar sus acciones con excusas poco convincentes, diciendo que Kuwait reconoció la soberanía iraquí en el siglo XVIII, mucho antes, por supuesto, de que existiera ninguno de los dos países. La historia se ha vuelto necesaria para proporcionar legitimidad a las reclamaciones de tierras, a medida que los otros motivos, ya fueran matrimonio o conquista, se iban abandonando.

Después de la guerra Franco-Prusiana de 1870-1871, que resultó en una humillante derrota para Francia y el nacimiento de la nueva Alemania, los generales alemanes insistieron en reclamar las dos provincias francesas de Alsacia y Lorena, en parte como botín de guerra y en parte para proporcionar una barrera defensiva contra futuros ataques franceses. Los nacionalistas alemanes amablemente vistieron sus exigencias con nuevos ropajes más aceptables. En el pasado, Alsacia y Lorena habían formado parte del Sacro Imperio Romano, y durante gran parte de su historia tuvieron gobernantes alemanes. Luis XIV se apoderó de Alsacia y Luis XV, de Lorena, pero había llegado ya el momento de restituirlas a su hogar natural. No importaba que sus habitantes no hablasen alemán o prefiriesen quedarse en Francia. Heinrich von Treitschke, uno de los historiadores alemanes más importantes, decía que la nación alemana sabía lo que era mejor pa-

ra «esos desgraciados» que habían caído tan tristemente bajo la influencia francesa. «Les restituiremos su ser auténtico contra su voluntad». Un periódico alemán recomendaba la versión del siglo XIX del famoso «quien bien te quiera te hará llorar». «Debemos empezar con mano dura», declaraban. «El amor seguirá a la disciplina, y los hará alemanes de nuevo».

En 1919, en la Conferencia de Paz de París, que marcó el final de la primera guerra mundial, la justificación de las reclamaciones de territorio asumió una enorme importancia porque había mucho que dividir y muchas reclamaciones antagónicas. La derrota de Alemania, el colapso de Rusia y del Imperio ruso y la desintegración de Austria-Hungría y del Imperio otomano significaban que las fronteras de toda Europa y de Oriente Medio se encontraban en un estado de fluidez. Las antiguas naciones, como Polonia, vieron la oportunidad de ponerse a sí mismas de nuevo en el mapa, y las nuevas, como Checoslovaquia, tuvieron la oportunidad de nacer. Las palabras de Woodrow Wilson y los discursos sobre autodeterminación que estaban en el aire por todas partes animaron a docenas de grupos a acudir a París a exponer su caso ante las grandes potencias.

Sus argumentos se inscribieron en tres categorías fundamentales: estratégicos, es decir, que la posesión de un trozo determinado de territorio era necesaria para la seguridad de un país o para su economía; etnográficos, que la gente de aquellas tierras pertenecía a la nación peticionaria por su lengua, costumbres o religión; y finalmente, y esto fue considerado a menudo el factor decisivo, por derecho histórico. Los argumentos estratégicos o económicos no siempre funcionan, porque los países vecinos pueden hacer reclamaciones idénticas. La etnografía también es complicada en lugares donde las poblaciones están muy mezcladas, como por ejemplo en el centro de Europa. La historia parecía hablar con autoridad... ¿o hablaba? Europa, y lo mismo ocurre también con Oriente Medio, tiene demasiada historia; como

decía la humorística y memorable frase de Winston Churchill sobre los Balcanes, mucha más de la que puede consumir. Imperios y estados, gobernantes y pueblos han ido y venido. Siempre se puede encontrar base para una reclamación en el pasado si se busca lo suficiente. Italia reclamaba gran parte de la costa de Dalmacia para defender su propia costa adriática, aduciendo que la civilización italiana era superior a la de sus habitantes, eslavos en su mayoría, y también porque Venecia la había gobernado en el pasado. Y al mismo tiempo, algo muy propio de la naturaleza humana, cuando los peticionarios de la conferencia de paz hurgabán en la historia, aquellos que hablaban por las naciones emergentes no se remontaban a una época en la que sus supuestos precursores hubiesen ocupado un pequeño fragmento de territorio. Muchos polacos, incluido Roman Dmowski, líder de la delegación polaca en París, querían al menos restablecer las fronteras de 1772, cuando Polonia gobernaba sobre la Lituania y Bielorrusia de hoy en día, y gran parte de Ucrania también. «Cuando Dmowski expuso las reclamaciones de Polonia, decía un experto americano, empezó a las once en punto de la mañana y en el siglo XIV, y llegó al año 1919 y los problemas acuciantes del presente nada menos que a las cuatro de la tarde». Los serbios añoraban las fronteras del siglo XIV, cuando el reino de Stefan se extendía desde el mar Egeo al Danubio. Los búlgaros preferían el mapa del siglo X, cuando su rey Simeón gobernaba más o menos sobre el mismo territorio.

«Cada una de las nacionalidades centroeuropeas», se quejaba el mismo experto americano, fatigado, «tenía su propio repertorio de estadísticas y trucos cartográficos. Cuando fallaban las estadísticas, se usaban mapas en color. Sería necesaria una enorme monografía para contener un análisis de todos los tipos de manipulaciones de los mapas que provocaron la guerra y la conferencia de paz». O los abusos de la historia. Los registros de la conferencia están llenos de reclamaciones dramáticas respaldadas por

historias vagas que habían ido pasando a través de los siglos, el ir y venir de los estados, los infinitos movimientos de los pueblos sobre la faz de Europa y todo tipo de hechos inconvenientes, y que pretendían demostrar que tal o cual trozo de tierra fue siempre polaco o italiano. Serbia y Rumanía, por ejemplo, reclamaban las dos el Banato, que se encuentra entre ellas, y se remontaban hasta la Edad Media para buscar pruebas que apoyasen sus reclamaciones. Mirad, decía el representante serbio, los monasterios del Banato siempre fueron serbios. Eso es porque los eslavos siempre han sido de naturaleza más piadosa que los rumanos, replicaba el rumano.

Hoy en día, China usa la historia para reinterpretar la invasión y ocupación del Tíbet como si no hubiese sido tal cosa. Según el gobierno chino, sencillamente se limitaron a reafirmar sus derechos históricos, que habían sido establecidos a lo largo de los siglos. Taiwán, al menos para los chinos, presenta un caso similar. Como dijo Zhou Enlai a Henry Kissinger en 1972, «La historia prueba también que Taiwán ha pertenecido a China durante más de mil años... un periodo más largo del que lleva Long Island formando parte de Estados Unidos». De hecho, la historia prueba lo contrario. En el caso del Tíbet, es cierto que los Dalai Lamas de vez en cuando reconocían el mandato del cielo que ostentaba el emperador en la lejana China, pero la mayor parte del tiempo la remota tierra montañesa estaba abandonada a su propia suerte. Taiwán tenía unos vínculos más tenues aún con China. Estaba demasiado lejos para que la mayoría de las dinastías chinas se preocuparan de ella, al otro lado del mar. Sólo la última dinastía, la Qing, intentó establecer un cierto control, debido en parte a que la isla se había convertido en refugio de piratas y rebeldes.

La historia adquiere una importancia particular cuando la tierra está en disputa. En Canadá, los aborígenes usan registros impresos como tratados y despachos así como la historia oral y la

arqueología para reclamar lo que aseguran que es su tierra ancestral. Los rumanos reclaman, como lo hicieron en París en 1919, que el rico botín de Transilvania debería ser suyo porque son descendientes de las legiones romanas, y por tanto llevan allí mucho más tiempo que sus oponentes húngaros, que no llegaron hasta el siglo IX. Los albaneses aseguran que Kosovo es suya porque son descendientes de los antiguos ilirios, ya conocidos en tiempos de los griegos clásicos, mientras que los serbios llegaron ya en el siglo XI. Los serbios contraatacan con el argumento de que la mayoría de los albaneses de Kosovo son recién llegados, parte de la oleada que llegó en los siglos XIX y XX.

Una de las disputas más difíciles y peligrosas que persisten hoy en día, la de israelíes y palestinos, trata de la posesión de la pequeña porción de terreno que fue Palestina antaño, en el Imperio otomano. Todos los aspectos de su historia común se hallan en discusión. ¿Tenía realmente Palestina una población de un 90 por ciento de árabes palestinos y un 10 por ciento de judíos en los tiempos de la primera guerra mundial? ¿Rechazaron los palestinos una y otra vez todos los ofrecimientos de cooperar con los judíos? ¿O bien los judíos los excluyeron cada vez más de la economía y del poder? ¿Es posible realmente hablar de un «pueblo palestino»? (Golda Meir y David Ben-Gurion pensaban que no). ¿Fue 1948, la fecha de la proclamación del estado de Israel, un triunfo o una catástrofe? ¿Se fueron los refugiados palestinos voluntariamente porque pensaban que podrían volver con los ejércitos árabes victoriosos, o fueron expulsados? ¿El diminuto Israel ha estado siempre rodeado de un anillo de hierro de implacables enemigos árabes? ¿Ha sido un milagro su supervivencia, o simplemente era que tenía muchas ventajas de su parte? ¿Apoyaron los palestinos al Eje en la segunda guerra mundial? ¿Es el sionismo otra versión del colonialismo occidental?

Es casi imposible que ambos lados encuentren respuestas comunes a tales cuestiones porque la historia se encuentra en el co-

razón de su identidad y sus reivindicaciones sobre Palestina. La historia israelí fue durante mucho tiempo lo que los padres fundadores como Ben-Zion Dinur habían esperado que fuese: un relato que debía servir de inspiración y amalgamar a los israelíes en una nación decidida a sobrevivir. Israel debía estar en Palestina porque hubo una presencia judía continua desde que los romanos conquistaron el último estado independiente judío. Los árabes, se argumentaba, eran recién llegados, habían ido acudiendo a lo largo de los siglos desde todas partes. Y además, insistían figuras políticas como Golda Meir, no constituían una nación separada formada por «palestinos». En los años ochenta, una escritora norteamericana llamada Joan Peters fue más lejos aún e intentó demostrar, sin éxito, que no había prácticamente ni un solo árabe en toda Palestina cuando los colonos sionistas empezaron a llegar a finales del siglo XIX; atraídos por la prosperidad que estaban creando los sionistas, aseguraba, se habían trasladado entonces. El moderno Israel nació en medio de la adversidad, y sin embargo consiguió triunfar sobre sus enemigos árabes reunidos. En los años posteriores a 1948 fue repetidamente atacado por sus vecinos y obligado a librar tres guerras defensivas, en 1956, 1967 y 1973. Depende de los territorios ocupados de Gaza, de Cisjordania y de los Altos del Golán procurar su seguridad. Según su versión, a Israel le encantaría la paz, pero los árabes han sido intransigentes desde el principio.

La historia palestina y de los árabes en general no es muy diferente, cosa nada sorprendente. Según su visión del pasado, la presencia judía (de la «entidad usurpadora») fue introducida en Palestina en el siglo XX por el imperialismo occidental, en un acto de colonialismo típico. El nacimiento de Israel fue asistido por unas comadronas muy poderosas, especialmente Estados Unidos. Los palestinos, que habían sido un pueblo desde hacía décadas, siglos incluso, se resistieron, pero eran demasiado débiles, sus hermanos árabes estaban divididos y, en el caso de Jorda-

nia y Egipto, actuaban en connivencia secreta con Israel para apoderarse de la tierra palestina. Los refugiados no se fueron voluntariamente en 1948, sino que fueron expulsados por soldados judíos, a menudo a punta de pistola. Es Israel, con el apoyo abrumador de Estados Unidos, el matón y el belicista de la región. Israel se niega a devolver la tierra que usurpó en 1967, aunque su ocupación es ilegítima, y trata a los habitantes palestinos de los territorios ocupados de una forma que recuerda al *apartheid* sudafricano. Los líderes palestinos han intentado negociar con Israel de buena fe; si las negociaciones han fracasado, como aquellas que patrocinó el presidente Clinton en Camp David, es por culpa de Israel.

La historia reciente no es más que una parte del campo de batalla, y quizá ni siquiera la más importante. Si las dos partes pueden demostrar que sus pueblos tienen una antigua e ininterrumpida conexión con la tierra, ese hecho, tal y como mostraron por primera vez los movimientos nacionalistas de Europa, se convierte en un título de propiedad para el presente. Por eso el movimiento de asentamientos en Israel prefiere usar los nombres bíblicos de Judea y Samaria para describir Cisjordania. Tal y como dijo una portavoz de Gush Emunim, uno de los grupos más radicales, la historia era su «divisa». No sorprende pues, como ha señalado Nadia Abu El-Haj en su obra *Facts on the Ground (Hechos sobre el terreno)*, que la arqueología haya asumido una importancia fundamental en la disputa entre israelíes y palestinos, porque les promete respuestas definitivas. Si, por ejemplo, se puede demostrar que los asentamientos de la Edad de Hierro son de los israelitas, que conquistaron la tierra de los canaanitas, se podría plantear una reivindicación judía moderna de esa misma tierra. Si, por otra parte, los asentamientos fueron compartidos por diversos pueblos en diferentes momentos, podría resultar mucho más difícil establecer una conexión sin rupturas. «No sería correcto», decía un arqueólogo palestino, «hacer hincapié en la his-

toria de un pueblo entre los muchos que invadieron Palestina y se establecieron allí». Y además, ¿y si los habitantes originales hubieran sido árabes cuya tierra fue tomada por los israelitas, como aseguran algunos arqueólogos árabes? Cada siglo se convierte en parte del debate. Si un mosaico del siglo X es árabe, ¿qué significa eso para las reclamaciones palestinas? «¿Tenemos que decirle al mundo que este país fue fundado por musulmanes?», preguntó una vez un exasperado coronel israelí a un arqueólogo.

A principios de los años noventa, cuando se llegó con grandes dificultades al acuerdo de que Israel se retirase de algunos puntos de Cisjordania, los hallazgos arqueológicos formaron parte del trato. Los palestinos querían que se los devolvieran; el gobierno israelí insistió en una gestión conjunta de los emplazamientos más importantes. ¿A quién pertenecen las antigüedades de lugares como Jericó, que tenía que ser devuelta a la Autoridad Nacional Palestina? En 1993, la Jefatura de Antigüedades de Israel envió más de una docena de equipos de arqueólogos a una operación secreta justo antes de la retirada israelí, para que registrara aquella zona en busca de pergaminos antiguos, «como Indiana Jones», escribió con desdén un periodista israelí.

Las pruebas en sentido desfavorable se pueden difuminar, explicar de otra manera o sencillamente ignorar. Un arqueólogo nacionalista israelí fue condenado por sus colegas por etiquetar como judíos unos asentamientos que eran obviamente cristianos. Los nombres desaparecen de los mapas junto con los pueblos que en tiempos vivieron allí. Cuando las excavaciones arqueológicas cuestionaron muchos de los componentes fundamentales del Antiguo Testamento y toda su cronología, muchos fundamentalistas cristianos e israelíes se negaron a creer en esos descubrimientos o simplemente permanecieron indiferentes. Muchos historiadores antiguos y arqueólogos han acabado por pensar que los israelitas quizá no estuvieron nunca en Egipto. Si hubo un éxodo, quizá fuera muy pequeño, de unas pocas familias. Es

posible que los israelitas no conquistaran nunca la tierra de los canaanitas, y Jericó probablemente no tenía muralla alguna que pudiera caer al sonido de una trompeta. El gran reino de Salomón y David, que según decían se extendía desde el Mediterráneo al Éufrates, muy posiblemente era un pequeño feudo. Los restos de la época indican que Jerusalén era una villa reducida, y no la magnífica ciudad de la Biblia. De modo que, ¿por qué, se preguntaba Ze'ev Herzog en el prestigioso periódico israelí *Haa-retz*, lo que es un cambio importantísimo de perspectiva sobre el pasado bíblico no ha provocado reacción alguna, ni siquiera entre los israelíes seculares? Su conclusión es que resulta demasiado doloroso aceptarlo. «El golpe a los cimientos míticos de la identidad israelí es demasiado amenazador, y resulta más conveniente hacer oídos sordos».

Pero las reacciones no siempre han sido tan comedidas. Nadia Abu El-Haj, americana de origen palestino, sufrió unos ataques feroces por haber asegurado que los israelíes usaban la arqueología para reforzar sus reivindicaciones sobre Israel. «Es un libro que no tendría que haberse publicado nunca», comentaba un crítico en la web de Amazon. «Este trabajo es un intento de borrar por completo la conexión histórica del pueblo judío con la tierra de Israel». Se emprendió una vigorosa campaña para evitar que obtuviera un puesto titular en el Barnard College, donde enseñaba. Los historiadores que han examinado la historia israelí, igual que ocurriría con otra cualquiera, intentando separar el mito de los hechos y poniendo en entredicho la sabiduría popular, se han encontrado también en un campo minado. La «nueva historia» de historiadores como Avi Shlaim y Benny Morris es, según dice Shabtai Teveth, periodista y biógrafo del primer ministro israelí David Ben-Gurion, «un fárrago de distorsiones, omisiones, lecturas tendenciosas y falsificaciones puras y duras». Israel, como veremos, no es en absoluto la única sociedad que tiene sus guerras históricas, pero como hay mucho en juego, desde la

propia identidad de la nación a su derecho a existir en su tierra,
el conflicto se puede encarnizar.

Las guerras de la Historia

La historia consiste en recordar el pasado, pero también se puede decidir olvidar. En las campañas políticas, los candidatos se recriminan unos a otros cosas que habían decidido no poner en sus biografías. También lo hacemos en nuestras vidas personales. «Nunca me habías contado eso», decimos furiosos o conmovidos. «No sabía eso de ti». Algunas de las guerras más difíciles y prolongadas de las sociedades de todo el mundo han tratado de aquello que se omitió o se minimizó al relatar una historia... y lo que debía constar. Cuando la gente habla, como suele hacer con frecuencia, de la necesidad de una historia «cierta», lo que en realidad quieren es una historia que les guste y les satisfaga. Los libros de texto escolares, cursos universitarios, películas, libros, monumentos de guerra, galerías de arte y museos se han visto atrapados de vez en cuando en debates que dicen tanto del presente y sus preocupaciones como del tema histórico del que parecen ocuparse a primera vista.

Educar a las generaciones venideras e inculcarles las ideas y valores correctos son cosas que la mayor parte de las sociedades se toman muy en serio. El hecho de que tantos países, especialmente en Occidente, hayan recibido grandes cantidades de población inmigrante, ha dado más importancia aún a este tema. La mayoría de las sociedades occidentales se han visto conmovidas por las pruebas, sobre todo en forma de actos de terrorismo, de que hay inmigrantes que son indiferentes a los valores de la

sociedad que los alberga, y un pequeño número que de hecho los desprecia. Episodios como el asesinato del controvertido director Theo Van Gogh o el descubrimiento de una trama terrorista en Toronto han obligado a holandeses y canadienses a replantearse si consiguen o no integrar a los recién llegados. Existe el temor de que incluso personas bien establecidas no comprendan en realidad sus propias sociedades o los valores fundamentales que encarnan. Como resultado, se dan repetidos llamamientos a la enseñanza de los valores nacionales. (Acordar cuáles pueden ser estos valores no es fácil, como muestra claramente el caso de Francia. Allí, la tolerancia religiosa entra en conflicto con la preocupación de que los inmigrantes musulmanes se vuelvan franceses y laicos).

A menudo se usa la historia como una serie de cuentos morales para aumentar la solidaridad del grupo o, cosa más defendible, según mi punto de vista, para explicar el desarrollo de instituciones importantes como los parlamentos y conceptos como la democracia, y de ese modo la enseñanza del pasado se ha convertido en algo fundamental a la hora de debatir la forma de inculcar y transmitir valores. El peligro es que ese objetivo, que puede ser admirable, acabe por distorsionar la historia, ya sea convirtiéndola en un relato simplista en el cual sólo hay personajes en blanco y negro, o bien representándola como si todo tendiese hacia una sola dirección, ya sea el progreso humano o el triunfo de un grupo en particular. La historia explicada de ese modo aplanar la complejidad de la experiencia humana y no deja espacio para las distintas interpretaciones del pasado.

El lema de la provincia de Quebec es «*Je me souviens*», y los hablantes de francés recuerdan, sí, pero selectivamente. La historia, tal y como se enseña en las escuelas de Quebec, hace hincapié en la existencia continua de una minoría discriminada de hablantes de francés en un Canadá inglés, y asegura que esta minoría ha luchado incesantemente por sus derechos. En los años noventa es-

taba en el poder el Parti Québécois, expresión política del movimiento separatista de Quebec, y su ministra de Educación, Pauline Marois (ahora líder del partido) prometió doblar el tiempo que dedicarían a la historia los estudiantes de instituto. Aun así, los separatistas de la línea dura no estaban satisfechos: según su punto de vista, el currículo incluía demasiada historia mundial y prestaba demasiada atención a las minorías inglesa y aborígen de la provincia.

Los canadienses de habla inglesa tienen otros temores, como por ejemplo que los canadienses jóvenes no estén aprendiendo lo suficiente del pasado y no sientan orgullo por su país. El Dominion Institute realiza un informe cada año y anuncia con mucho pesimismo que los canadienses no son capaces de identificar a sus primeros ministros, ni recordar las fechas en las que tuvieron lugar determinados acontecimientos. En 1999, un grupo de filántropos fundó la Historica Foundation, cuya misión es «rellenar los huecos», como ellos dicen, de la enseñanza del pasado en Canadá. En Australia, John Howard, primer ministro desde 1996 a 2007, inició un ardiente debate público al anunciar que ya estaba harto de la visión «enlutada» de la historia de Australia. Esta afirmación llegó en un momento difícil, cuando los australianos estaban pensando qué hacer con las generaciones perdidas de niños aborígenes que habían sido arrebatados a sus familias y entregados a familias blancas. Howard afirmaba que los historiadores profesionales «se habían erigido en expertos en dietética cultural», y habían persuadido a los australianos de que su historia es un relato truculento y racista repleto de crímenes contra los aborígenes. Los periodistas y otros comentaristas, apelando a la fuerte presión antiintelectual de la cultura australiana, se lanzaron con entusiasmo contra la «mafia moral» y las «clases discursivas». Según afirmaba un columnista, a la mayoría de los australianos les encantaría que hubiese una reconciliación entre los

aborígenes y la sociedad dominante sólo si los primeros «dejaban de hablar del pasado».

En el Reino Unido se dan repetidos debates sobre la historia que tendrían que aprender los escolares. ¿Se debería explicar, como deseaba el conservador Kenneth Baker cuando era ministro de Educación, «cómo se ha desarrollado una sociedad libre y democrática a lo largo de los siglos»? ¿O tendría que explicarse la historia de aquellos que estaban oprimidos y marginados? ¿La historia desde arriba o la historia desde abajo? ¿Necesitan los niños alguna cronología o es mejor que aprendan temas como la familia, las mujeres, la ciencia y la tecnología? En el verano de 2007, Ofsted, el cuerpo que inspecciona las escuelas británicas, estableció un debate nacional al quejarse de que la historia que se enseñaba estaba demasiado fragmentada y los estudiantes no tenían ni idea de cuándo había ocurrido algo o en qué orden. Muchos padres ya habían descubierto esto por sí mismos, y habían convertido en inesperado *best seller* una historia eduardiana para niños. *Our Island Story (Historia de nuestra isla)* da por sentado que la historia británica se ha ido moviendo hacia adelante y hacia arriba a lo largo de los siglos, que el Imperio británico era algo bueno, y que Gran Bretaña normalmente estaba en lo cierto. Está lleno de historias como la de Ricardo Corazón de León, *sir* Walter Raleigh, Robin Hood y, por supuesto, el rey Arturo. Hay héroes y villanos. Una prerrafaelita Boadicea (así se la llamaba entonces) cabalga en una página ilustrada con el cabello dorado ondeando tras ella. Un pensativo Roberto Bruce contempla a una araña que teje su tela y aprende lo que es la persistencia. Los dos pequeños príncipes tiemblan juntos cuando su malvado tío Ricardo III se dispone a matarlos. No es un buen libro de historia (no dice nada de la Gran Bretaña nueva, multiétnica y multicultural de hoy en día), pero es entretenido y puede estimular a los niños a interesarse por el pasado de su país. Las discusiones sobre el tipo de historia que se debe enseñar suelen

verse estrechamente imbricadas con el tema de cómo integrar a los inmigrantes en la sociedad que los alberga, algo que se debate acaloradamente en muchos países hoy en día. A finales de los ochenta y principios de los noventa, a los conservadores de Margaret Thatcher les preocupaba que no se enseñase a los recién llegados lo que era ser inglés. La propia señora Thatcher quería una «historia patriótica». Más recientemente Gordon Brown, del Partido Laborista, que en teoría debía estar en desacuerdo con ella por el contenido de la historia, decía que aquellos que quisieran convertirse en ciudadanos británicos tendrían que ser capaces de demostrar que comprenden la historia y la cultura británicas.

En Estados Unidos se daba por sentado que los inmigrantes se asimilarían a la sociedad americana y que una de las formas más importantes de hacerlo era a través de la escuela. La guerra civil, quizá porque demostró lo frágil que podía ser la Unión, estimuló un interés profundo en la historia americana. Los libros de texto mostraban una historia que se desarrollaba triunfalmente desde los primeros asentamientos y los Padres Fundadores hasta el presente. Sociedades patrióticas a centenares fomentaban la veneración de la bandera americana y celebraban desfiles y festivales para conmemorar los grandes momentos del pasado americano. El día de Acción de Gracias adquirió gran importancia como momento en que los americanos se reunían para recordar la fundación de la nación. El distinguido periodista Theodore White recordaba que él mismo y sus compañeros de clase, hijos de judíos inmigrantes de Europa Central, representaban los primeros encuentros entre los padres peregrinos y los indios locales. Para él era parte del hecho de ser americano. El nuevo Memorial Day (Día Conmemorativo de los Caídos), proclamado después de la Guerra Civil, se convirtió en una ocasión para recordar a los soldados muertos. En muchos estados, a las escuelas se les requería por ley enseñar historia americana y educación cívica de

una forma que alentase el patriotismo. Guardianes voluntarios sometían a examen los libros de texto para asegurarse de que se transmitía el mensaje adecuado. Arthur Schlesinger padre, uno de los gigantes de la historia americana en los años de entreguerras, fue criticado duramente por los políticos irlandeses de Chicago por escribir un texto que, según su punto de vista, promovía una admiración poco saludable y poco patriótica hacia los británicos y sus instituciones. En 1927, el alcalde hizo que un ejemplar de uno de esos libros «traicioneros» fuera quemado públicamente.

Como la historia se ha visto tan entrelazada con la imagen que tienen los americanos de sí mismos como pueblo y con la idea de convertir a los inmigrantes en parte de ese pueblo, los libros de texto y currículos escolares han suscitado repetidas controversias públicas. En 1990, el primer presidente Bush encendió involuntariamente la mecha de la explosión más reciente al anunciar que el gobierno federal trabajaría junto con los gobernadores estatales para establecer los objetivos nacionales de educación, con el fin de asegurar que los estudiantes americanos pudiesen competir en un mundo en el que la educación es cada vez más importante y al mismo tiempo estuvieran preparados para ser buenos ciudadanos. La administración Clinton, que le sucedió en 1993, siguió adelante con el proyecto. Uno de los temas fundamentales en los que se iban a establecer objetivos, junto con el inglés, las matemáticas, la ciencia y la geografía, era la historia. Después de mucho debate y consultas, el Consejo Nacional para los Estándares Históricos emitió una serie de líneas maestras para la historia americana y mundial que los estados pudiesen aceptar o no, según su gusto. Aunque se hacía más hincapié en el multiculturalismo y en las civilizaciones no occidentales, los responsables de las líneas maestras confiaban en que sabrían relatar la historia de Estados Unidos de una forma que resultase atrayente para los estudiantes. Además, habían incluido aspectos del pasado (historia

de las mujeres o de los negros, por ejemplo) que previamente se habían descuidado.

Poco después de emitir este documento, Lynne Cheney, esposa de Dick Cheney y prominente conservadora republicana, llevó a cabo lo que se habría podido considerar, según una expresión familiar a la segunda administración Bush, como un ataque preventivo. En un artículo del *Wall Street Journal* deploraba los nuevos temas propuestos, que, según ella, daban una imagen «sombria y negativa» del pasado americano. Tal y como ella lo veía, unos profesores políticamente correctos, movidos por el odio a la política tradicional y la historia cronológica, habían producido una historia en la cual el Ku Klux Klan recibía más atención que Daniel Webster o Albert Einstein. El locutor de radio derechista Rush Limbaugh estaba fuera de sí por el ardor patriótico. Los historiadores responsables de los Estándares Históricos Nacionales, decía, se proponían inculcar a los jóvenes la creencia de que «nuestro país es intrínsecamente malvado». Otros, incluyendo algunos miembros del Congreso, no se hallaban lejos de esas posturas. Los criminales reformados G. Gordon Liddy y Oliver North, ambos entonces con programas de radio, hablaban de los «estándares del infierno». El senador Slade Gorton, del estado de Washington, denunció esas normas en el Congreso como un ataque despiadado a la civilización occidental. En el otoño de 1995, el senador Bob Dole, que estaba preparando su candidatura para la nominación a la presidencia republicana, fue más allá todavía. Los estándares, dijo, eran un acto de traición, «peor que los enemigos externos».

Todas estas afirmaciones no quedaron sin respuesta. En realidad, Estados Unidos se encontró sumido en un debate a nivel nacional y de largo alcance sobre qué era la historia y para qué debería servir. Profesores e historiadores profesionales estaban encantados al ver que la historia ocupaba un lugar central en el currículo. Los liberales sentían que los estándares reflejaban el

nuevo y cada vez más diverso Estados Unidos. A muchos sencillamente les gustaba el énfasis en el contenido y la cronología. *Los Angeles Times* dijo, aprobadoramente, que «ojalá todos los licenciados universitarios puedan tener los conocimientos mínimos de la Constitución que se establecen aquí». Al final, después de mucha discusión y revisiones, se publicaron las nuevas líneas maestras en 1996. Incluían una nueva sección final en la cual a los estudiantes se les pedía que explorasen las controversias sobre la propia historia.

El debate público y a menudo encarnizado sobre los estándares de la historia siempre fue sobre algo más que un currículo. Llegó un momento en que Estados Unidos no estaba seguro de su papel tras la guerra fría, y con respecto a su propia sociedad. Los neoconservadores temían que Estados Unidos ya no poseyera la voluntad de usar su enorme poder. En casa, los americanos conservadores veían un declive en los valores familiares, simbolizado para ellos por el aborto legal. Y a muchos americanos les preocupaba que ya no existiera una auténtica identidad común americana. Muchos de los nuevos inmigrantes ya no querían ser asimilados, al parecer. Los hispanos, por ejemplo, insistían en mantener su propio idioma, e incluso en tener escuelas hispanas. Las universidades estaban abandonando sus cursos tradicionales sobre la civilización occidental, y los cursos de historia americana cada vez se concentraban más en la historia cultural y social. Si los americanos no compartían una conciencia común del pasado, ¿qué ocurriría con el sueño expresado en el lema ampliamente usado por el gobierno: «*E pluribus unum*»? ¿Pasaría a significar «De uno, muchos» en lugar de lo contrario? Aunque el escándalo concreto por los Estándares Históricos Nacionales ya se apagó (en realidad han sido extensamente adoptados), el temor pervive. El respetado historiador Samuel Huntington publicó en 2004 un libro melancólico, ¿*Quiénes somos?*, en el cual advierte que el «proyecto deconstruccionista» ha enaltecido historias y

grupos regionales a expensas de la historia nacional. «La gente que va perdiendo esos recuerdos se está convirtiendo en algo menos que una nación», advierte.

En los países que, por el motivo que sea, carecen de confianza en sí mismos, la enseñanza de la historia puede ser un tema más sensible todavía. En Turquía, el gobierno se toma un gran interés por el currículo. Los historiadores que defienden que se preste una mayor atención a la historia de las minorías turcas o que se atreven a sugerir que existió un genocidio armenio en la primera guerra mundial, pueden verse en graves aprietos. En Rusia, el presidente Vladimir Putin se tomó un interés personal en la redacción de nuevos libros de texto de historia «patrióticos», que debían usarse en las escuelas. Concedió becas a autores aprobados (uno era un antiguo profesor de ciencias sociales marxista-leninista que se había transformado en historiador), y su gobierno se otorgó a sí mismo los poderes para determinar qué libros de texto deberían usarse. En una conferencia de profesores en el Kremlin, en junio de 2007, Putin alabó los nuevos libros de texto. «Muchos textos escolares los ha escrito gente que trabaja para conseguir becas extranjeras», dijo. «Bailan al son que les tocan otros. ¿Lo comprenden?». Por si los profesores reunidos no se percataban de ese punto, les dijo que había llegado el momento de librarse de todo ese «follón» y tener una visión más abiertamente nacionalista del pasado. Los nuevos libros de texto, dijo, presentarían una visión adecuada de Stalin y de su lugar en la historia de Rusia. Putin admitió ante los profesores que había algunas «páginas problemáticas» en el pasado de Rusia, pero muchas menos que en otros países. (Fíjense en cómo se comportó Estados Unidos en Vietnam). Stalin era un dictador, pero fue necesario en aquel momento para salvar a Rusia de sus enemigos. En la gran lucha de la guerra fría, que, según el manual, fue iniciada por Estados Unidos, «la democratización no era una opción».

En China, la propaganda del partido y los departamentos de educación mantienen los ojos fijos en las escuelas para asegurarse de que enseñan a los alumnos el sufrimiento de los chinos a manos de los imperialistas, y transmiten la lección de que la historia eligió al Partido Comunista para que dirigiese a China a su presente estado de felicidad. (En la China imperial, el mandato era conferido por el cielo, pero la idea es más o menos la misma). Recientemente las autoridades cerraron un periódico llamado *Freezing Point* tras publicar un artículo de Yuan Weishi, un conocido historiador chino, en el cual señalaba que los libros de texto de los institutos estaban llenos de errores y distorsiones. Lo que es más, daban una visión muy deformada del pasado chino, para demostrar, decía, que la civilización china era superior a todas las demás y que la cultura extranjera debía verse siempre como una amenaza. Lo que realmente le causó problemas a él y al periódico fue la afirmación de que la historia, tal y como se enseñaba, justificaba el uso del poder político e incluso la violencia para mantener a la gente en el camino adecuado. Los puntos de vista del profesor Yuan, decían las autoridades, eran heréticos y atacaban «el socialismo y el liderazgo del partido».

En Shanghai, un grupo de académicos muy osados redactó unos nuevos libros de texto que dejaban menos espacio a los antiguos ingredientes básicos de la historia de la China comunista, como las depredaciones del imperialismo y el ascenso del Partido Comunista Chino, y dedicaban más atención a otras culturas y temas como la tecnología y la economía. Los textos también transmitían que podía haber más de una visión del pasado. Su error fatal, sin embargo, fue quitar importancia al papel de Mao. En un artículo del *New York Times* titulado «¿Dónde está Mao?» se comentó la mejora que suponía sobre las antiguas historias bidimensionales, e inmediatamente las autoridades se pusieron en marcha. Los historiadores de Beijing emitieron un comunicado: «Los libros de texto de Shanghai se apartan del materialismo his-

tórico marxista, y se limitan a narrar unos acontecimientos, más que a explicar su naturaleza. Hay graves errores de dirección política, dirección teórica y dirección académica». Los textos fueron prohibidos.

Afortunadamente, la enseñanza de la historia puede cambiar a mejor. Desde el fin del *apartheid*, las escuelas de Sudáfrica, como parte del proyecto nacional de la verdad y la reconciliación, han intentado presentar una historia que incluya a todos los sudafricanos. En la República de Irlanda, la historia solía estar circunscrita de forma similar por presiones políticas. La historia que se explicaba en las escuelas era sencilla: ocho siglos de opresión y luego el triunfo del nacionalismo irlandés en los años veinte. Los episodios que no cuadraban con esta versión, como la guerra civil entre los nacionalistas rivales, por ejemplo, eran ignorados. Hoy en día, como ha señalado su presidente, las escuelas enseñan una versión mucho más plena y redonda, y dejan que los estudiantes sepan que puede haber más de una forma de ver el pasado.

Las escuelas son sólo uno de los campos de batalla. En Australia, John Howard y los medios más conservadores también la emprendieron con el nuevo Museo Nacional sobre la base de que presentaba el pasado como un genocidio de la Australia blanca contra los aborígenes, y no daba luz suficiente a los grandes exploradores y empresarios que construyeron el país. Los museos, especialmente aquellos en los que interviene la historia, ocupan un lugar curioso en nuestra mente. ¿Su propósito es conmemorar o enseñar? ¿Responder preguntas o hacerlas? La respuesta en muchas sociedades no es clara. Los chinos, por ejemplo, tienen unos museos que se llaman «de la segunda guerra mundial», pero en realidad se parecen más a los museos de cera tipo *madame Tussaud* que al Royal Ontario o al British. En lugar de objetos etiquetados en unas vitrinas de cristal, contienen unos dioramas en los cuales unos soldados japoneses pasan a bayoneta a civiles

chinos, y unos médicos japoneses se inclinan sobre las víctimas de sus espantosos experimentos. La distinción entre museo y memorial es muy difusa, y como resultado, se dan a menudo ásperos debates sobre la posible representación e interpretación del pasado.

En 1994, cuando se estaba calentando ya la guerra sobre los Estándares Históricos Nacionales, el Instituto Smithsonian de Washington empezó a pensar en una exposición que conmemoraría el fin de la segunda guerra mundial. Uno de sus principales atractivos era el bombardero B-29 que había dejado caer la bomba atómica sobre Hiroshima. El *Enola Gay*, llamado así por el piloto en honor a su madre, se convirtió en el centro de una enorme controversia. Los comisarios de la exposición sugerían a los visitantes una reflexión sobre la moralidad de usar el arma más nueva y más destructiva del mundo. En la exposición se encontraban objetos rotos y encontrados entre los escombros de Hiroshima y Nagasaki. Aunque el museo había consultado con grupos de interés especial, incluidas las asociaciones de veteranos, y también con historiadores, no se ahorró la tormenta que siguió.

Los comisarios del Smithsonian intentaron, quizá de forma ingenua, usar el *Enola Gay* para suscitar interrogantes sobre la naturaleza de la guerra moderna y el papel de las armas nucleares. También esperaban informar al público de que la decisión de arrojar las bombas atómicas sobre Hiroshima y luego Nagasaki fue controvertida en su momento, y seguía siéndolo. Todos esos intentos chocaron con aquellos que tenían la convicción de que la función del Museo Nacional del Aire y el Espacio no era suscitar el debate público, sino conmemorar las glorias de la aviación y del poderío aéreo y reforzar el patriotismo americano. Los neoconservadores dijeron que el Smithsonian y los historiadores liberales estaban atacando la actuación de Estados Unidos en la segunda guerra mundial y a la propia sociedad americana al su-

gerir que Hiroshima había sido un acto de una moralidad cuestionable. *The Washington Times* encontró algo siniestro en el hecho de que el comisario principal fuese canadiense y antiguo profesor. Los veteranos se quejaban de que se insinuase que su guerra no había sido enteramente buena. El primer guión de la exposición contenía dos frases, luego eliminadas, que fueron citadas repetidamente como ejemplos de la reprensible reescritura de la historia que estaba llevando a cabo el Smithsonian. Para muchos americanos, decía la primera versión, la guerra contra Japón «era fundamentalmente distinta de la que se llevaba a cabo contra Alemania e Italia: era una guerra de venganza». (Resulta irónico que algunos de los críticos del Smithsonian dijeran que la exposición debía incluir, como parte del contexto, atrocidades japonesas como la masacre de Nanjing y la marcha de la muerte de Bataan). Peor aún, desde el punto de vista de los veteranos y sus partidarios, el texto seguía diciendo que para la mayor parte de los japoneses «fue una guerra para defender su cultura única contra el imperialismo occidental». La Asociación de las Fuerzas Aéreas americanas afirmó que la exposición establecía una equivalencia moral entre Estados Unidos y Japón. Y más imperdonable aún, desde el punto de vista de la asociación, era el «estridente ataque» llevado a cabo contra el valor de las fuerzas aéreas.

Miembros del Congreso, periódicos y programas de radio de-rechistas corrieron entusiasmados a afirmar que el Smithsonian estaba mancillando el honor de Estados Unidos y de sus héroes de guerra. George Will dijo que el Smithsonian y los Estándares Históricos Nacionales estaban infectados por igual por el «estrafalario antiamericanismo de los campus». Pat Buchanan, que pronto anunciaría su candidatura para la nominación presidencial republicana de 1996, veía la exposición como parte de «una incansable campaña para inculcar en la juventud americana la repulsión hacia el pasado americano». Nancy Kassebaum, senadora republicana de Kansas, presentó una resolución en el Senado que

declaraba que el guión de la exposición era ofensivo, y conminaba al Museo Nacional del Aire y el Espacio a no impugnar «el recuerdo de aquellos que dieron sus vidas por la libertad». Como era un año electoral, nadie se atrevió a votar en contra de tales opiniones. El Smithsonian se fue retractando paso a paso, rehízo el guión y la exposición repetidamente, pero los ataques no hicieron más que aumentar. En enero de 1995 canceló la exposición. Cuatro meses después, el director del Museo Nacional del Aire y el Espacio dimitió.

Canadá ha vivido una disputa similar, una vez más por el modo en que un museo decidía conmemorar la segunda guerra mundial. Cuando se inauguró el nuevo Museo de la Guerra en Ottawa, en 2005, fue recibido muy positivamente. Se trataba de un edificio extraordinario, con exposiciones detalladas y bien planeadas que mostraban a Canadá en guerra desde sus primeros días hasta la campaña del siglo XXI en Afganistán. Sin embargo, el museo tuvo problemas inmediatamente con la parte de su exposición dedicada a la campaña de bombardeos contra Alemania entre 1939 y 1945. Como he mencionado antes, la placa titulada «Una controversia perdurable» ofendió especialmente a los veteranos y sus partidarios. Atrajo la atención hacia el continuo debate sobre la eficacia y la moralidad de la estrategia del Comando de Bombardeo de la Royal Air Force (y de su comandante, *sir* Arthur Harris, «Bombardero Harris») que quería destruir la capacidad de lucha de Alemania mediante los bombardeos masivos de objetivos alemanes industriales y civiles. A los veteranos les preocupaban las fotografías que mostraban a alemanes muertos entre edificios destruidos después de los bombardeos.

El tema estaba destinado a causar problemas entre los veteranos porque muchos canadienses (unos veinte mil) habían volado con el Comando de Bombardeo de la RAF, y casi diez mil habían muerto. Además, los veteranos ya habían emprendido una batalla similar una década antes, cuando se enfrentaron a la Ca-

nadian Broadcasting Corporation por una serie de televisión que ésta emitió en 1992 sobre la participación canadiense en la segunda guerra mundial. En un momento de *The valour and the horror* (*El valor y el horror*) se sugería que los aviadores canadienses, aunque eran muy valientes, se habían visto obligados a llevar a cabo una campaña de bombardeos de dudosa moralidad por culpa de unos líderes sin escrúpulos. Los veteranos organizaron recogidas de firmas y campañas de cartas contra la serie y la CBC. Miembros conservadores del Parlamento hicieron preguntas hostiles en la Cámara de los Comunes, y el Subcomité del Senado de Asuntos Veteranos, hasta entonces oscuro, inició una solemne serie de sesiones. En el verano de 1993, un grupo de veteranos de las fuerzas aéreas demandó a los realizadores del documental por una enorme cantidad en concepto de daños. El abogado de los veteranos afirmó que se trataba, sencillamente, «de lo que está bien y lo que está mal, del bien y el mal, del blanco y el negro, la verdad y la falsedad». La demanda llegó hasta la Corte Suprema, que finalmente la desestimó. La CBC firmó un compromiso con los veteranos de no reemitir aquella serie.

Como los veteranos y sus partidarios habían ganado aquella batalla a su entera satisfacción, estaban más que dispuestos a acabar con la exposición de las bombas. *Legion Magazine*, en un artículo titulado «En guerra con el museo», decía: «El museo de la guerra ha procedido de una forma tan insensible e hiriente que muchos veteranos de las fuerzas aéreas tienen la sensación de que ellos y sus camaradas caídos han sido tachados de inmorales, e incluso de criminales, por una institución del mismo gobierno que los envió a esas misiones terribles». Las cartas empezaron a llegar, acusando al museo de calificar a los pilotos canadienses de criminales de guerra. Una vez más, se consideraba que aquellos que tomaron parte en la historia tienen una visión mucho mejor de lo que ocurrió que aquellos que la estudiaron posteriormente. El gobierno de Ottawa, que ha tendido siempre a exagerar el po-

der de los veteranos, estaba más que dispuesto a intentar encontrar un compromiso antes de que las cosas se le escaparan de nuevo de las manos. Esperando calmar las críticas, el director del museo llamó a cuatro historiadores externos (yo entre ellos) para que dieran su opinión sobre la exposición. Desgraciadamente, hubo división de opiniones. Dos intentaron mantener los criterios de su profesión diciendo que sí, que había una controversia sobre los bombardeos, pero que la presentación estaba «desequilibrada». ¿Y era realmente necesario, preguntó otro, que se remitiera a los visitantes a una controversia tan complicada, que se podía llevar a cabo mejor entre expertos? «Si tenemos que hacer la pregunta», concluía, «la respuesta es no». Los otros dos historiadores adoptamos el punto de vista de que los museos son lugares de aprendizaje, y que cuando hay controversias, deben decirlo. «La historia», dije, «no debería escribirse para hacer que la generación actual se sienta bien, sino para recordarnos que los asuntos humanos son complicados».

El Subcomité del Senado de Asuntos para los Veteranos se despertó de su habitual somnolencia y celebró una serie de sesiones en la primavera de 2007 en las que los veteranos figuraban de manera prominente. Su informe recomendaba que el Museo de la Guerra diera los pasos necesarios para poner orden en la disputa con los veteranos. El museo, decía, debía «considerar formas alternativas de presentar su material con la misma fidelidad histórica, pero de una forma que eliminase la sensación de insulto que sienten los veteranos de las fuerzas aéreas, y evitase la posible malinterpretación futura del público». Pronto se comprendió lo que significaba todo aquello. El director del Museo de Guerra dejó su cargo en circunstancias que todavía no están claras, y poco después el museo anunció que iba a revisar la formulación de toda la exposición en consulta con los veteranos. Cliff Chadderton, presidente del Consejo Nacional de Asociaciones de Veteranos de Canadá, se mostró poco generoso en la victoria. «No sa-

bemos qué les ha llevado tanto tiempo, porque es obvio que el texto del panel estaba equivocado». Aseguró que habría más problemas si a él y a los veteranos no les gustaba el texto revisado.

Como otros muchos países, Canadá también ha tenido sus discusiones por las festividades públicas. Muchos protestaron cuando el Dominion Day (Día del Dominio), una celebración que se remonta a la formación de Canadá como dominio autogobernado dentro del Imperio británico, pasó a llamarse Día de Canadá en 1982. Otros adujeron que ya que Canadá había cortado su último vínculo legal con el Reino Unido, el nuevo nombre era una señal de plena nacionalidad. En Estados Unidos, el Columbus Day (Día de Colón) también ha causado muchos problemas en años recientes. Destinado originalmente a celebrar el descubrimiento (una idea en sí bastante controvertida) del Nuevo Mundo (otra fuente de discusión) por Cristóbal Colón en octubre de 1492, ahora enfrenta a los nativos americanos (que afirman que la llegada de Colón fue un hecho muy negativo para ellos, y que el propio Colón era un asesino) con los italoamericanos, que adoptan la visión opuesta. Hugo Chávez, de Venezuela, que nunca ha dudado en subirse al carro si sabía que eso le iba a proporcionar publicidad y simultáneamente iba a molestar a Estados Unidos, ha rebautizado la festividad en su país como Día de la Resistencia Indígena. El quingentésimo aniversario del desembarco de Colón en el Caribe era una fecha especialmente delicada. Cuando ya se aproximaba 1992, trescientos indígenas americanos se reunieron en Quito para hablar de los quinientos años de resistencia. En Estados Unidos, el Consejo Nacional de Iglesias, protestante, intentó arreglar las cosas e intervino diciendo que el verdadero legado de Colón era la invasión, el genocidio, la esclavitud, el «ecocidio» y la explotación de la tierra. La administración Reagan, a la que no le hacía ninguna gracia esa batalla contra las fuerzas de la corrección política, cambió el nombre de la conmemoración oficial a toda prisa y lo llamó «aniversario», y

no celebración. Eso no evitó que los conservadores acusaran a los liberales de las universidades y de todas partes de odiar tanto a Estados Unidos que querían negar sus raíces europeas.

Cuanto más complicado es el pasado, más difícil es la conmemoración. Alemania Occidental, en su momento, no sabía cómo celebrar el bicentenario de la muerte de Federico el Grande. ¿Estaban recordando al erudito o al soldado? ¿Era una figura de la Ilustración o bien un predecesor de Hitler? Casi todo el mundo en Francia estuvo de acuerdo en que en 1989 debía conmemorarse el bicentenario de la Revolución Francesa. Pero ¿qué significó la Revolución? ¿Había que celebrarla por la libertad, igualdad y fraternidad, o deplorarla por el Terror? Los miembros de la comisión responsable de las conmemoraciones discutieron entre ellos y con el gobierno. Al final, se ocupó de las celebraciones nacionales un empresario que montó un desfile maravilloso y excéntrico (el Festival de las Tribus del Planeta) por todo París. Con gente bailando el *funky chicken*, tambores africanos, soldados rusos desfilando con nieve falsa, estudiantes chinos que remolcaban un enorme tambor y una banda de Florida marchando, *Newsweek* se preguntaba si la nueva consigna para Francia sería «libertad, frivolidad, ironía».

Si es difícil para los franceses ponerse de acuerdo en el significado de la Revolución Francesa, también lo es respecto a gran parte de la historia de Francia. ¿Qué ocurre con Napoleón? ¿Es un gran héroe nacional o, como ha asegurado recientemente un historiador francés, un dictador racista? ¿Deberían ser conmemorados los principales aniversarios, como su gran victoria en Austerlitz, igual que los británicos conmemoraban el bicentenario de la batalla de Trafalgar, o habría que dejarlo pasar en silencio? ¿Cómo deberían presentar las escuelas francesas la historia del colonialismo francés en Argelia? Durante muchos años, a la salvaje guerra entre los nacionalistas argelinos por una parte y los colonos franceses y el ejército francés por otra se le quitó im-

portancia oficialmente llamándola «los acontecimientos». El uso omnipresente y sancionado de la tortura contra los argelinos se convirtió en tema de discusión pública cuando el general Paul Aussaresses, que fue oficial de inteligencia de alto rango durante la guerra de Argelia, defendió públicamente la tortura en 2000. (Después del 11 de septiembre recomendó usar sus métodos con Al Qaeda). En 2005, el gobierno aprobó una ley que estipulaba que los libros de texto debían reconocer «el papel positivo de la presencia francesa en sus colonias de ultramar, especialmente en el norte de África». Al principio, unos pocos historiadores protestaron contra ese intento de establecer una historia oficial, pero cuando la nación se vio conmovida aquel otoño por los tumultos creados por los adolescentes de ascendencia norteafricana, el tema llegó a los titulares y a la Asamblea Nacional.

El régimen derechista y colaboracionista de Vichy, que gobernó en lo que dejaron los alemanes de Francia durante la segunda guerra mundial, ha sido un tema especialmente difícil de tratar para los franceses. Durante largo tiempo después de 1945, se contaron a sí mismos una historia consoladora que ignoraba el grado de apoyo que tenía Vichy entre la población, así como la colaboración a menudo entusiasta con los nazis. El general Charles de Gaulle, al llegar triunfante a París en 1944, anunció que Vichy era «un noacontecimiento que no tuvo consecuencias». La verdadera Francia estaba representada por sus propias fuerzas y la Resistencia. Los pocos franceses que habían colaborado serían castigados, y los franceses podrían empezar a reconstruir su gran país. El mito, porque eso es lo que era, permitió a los franceses olvidar a los policías franceses que detuvieron de buena gana a los judíos para deportarlos a los campos de la muerte; olvidaron el relativamente pequeño número de personas que se unió a la Resistencia y que muchos funcionarios del antiguo régimen colaboraron y sin embargo se les permitió seguir ocupando sus cargos después de 1945. El gobierno hizo pocos intentos de captu-

rar a algunos de los criminales de guerra más importantes, como Klaus Barbie, «el Carnicero de Lyon». En realidad, algunos recibieron protección de la Iglesia o de políticos situados en lugares muy elevados. Nadie cuestionó, al menos hasta los noventa, la afirmación de François Mitterrand, presidente desde 1981 a 1995, en el sentido de que él había trabajado para el gobierno de Vichy sólo durante un breve periodo de tiempo antes de unirse a la Resistencia. De hecho, como descubrió un periodista emprendedor, había trabajado allí mucho más tiempo del que quería admitir, e incluso se había ganado una condecoración.

El proceso por el cual Francia llegó a aceptar su pasado de Vichy fue muy doloroso. Al principio sólo los historiadores extranjeros querían examinar el periodo cuidadosamente. Cuando el cineasta Marcel Ophüls filmó su clásico documental *La pena y la piedad*, que daba una imagen más auténtica de Vichy y hacía añicos el mito de una resistencia muy extendida, la televisión francesa se negó a emitirlo. Al estrenarse en 1971 recibió ataques por parte de la derecha y de la izquierda. Jean-Paul Sartre lo encontró «inexacto». Un comentarista conservador de *Le Monde* reprendió a los judíos que habían sido entrevistados en la película por su ingratitud a la hora de criticar al presidente de Vichy, el mariscal Pétain, que, según decía, los había salvado. En los setenta y los ochenta había cada vez más discusiones públicas, aparecieron más películas y más libros, pero no fue hasta finales de siglo, después de que Mitterrand y gran parte de su generación hubieran salido de escena, cuando el nuevo presidente francés, Jacques Chirac, admitió que Francia había cooperado en el Holocausto.

En Rusia, donde la transición de una forma de gobierno a otra fue mucho más abrupta, los gobiernos postsoviéticos se han estado esforzando, con éxito limitado, por dar una nueva identidad a Rusia usando la historia. «En estos tiempos», dicen los rusos, «vivimos en un país con un pasado impredecible». Aunque está

claro que el nuevo orden no desea celebrar el 7 de noviembre el aniversario de la Revolución bolchevique de 1917, no quiere enemistarse tampoco con la ciudadanía eliminando lo que siempre ha sido un puente de dos días festivos. Boris Yeltsin mantuvo la festividad mientras estuvo en el poder, pero le dio el nombre de Día del Acuerdo y la Reconciliación. El público siguió ignorando el cambio en gran medida. En 2005, Putin adelantó la fiesta un par de días, al 4 de noviembre, y lo bautizó como Día de la Unidad Nacional. El cambio de fecha es para conmemorar el éxito de Rusia a la hora de expulsar a los invasores polacos en 1612. El público, aparte de los nacionalistas radicales, todavía sigue sin tener idea de lo que se supone que se celebra ese día de fiesta.

Lo que la Rusia del presente ha mostrado muy poco interés en recordar, al menos hasta el momento, han sido los horrores del periodo estalinista. Hay pocos museos oficiales o monumentos que señalen el Gulag o los miles y miles de personas que murieron en las prisiones de Stalin, y pocas celebraciones que recuerden a esos individuos valientes, como Andréi Sajarov, que se opusieron al estado soviético.

Rusia no es la única que quiere cerrar los ojos firmemente a algunas partes dolorosas del pasado. En la década posterior al fin de la guerra de Vietnam, a diferencia de lo ocurrido en todas las guerras anteriores, Estados Unidos no quiso crear ningún monumento de guerra para los muertos. Sólo cuando los particulares crearon su propia fundación el gobierno se avergonzó y proporcionó un pedazo de tierra en el Mall de Washington.

En España, a medida que la democracia iba enraizando gradualmente después de la muerte del general Franco en 1975, se llegó a un acuerdo no mencionado (el «pacto del olvido») para olvidar el trauma de la guerra civil y los años de represión que siguieron. En recientes décadas, sin embargo, escritores, historiadores y cineastas empezaron a explorar los horrores de la guerra,

y en noviembre de 2007 el gobierno aprobó la Ley de la Memoria Histórica. Tiene que llevarse a cabo una campaña nacional para localizar las fosas comunes e identificar los huesos de los fusilados por el bando ganador, el de Franco. El propio régimen de Franco ha sido repudiado formalmente, y será borrado en lo posible de toda conmemoración pública. Las estatuas de Franco desaparecerán, y los nombres de calles y plazas se cambiarán. Es improbable que la ley aporte un acuerdo sobre la historia de España. En todo caso reabrirá antiguas divisiones y creará otras nuevas. «¿Qué ganamos con todo esto?», pregunta Manuel Fraga, senador y antiguo ministro de Franco que tomó parte en la transición a la democracia. «Miren a los ingleses: Cromwell decapitó a un rey, pero su estatua aún sigue junto al parlamento. No se puede cambiar el pasado».

Alemania Occidental y Japón se vieron impulsadas a recordar el reciente pasado presionadas por los vencedores en la segunda guerra mundial, pero también, para ser justos, por sus propios ciudadanos. Inmediatamente después de la guerra, los alemanes, como otros europeos, estaban preocupados por la supervivencia y la reconstrucción y podían dedicar pocas energías a pensar en el pasado. Quizá como su derrota había sido tan completa y el pasado nazi tan espantoso (y su complicidad con Hitler tan profunda) también optaron por refugiarse en el olvido y el silencio. En los años cincuenta, algunos alemanes quisieron hablar del nazismo o recordarse unos a otros su complicidad con el régimen. Con la única excepción del *Diario* de Ana Frank, que se vendió muy bien, las docenas de memorias de supervivientes de los campos de concentración y los pocos ensayos sobre la culpa alemana no atrajeron demasiada atención. El silencio sobre el pasado nunca fue completo, sin embargo; siempre hubo escritores y pensadores dispuestos a hacer preguntas incómodas, y los alemanes no pudieron escapar del todo a las consecuencias de seguir a Hitler cuando su país fue primero ocupado y luego dividido en

dos estados independientes. Además, Alemania Occidental, según la iniciativa del canciller Konrad Adenauer, pagó indemnizaciones a Israel. (Sólo el 11 por ciento de los alemanes en aquel momento pensaron que la decisión era buena).

A finales de los años cincuenta, los alemanes occidentales empezaron a examinar su propio pasado en profundidad. En 1961, el juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén puso en evidencia la elaborada burocracia con la cual el estado nazi había llevado a cabo el exterminio de los judíos. Siguieron otros juicios en Alemania Occidental, y una generación más joven y radical empezó a pedir y obtener la verdad sobre el pasado. Cuando apareció la serie *Holocausto* en la televisión alemana, en 1979, la vio más de la mitad de la población adulta. Hoy en día, la Alemania unida se destaca como una sociedad que se enfrenta a su pasado, a menudo de formas muy visibles. Se han abierto más museos de campos de concentración, y se lleva a los escolares a verlos sistemáticamente. En Berlín actúan como recordatorio nacional el Monumento nacional a las víctimas de la guerra y la tiranía, las ruinas bombardeadas de la Iglesia Memorial del Káiser Guillermo y el museo del Holocausto, y de manera similar todas las ciudades de Alemania tienen sus propios monumentos y museos.

Durante la guerra fría, mientras los alemanes occidentales se enfrentaban a su pasado nazi, los alemanes del este lo evitaban. El estado comunista de Alemania del Este consiguió separarse de toda conexión o responsabilidad por el periodo nazi. Se decía que Hitler y los nazis representaban el estadio final del capitalismo. Fueron ellos quienes iniciaron la guerra, y ellos quienes mataron a millones de judíos y otros europeos. Alemania del Este era socialista y progresista, y siempre había estado al lado de la Unión Soviética, en contra del fascismo. En realidad, un número significativo de alemanes del este se criaron pensando que su país había luchado del lado soviético en la segunda guerra mundial. Aunque el régimen de Alemania Oriental convirtió en museos

tres de los campos de concentración, las únicas muertes recordadas eran las de los comunistas; judíos y gitanos no se mencionaban.

La amnesia de Austria fue más chocante todavía. En las décadas posteriores a la segunda guerra mundial consiguió retratarse como la primera víctima del nazismo. En 1945 se celebró en Viena una ceremonia en recuerdo de los soldados soviéticos caídos, y en ella Leopold Figl, que pronto se convertiría en canciller del país, lamentaba que «la gente de Austria pasara siete años languideciendo bajo la barbarie de Hitler». Los austríacos se consolaron durante las décadas siguientes con esas afirmaciones. Eran una gente feliz y amable que nunca había querido verse asimilada a nada parecido a la Alemania nazi; Hitler los había obligado al *Anschluss*. Ellos no quisieron la guerra, y si sus soldados lucharon fue sólo para defender su tierra natal. Y sufrieron muchísimo, todo había que decirlo, a manos de los aliados. Después de todo, ¿quién si no destruyó el magnífico edificio de la ópera de Viena? El hecho de que muchos de los nazis más fervientes, incluido el propio Hitler, fueran austríacos, las multitudes enervadas que jalearon su marcha triunfal hacia Viena en 1938 y la entusiasta colaboración de muchos austríacos en la persecución y destrucción de los judíos, todo eso sencillamente lo escondieron debajo de la alfombra. Los pocos liberales valientes que intentaron celebrar por un lado la pequeña resistencia austríaca al nazismo y por otra recordar el exterminio de los judíos, se encontraron aislados y acusados de ser comunistas. Ya en los sesenta, al aparecer en escena las nuevas generaciones y ante el examen de la propia Alemania de su pasado nazi, los interrogantes sobre el papel de Austria empezaron a salir a la superficie.

A menudo se compara desfavorablemente a los japoneses con los alemanes occidentales, especialmente los chinos. Estos acusan a Japón de no haber admitido nunca su culpabilidad en la invasión de China en los años treinta, ni su papel en el inicio de la

guerra del Pacífico ni el trato brutal que daba a aquellos a quienes conquistaba, desde la masacre de Nanjing a sus inhumanos experimentos médicos en Manchuria. Hay la suficiente verdad en todo esto para que las acusaciones persistan. Japón, como Austria, se retrataba a sí mismo como víctima en los años posteriores a la guerra. Usó el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki para desviar la atención de sus propios crímenes. Fue lento a la hora de ofrecer compensaciones, por ejemplo, a las mujeres coreanas a las que obligó a servir como prostitutas para sus soldados. Sucesivos primeros ministros han presentado sus respetos en el santuario de Yasukuni, que honra a los muertos de guerra de Japón, incluidos líderes que fueron condenados por crímenes de guerra.

Por otra parte, se ha venido celebrando un largo y duradero debate público sobre la manera de enfocar los aspectos más difíciles del pasado. Ya en los años cincuenta aparecieron un sinnúmero de libros y artículos, muchos de ellos escritos por testigos presenciales y participantes, que confirmaban que los soldados japoneses habían cometido atrocidades. Mientras tanto, un puñado de historiadores escribían textos en los que insistían en tratar todos los aspectos de la guerra. Aunque los nacionalistas arremetieron contra esos textos, no fueron capaces de impedir que aparecieran. Tampoco es cierto, como les gusta asegurar a los chinos, que se haya mantenido a los estudiantes japoneses completamente ignorantes de lo que ocurrió en la guerra. (Esas acusaciones proceden, curiosamente, de un país en el cual hay partes del pasado, como la Revolución Cultural, que no se pueden examinar en absoluto). En los años setenta, por ejemplo, los libros de texto japoneses mencionaban la masacre de Nanjing y daban cifras de los que fueron asesinados. Para muchos japoneses, aquella década marcó un momento en el que su nación pasó de ser una víctima a ser el verdugo. En los años ochenta, cuando los nacionalistas intentaron minimizar las agresiones japonesas y las atrocidades

cometidas en tiempo de guerra, ese intento desencadenó una furiosa reacción por parte de los liberales y un debate público a gran escala. Los estudiosos empezaron a ampliar su investigación y llegaron a episodios y aspectos menos conocidos de la guerra. En diciembre de 1997, en el aniversario de la masacre de Nanjing, una manifestación ciudadana que incluía a profesores visitantes chinos y alemanes, recorrió Tokio detrás de una linterna especial que llevaba escrito en caracteres chinos: «para recordar».

La historia ha producido conflictos muy a menudo, pero también ha servido a menudo para la reconciliación. El objetivo de las comisiones de la verdad y la reconciliación en Sudáfrica y Chile era exponer el pasado con toda su sordidez y seguir adelante. Eso no significaba regodearse en sufrimientos pasados ni en viejos delitos con exclusión de todo lo demás, sino aceptar que habían ocurrido e intentar comprender su sentido. Cuando John Howard intentaba promover un currículo de historia nacional en Australia, la directora de un instituto de chicas en Sydney explicaba cómo había tenido que lidiar con la controvertida historia de la llegada de los primeros blancos: «Proponemos todos los términos posibles para los asentamientos blancos: colonialismo, invasión, genocidio...». Examinar el pasado con honradez, sea o no doloroso para algunas personas, es la única forma de que las sociedades maduren y construyan puentes hacia otras.

En 2006, los antiguos enemigos Francia y Alemania realizaron un libro de texto de historia conjunto para que lo usaran estudiantes de ambos países. Aunque sólo trata del periodo posterior a la segunda guerra mundial, el plan a largo plazo es elaborar unos textos que traten del periodo anterior a 1945, un tema más difícil. En Oriente Medio el profesor palestino Sami Adwan, de la Universidad de Bethlehem, ha estado trabajando con el psicólogo israelí Dan Bar-On para redactar un texto que puedan usar por igual los estudiantes de secundaria israelíes y palestinos. Sus objetivos son más modestos que los de Francia y

Alemania; esperan, sencillamente, incluir las dos historias nacionales distintas una junto a la otra, así como las instancias de cooperación y de paz entre israelíes y palestinos, para compensar las historias preponderantes de conflicto perpetuo. Así esperan que se pueda construir un entendimiento mutuo que tenga un significado más amplio a largo plazo. «Para que los niños palestinos e israelíes se entiendan a sí mismos», decía el profesor Adwan a un entrevistador, «deben entender al otro. Sólo después de entender la historia del otro descubrirán hasta qué punto están realmente preparados para comprender al otro lado, y por tanto preparados para hacer cambios en su propia historia». Hasta el momento, por desgracia, sólo un puñado de profesores de ambos lados del muro han mostrado interés en usar ese texto.

Los actos públicos en los que se admite el pasado también pueden ayudar a curar heridas entre países. El canciller Willy Brandt, en la primera visita que hacía un líder de Alemania Occidental a Polonia, causó gran impacto al caer de rodillas ante el monumento al Gueto de Varsovia. En 1984 Mitterrand y el canciller alemán Helmut Kohl se reunieron en Verdún, el lugar de la batalla más prolongada y mortal entre sus dos países en la primera guerra mundial, para celebrar el futuro de una Europa integrada. Los dos países han construido también un museo de la guerra compartido en Péronne, donde estuvo en tiempos en cuartel general alemán para la batalla del Somme. El museo fue diseñado para mostrar la guerra como un fenómeno europeo, e insistir en la necesidad de integración de la Europa de hoy.

A veces admitir los crímenes del pasado puede matar, por supuesto, como una medicina demasiado fuerte. La Unión Soviética no sobrevivió a la política del glásnost de Mijaíl Gorbachov, que abría la discusión sobre el pasado estalinista. Revelar la extensión del Gulag y el número de víctimas de Stalin supuso la pérdida de fe pública en un sistema que pudo producir tales crímenes. Y cuando la Unión Soviética admitió en los ochenta,

después de haberlo negado durante años, que en realidad habían acordado en secreto con Hitler dividir los países que se encontraban entre ellos, y que sus ejércitos habían asesinado a unos soldados polacos después de que se rindieran en 1939, se debilitó aún más el control que los soviéticos tenían sobre Europa del Este. (Hoy en día, los medios de comunicación rusos se están retractando de esa confesión y vuelven a su antigua y falsa afirmación de que los asesinatos los cometieron los nazis). Entonces, podemos preguntarnos, ¿tendría que haber sobrevivido semejante régimen y semejante imperio?

La Historia como guía

La historia, como hemos visto, se usa mucho, pero ¿nos resulta tan útil en realidad? En ese sentido la opinión lleva dividida ya desde el siglo v a. C., cuando Tucídides afirmaba que el pasado era una ayuda para la interpretación del futuro. Edward Gibbon la contemplaba más bien como «el registro de los crímenes, locuras y desgracias de la humanidad». A. J. P. Taylor, a contracorriente en esto y en tantas otras cosas, creía que la historia era un ejercicio agradable que no tenía otro uso que ayudarnos a entender el pasado. «Por supuesto», aseguraba, desdeñosamente, «se pueden aprender algunos tópicos, como que todos los hombres mueren, o que un día el elemento disuasorio, sea el que sea, no conseguirá disuadir». Quizá es mejor preguntarnos si estaríamos peor en el presente si no conociéramos absolutamente nada de la historia. Creo que la respuesta probablemente es que sí.

Para empezar, la historia nos ayuda a entender: en primer lugar, a aquellos con quienes tenemos que tratar, y en segundo lugar, y esto también es importante, a nosotros mismos. Como afirmaba el historiador americano John Lewis Gaddis, es como mirar un espejo retrovisor: si uno sólo mira hacia atrás, aterrizará en la cuneta, pero nos ayuda a saber de dónde venimos y quién más va por la carretera. Uno de los factores que hacía que la guerra fría fuese tan peligrosa para ambas partes es que, sencillamente, no se entendían unos a otros. Los americanos tomaban la retórica de los soviéticos al pie de la letra, y dieron por su-

puesto que su liderazgo realmente se proponía el dominio del mundo. Los comunistas, ya fueran soviéticos o chinos, suponían que los países capitalistas como Estados Unidos y Gran Bretaña inevitablemente acabarían por llegar a las manos en su incesante y despiadada lucha por obtener beneficios.

Michael Howard, historiador militar británico, se mostraba desesperanzado ante la actitud que prevaleció en Washington durante gran parte de la guerra fría. «En Estados Unidos se veía a la Unión Soviética como la fuerza del mal cósmico, cuya política e intenciones se podían adivinar sencillamente multiplicando el dogma marxista por la capacidad militar soviética». Muchos de los objetivos soviéticos eran en realidad los tradicionales rusos, dictados por la geografía y la historia. Rusia tiene pocas fronteras naturales y ha sufrido repetidas invasiones. Sus gobiernos siempre han buscado zonas parachoque para proteger el corazón de Rusia. Cuando Stalin tuvo la oportunidad de moverse hacia Europa del Este, a finales de la segunda guerra mundial, se veía motivado tanto por un deseo de seguridad como por la ideología y el orgullo nacional, el orgullo nacional ruso, aunque él procedía de Georgia. Durante la guerra creó nuevos honores militares que no llevaron el nombre de Marx o de Lenin, sino de grandes generales y almirantes zaristas. Una noche, al final de la guerra, después de cenar con sus íntimos, Stalin extendió un mapa en una mesa y señaló muy contento todo el antiguo territorio zarista que había reconquistado.

Los estrategas americanos también creían que el Kremlin estaba dispuesto a arriesgarse a una guerra total en persecución de sus objetivos. De hecho, dadas las enormes pérdidas de la Unión Soviética en ambas guerras mundiales y el enorme trabajo de reconstrucción que se encontraba ante ella después de 1945, era igual de probable que el liderazgo soviético hiciera todos los esfuerzos posibles por evitar la guerra. Sabemos que éste fue el caso a menudo, efectivamente. Cuando Nikita Jruschov puso los

misiles con cabeza nuclear en Cuba en 1962, el motivo fue hacer sentir a Estados Unidos lo que era el temor al ataque directo y la devastación de su tierra, algo que los soviéticos conocían muy bien. Y cuando los quitó, fue porque no quería vivir otra guerra más mortífera aún que las dos a las que ya habían sobrevivido.

En 1949, cuando los comunistas se apoderaron de China, los americanos sabían mucho más de China que de la Unión Soviética, pero aun así se equivocaron. Los pesimistas que creían que los comunistas chinos realmente se estaban poniendo bajo las órdenes de Stalin acallaron a los pocos expertos en política china que sugerían que, con unas historias y culturas tan distintas, probablemente sólo era cuestión de tiempo que las dos potencias comunistas se distanciaran. Mao sería el Tito de Asia, decían. (El líder comunista yugoslavo acababa de romper dramáticamente con Stalin). Y desde luego eso fue lo que ocurrió una década más tarde. Cuando chinos y soviéticos se distanciaron, algunos occidentales de la línea dura no podían creerlo y afirmaban que las recriminaciones públicas entre Beijing y Moscú eran prueba de la extraordinaria duplicidad y astucia de los comunistas.

Normalmente, los comunistas interpretaban a los occidentales igual de mal, aunque tenían muchas más facilidades para obtener información. Los soviéticos esperaban que las potencias occidentales intentasen destruirlos porque, después de todo, ¿no era eso lo que habían hecho cuando enviaron tropas para intervenir en la guerra civil rusa? De hecho, la intervención occidental, aunque fue apoyada ruidosamente por gente como Winston Churchill, era poco entusiasta. Al final de la primera guerra mundial había poco estómago en países como Gran Bretaña y Francia para emprender más aventuras militares. Las anteojeras marxistas eran poderosas, y lo que habían aprendido de Occidente y su historia no hacía más que reforzar sus ideas preconcebidas. Ni siquiera a los jóvenes diplomáticos soviéticos en formación se les permitía leer otra cosa que los periódicos comunistas de los países occi-

dentales. El capitalismo continuaría oprimiendo a los trabajadores, como siempre había hecho, y finalmente habría revoluciones en países como el Reino Unido y Estados Unidos. Hablar de democracia, opinión pública o del gobierno de la ley en esos países era eso, simplemente: hablar. Cuando los presidentes americanos, entre ellos Jimmy Carter y Bill Clinton, hablaban de derechos humanos, los líderes comunistas lo veían simplemente como una forma de interferir en sus asuntos internos.

Si uno no conoce la historia de los otros no comprende sus valores, sus temores, sus esperanzas, ni se imagina cómo reaccionarán a lo que uno haga. Hay otra forma de equivocarse en ese sentido, y es suponer que las demás personas son exactamente igual que uno mismo. Robert McNamara pasó gran parte de su vida intentando comprender por qué había salido mal la guerra norteamericana en Vietnam. En sus memorias, *In Retrospect* (*Mirando hacia atrás*) señalaba algunos datos con la esperanza de que los futuros líderes les prestasen atención. Decía, por ejemplo: «Veíamos al pueblo y los líderes de Vietnam del Sur en términos de nuestra propia experiencia. Los veíamos sedientos de libertad y democracia, y dispuestos a luchar por ella». Estados Unidos fue incapaz también de comprender la tozudez de los norvietnamitas. Una y otra vez los norteamericanos suponían que podían aumentar los daños que infligían al norte hasta el punto en que sus líderes acabaran por hacer un análisis de coste-beneficio y decidieran que había llegado el momento de tirar la toalla. Sin embargo, ese pueblo había luchado siete años para derrotar a los franceses. «Nuestros errores de juicio tanto de amigos como de enemigos», concluía McNamara, apesadumbrado, «reflejaban nuestra profunda ignorancia de la historia, la cultura y la política de los pueblos de la zona, y de la personalidad y hábitos de sus líderes».

No parece que la Casa Blanca de Bush de años recientes aprendiera esa lección. Ustedes creen que hay que estudiar la rea-

lidad, le dijo desdeñosamente un importante consejero al periodista Ron Suskind en 2002. «El mundo ya no funciona así», continuó. «Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras usted va estudiando esa realidad (aunque sea con mucho criterio), nosotros estamos actuando y creando otras realidades, que podrá estudiar también, y así es como funciona todo ahora. Somos actores de la historia... y usted, todos ustedes, se limitarán a estudiar lo que nosotros estamos haciendo».

Si la Casa Blanca hubiese estudiado un poquito más, el presidente no habría usado el término «cruzada» dos días después del 11 de septiembre para referirse a la forma en que pretendía enfrentarse a los terroristas. Los musulmanes, aún los más moderados, tienden a reaccionar visceralmente cuando se les recuerdan esas tempranas agresiones de Occidente. Si alguien hubiese prestado atención a la realidad, Estados Unidos y el Reino Unido no se habrían sorprendido tanto de que los iraquíes no les dieran la bienvenida ni apreciaran el control extranjero de su petróleo.

En noviembre de 2002, cuatro meses antes de la invasión de Iraq, Tony Blair se reunió por su cuenta con expertos británicos independientes. «Todos le dijimos más o menos lo mismo», dice George Joffe, especialista en Oriente Medio de la Universidad de Cambridge. «Iraq es un país muy complicado, hay tremendos resentimientos intercomunitarios, y no debemos imaginar que nos van a dar la bienvenida». Blair no puso interés alguno en este análisis y se concentró, por el contrario, en Saddam Hussein. «Pero ese hombre es realmente malvado, ¿verdad?». Los expertos intentaron explicarle que treinta años de dictadura de Hussein habían exterminado la sociedad civil iraquí hasta el punto de que virtualmente no existían fuerzas organizadas que les sirvieran de aliados para la coalición. Pero Blair siguió sin hacer caso. El Foreign Office tampoco mostró interés en aprovechar su considerable conocimiento y experiencia.

Poco más de cinco años después, en enero de 2008, el Ministerio de Defensa de Gran Bretaña emitió un informe muy crítico sobre el modo en que se preparaba a los soldados británicos para servir en Iraq. El informe decía que había existido una gran falta de información sobre el contexto en el que operarían los soldados, e incertidumbre en cuanto a la posible forma de reaccionar a la invasión por parte de los iraquíes. Los militares, afirmaba después el informe, no habían sido capaces de prever las diferencias entre Iraq y los Balcanes e Irlanda del Norte, donde las fuerzas británicas habían conseguido gran parte de su experiencia reciente. En otras palabras, no habían tenido en cuenta la historia de Iraq.

Conocer la historia puede evitar también las generalizaciones perezosas. Sería una locura atacar a los serbios, decían los pesimistas mientras Yugoslavia se hacía pedazos; mira cómo lucharon contra los nazis en la segunda guerra mundial. De hecho, si se examina más de cerca lo que ocurrió, como hizo un investigador americano del ejército hace unos cuantos años, se ve que aquellas divisiones alemanas no eran precisamente la flor y nata del ejército alemán, y que estaban gravemente faltos de efectivos. Y si nos remontamos más atrás aún, a la primera guerra mundial, veremos que el ejército serbio fue derrotado y obligado a partir al exilio, y que la propia Serbia fue ocupada hasta el final de la guerra por tropas alemanas y austríacas. También se aplica a Afganistán la misma retórica fatalista. Nunca ha sido conquistada por un poder extranjero, dicen los expertos. Esta afirmación sorprendería mucho a Alejandro Magno y a Genghis Khan... Hoy en día oímos decir que las potencias occidentales no pueden interferir en el creciente caos y sufrimiento de Zimbabue porque despertaría ecos del colonialismo entre la población. Es una lástima que tales consideraciones no se tuvieran en cuenta cuando Estados Unidos fue a Vietnam o, más recientemente, a Iraq.

La historia también puede ayudar a conocernos a nosotros mismos. La luz favorable a la que nos vemos a nosotros mismos también puede arrojar sombras. Los canadienses, por ejemplo, se ven a sí mismos como una fuerza benévola en el mundo; tienden a pasar por alto el hecho de que entre los países ricos, el nuestro ha proporcionado una cantidad sorprendentemente pequeña de ayuda externa en las décadas pasadas. Aunque los canadienses se enorgullecen de ser amantes de la paz, no saben que Canadá luchó en cuatro guerras importantes en el siglo XX, desde la sudafricana a la de Corea. Los norteamericanos tienden a pensar en sí mismos como gente amante de la paz, que nunca ha iniciado una lucha por voluntad propia. «Nuestro país nunca ha empezado una guerra», dijo el presidente Ronald Reagan en 1983. «Nuestro único objetivo es la disuasión, la fuerza y la capacidad suficiente para evitar la guerra». No pensarían lo mismo los mexicanos, ni los nicaragüenses, ni los cubanos, ni hoy en día los iraquíes.

El famoso lema de Jorge Santayana «Aquellos que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo» es uno de esos dichos demasiado usados que pronuncian los políticos cuando quieren que sus palabras parezcan profundas. Es cierto, sin embargo, que la historia es muy útil a la hora de recordarnos las situaciones que han causado problemas en el pasado. Los líderes aliados de la segunda guerra mundial estaban decididos a que aquella vez Alemania y los demás poderes del Eje no pudiesen afirmar que nunca habían sido derrotados en el campo de batalla. La política aliada era de rendición incondicional, y Alemania, Japón e Italia fueron ocupadas al acabar la guerra, y se hicieron serios intentos, no todos con éxito, de remodelar sus sociedades para que ya no fueran antidemocráticas y militaristas. Cuando alguien protestó y dijo que ese trato era exactamente igual que la paz brutal que los romanos impusieron a Cartago, el general norteamericano

Mark Clark comentó que nadie ha oído hablar de los cartagineses en estos tiempos.

El presidente Franklin Delano Roosevelt y otros líderes occidentales iniciaron un plan para el mundo posterior a la guerra y tenían el pasado reciente muy presente en su imaginación, aunque de otras formas. Querían construir un orden mundial firme, que evitara que el mundo cayera de nuevo en un conflicto mortal. Los años de entreguerras habían sido muy inestables, en parte porque la Liga de Naciones no había sido lo suficientemente fuerte. Las potencias más importantes, sobre todo Estados Unidos, no se habían unido a ella o, como Alemania y Japón, la habían abandonado. Aquella vez Estados Unidos debía ser miembro de las Naciones Unidas, Roosevelt estaba decidido a ello. También estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para mantener a la Unión Soviética en esa organización, y que el mundo fuese estable y próspero. El orden internacional, precariamente equilibrado en los años veinte, sufrió una intensa presión en los treinta, durante la Gran Depresión, que animó a los países a volverse hacia el interior y erigir barreras arancelarias para proteger a sus propios trabajadores y sus industrias. Lo que quizá tuviera sentido para las naciones individualmente, fue desastroso para el mundo en su conjunto. El comercio y la inversión cayeron en picado, y las rivalidades nacionales se exacerbaron. El mundo se dirigía hacia la segunda guerra mundial. Como dijo un diplomático norteamericano al final de la guerra, «ese fragmento de historia era tan conocido en el Departamento de estado de Cordell Hull como el relato de la Biblia de la expulsión del Jardín del Edén. ¡La historia no debe repetirse!».

Para evitar que ocurriera, los aliados, con la colaboración remisa de la Unión Soviética, crearon las instituciones económicas conocidas colectivamente como sistema de Bretton Woods. El Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Internacional de Comercio (ésta última no se materializó

como Organización Mundial de Comercio hasta mucho después) estaban destinados a proporcionar estabilidad a la economía mundial y estimular el comercio libre entre las naciones. Siempre será un tema de discusión la diferencia que pudieron suponer estas instituciones en el orden internacional posterior a 1945, pero el caso es que no se volvió a repetir lo ocurrido en los años treinta.

Los recuerdos de la Gran Depresión y las lecciones que cabía aprender de ella volvieron a la palestra de nuevo en la segunda mitad de 2008, cuando el sistema financiero mundial y luego la economía se fueron precipitando de una crisis a otra. Los economistas profesionales que habían relegado durante mucho tiempo a John Maynard Keynes a los archivos, desempolvaban de nuevo sus obras, especialmente aquella parte en la que hablaba de la necesidad de regulación gubernamental de los riesgos y la obligación de los gobiernos de usar las herramientas que tienen a su disposición para estimular la economía. Quizá sea afortunado también que Benjamin S. Bernanke, presidente de la Reserva Federal, una de las figuras más importantes a la hora de formular la política norteamericana en esos meses tan tensos, sea experto en la Depresión. Ha escrito y dado numerosas conferencias sobre los ejemplos que considera que nos puede proporcionar. En un artículo publicado en *Foreign Policy* en 2000 afirmaba que «las repercusiones económicas de un crash del mercado de valores depende menos de la gravedad del crash en sí mismo que de la respuesta de los encargados de diseñar las políticas económicas, particularmente los bancos centrales». La Reserva Federal, decía, se había equivocado al intentar proteger el valor del dólar, por ejemplo, elevando las tasas de interés, en lugar de intentar estabilizar la economía doméstica. En su reacción a la crisis de 2008, estaba dispuesto a ir más allá que muchos otros cargos públicos a la hora de estimular la economía.

En su libro *Thinking in Time (Pensar a tiempo)*, Richard Neustadt y Ernest May demostraban que conocer el trasfondo de un tema puede ayudarnos también a no cometer errores innecesarios y posiblemente costosos. En el verano de 1979, según su ejemplo más revelador, empezaron a circular rumores de que los soviéticos habían situado recientemente tropas de combate en Cuba. Esto no sólo llegó en un momento en que las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos estaban entrando en una de sus fases más tensas, sino que trajo consigo vivos recuerdos de la crisis de los misiles cubanos de 1962, cuando los soviéticos trasladaron sus fuerzas a Cuba, incluyendo armas nucleares. La crisis acabó cuando Jruschov, plegándose a las exigencias de Kennedy, retiró los cohetes y las armas nucleares. Kennedy le había hecho la promesa de que, a su vez, Estados Unidos no invadiría Cuba. ¿Era aquella brigada soviética el inicio de una crisis similar, y qué quería decir que los soviéticos aparentemente violasen el acuerdo de 1962 de retirar sus tropas?

El consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter pidió a las agencias de inteligencia que lo investigasen. A mediados de agosto, algunos informes habían confirmado que había una brigada soviética en Cuba. Poco después el senador Frank Church, de Idaho, que era presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, lo hizo público. «El presidente», dijo a los reporteros, «debe dejar bien claro que nosotros trazamos la línea de la penetración rusa de este hemisferio». La crisis persistió a lo largo de gran parte del mes de septiembre. A medida que la administración empezó a buscar en los archivos, fueron quedando claros dos hechos. Primero, Kennedy había pedido que se retirasen las tropas de infantería soviéticas, pero al final no había insistido en ello. En segundo lugar, y esto resultaba especialmente violento, parecía que las tropas soviéticas estaban estacionadas en Cuba de manera continua desde 1962. El secretario de estado de Carter, Cyrus Vance, explicó: «Es terrible, pero el conocimiento

de la situación de las unidades soviéticas del ejército de tierra se había desvanecido del recuerdo institucional de las agencias de inteligencia». Anatoly Dobrynin, el embajador soviético que estaba en Washington desde tiempos de Kennedy, se encontraba en Moscú a la cabecera de su madre moribunda. Corrió de vuelta a Estados Unidos a ayudar a desenmarañar lo que por entonces era una crisis cada vez más peligrosa. En Moscú, sus superiores no podían creer que todo aquel escándalo hubiese sido un simple error, y especulaban con la idea de que los norteamericanos en realidad debían de tener algún oscuro motivo. Según Dobrynin, toda aquella farsa condujo al posterior deterioro de las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos.

Dos grupos concretos de nuestra sociedad siempre se han tomado la historia seriamente como guía. Los hombres de negocios y los militares desean saber qué oportunidades de éxito tienen si emprenden una acción en particular. ¿Perderán su inversión o, en el caso de los militares, la guerra? Una forma de minimizar los riesgos es analizar situaciones similares en el pasado. Así es como se hacen los estudios. ¿Por qué el Edsel fue un fracaso y en cambio el Volkswagen fue un éxito? En 2008, cuando los efectos de la crisis de las hipotecas *subprime* repercutían en las economías mundiales, los analistas de mercado se volvieron hacia la historia para intentar determinar cuánto podía durar el bajón en los mercados bursátiles. (Parece que en los últimos cincuenta años hemos tenido nueve mercados bajistas, y han durado un promedio de algo más de un año).

Los inversores pueden experimentar diversas malas rachas; los militares a menudo no ven una sola guerra, y es raro el oficial de alto rango que lucha en más de una. Las maniobras permiten hacer prácticas de guerra, pero no pueden replicar la realidad de la guerra en sí misma, una situación confusa e imprevisible donde la violencia y la muerte son reales. De modo que la historia se convierte en una herramienta muy importante para comprender

los posibles motivos de la victoria o de la derrota, ambas cosas igual de importantes. Las armas y los uniformes son muy distintos, pero las academias militares y las academias de oficiales todavía encuentran utilidad en hacer que sus alumnos estudien las guerras del Peloponeso o las batallas de Nelson. Después de las maniobras y campañas reales, los militares estudian qué ocurrió e intentan extraer lecciones de ello. La historia oficial de la segunda guerra mundial estaba destinada a ayudar a los gobiernos y a sus militares a aprender de éxitos y errores.

Hoy en día hay gente en Estados Unidos que intenta aprender algo de la guerra que sostuvo Francia contra los nacionalistas argelinos desde 1954 a 1962, para así poderlo aplicar en Iraq. Existen paralelismos, ciertamente: potencias grandes, avanzadas tecnológicamente, luchando contra un enemigo elusivo pero ubicuo, una población civil hosca, algunos de cuyos elementos dan apoyo activo a los insurgentes, y el islam y el nacionalismo alimentando la lucha. En la Universidad del Cuerpo de Marines de Virginia, los jóvenes oficiales pueden ahora seguir un curso de guerra francoargelina. La película clásica *La batalla de Argel*, que muestra la brutalidad de ambos lados, se usa también como entrenamiento en el Pentágono. «Un poco extraño» dijo su director, el izquierdista italiano Gillo Pontecorvo, poco antes de morir en 2006. «Creo que lo máximo que puede hacer *La batalla de Argel* es enseñar a hacer cine, y no a hacer la guerra». El presidente Bush ha leído *A Savage War of Peace (Una feroz guerra de paz)*, el clásico relato de la guerra argelina. (En internet los ejemplares se vendían a más de 200 dólares, hasta que el editor sacó una edición de bolsillo). En mayo de 2007, Bush cursó una de las escasas invitaciones a alojarse en la Casa Blanca a su autor, el británico Alistair Horne. Al presidente no parecía preocuparle que finalmente los franceses perdieran la guerra. Según un asesor del presidente, Bush encontraba interesante el libro pero llegó a la

conclusión de que los franceses fracasaron porque su burocracia no tuvo la eficiencia requerida.

Prestar atención al pasado no siempre puede evitarles los errores a los militares. Antes de la primera guerra mundial, había muchas pruebas de que el poder de la defensa se estaba volviendo más fuerte. Desde la guerra civil americana a la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, la combinación de trincheras y una artillería más pesada y más rápida elevaba vertiginosamente el coste del ataque. Sólo un puñado de observadores se tomaron en serio esa tendencia. La mayoría de los pensadores militares europeos descartaron tales batallas como ejemplo alegando que las habían librado fuerzas menos capaces (en otras palabras: no europeas). Los franceses, predispuestos por su propia historia militar a pensar en términos de ofensiva, encontraron consuelo en el trabajo de un joven oficial que había muerto en el primer mes de la guerra de Francia contra Prusia. Ardant du Picq aseguraba que al final la victoria acababa plegándose a una moral superior. Los planificadores militares franceses también confiaban en una artillería superior, mejor instrucción y la pura fuerza numérica, incluyendo la caballería, para salir victoriosos. Prestaron muy poca atención en los años anteriores a 1914 a las técnicas de defensa. Después de 1918 prestaron demasiada atención. Las enormes pérdidas de la primera guerra mundial, los largos años de estancamiento en el frente occidental y, por encima de todo, la lucha desesperada en torno a Verdún, donde el ejército francés resistió a los alemanes, persuadieron a los militares y políticos franceses de que el futuro de la guerra se encontraba en la defensa. Justo cuando los avances en aviones, artillería móvil, tanques y otros vehículos motorizados hacían posible circunvalar o atacar las fortificaciones, los franceses vieron hundirse sus esperanzas y gran parte de su presupuesto militar en la Línea Maginot. Mientras gran parte del ejército francés esperaba el gran ataque alemán

que nunca se produjo, las fuerzas de Hitler iban arrasando por el extremo occidental de la línea.

Al final de la guerra de Vietnam, los militares americanos habían aprendido muchísimo y sabían combatir en una guerra de contrainsurgencia a un movimiento nacionalista que usaba fuerzas convencionales y de guerrilla. El único problema era que pocas personas querían recordar ni Vietnam ni sus lecciones. Según decía T. X. Hammes, un coronel de los marines muy interesado en la contrainsurgencia, se trataba de «una reacción bastante visceral: nos jurábamos que no volveríamos a hacerlo de nuevo». La enseñanza militar americana se concentró en la guerra convencional. La contrainsurgencia ni siquiera se mencionaba en la planificación estratégica fundamental del ejército en los años setenta. Hammes, sin embargo, estudió las guerras pequeñas en lugares como Centroamérica, África y Afganistán, y escribió un libro en el que se explicaba cómo combatir la guerra de guerrillas. Un editor se lo rechazó: «Un libro interesante y bien escrito, pero es un tema en el que nadie está interesado, porque esto no va a ocurrir». *The Sling and the Stone: On War in the 21st Century* (La honda y la piedra: sobre la guerra en el siglo XXI) acabó saliendo en 2004, cuando los americanos estaban aprendiendo dolorosamente en Iraq cosas que habían preferido olvidar. En 2005, el general David Petraeus, uno de los pocos generales americanos que ha concebido tácticas de éxito en Iraq, montó allí una academia de contrainsurgencia. De vuelta en Estados Unidos, consiguió que fuera obligatorio el estudio de la contrainsurgencia en las facultades más avanzadas del ejército. Dos libros, *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, sobre la revuelta árabe contra los turcos durante la primera guerra mundial, y *La lucha contra la insurrección*, del oficial francés David Galula, se convirtieron en *best sellers* inesperados en las librerías más cercanas a las bases militares.

La historia nos puede ayudar a ser más sabios; también nos puede indicar el posible resultado de nuestros actos. En la historia no encontraremos planes claros que nos ayuden a moldear el futuro tal y como deseamos. Cada acontecimiento histórico es una amalgama única de factores, personas o cronologías. Sin embargo, examinando el pasado podemos obtener ejemplos útiles para saber cómo proceder, y si es probable o no que ocurra algo. Tenemos que ser cuidadosos y abarcar con nuestra mirada el ámbito más amplio posible. Si sólo contemplamos los ejemplos que refuerzan decisiones que ya hemos tomado, tendremos problemas. En mayo de 1941 llegaban de todas partes advertencias de que los alemanes estaban dispuestos a atacar a la Unión Soviética, pero Stalin se negó a escucharlas. No quería la guerra con Alemania porque sabía lo mal preparada que estaba la Unión Soviética. Y por lo tanto se convenció de que Alemania no se movería hasta que hubiera hecho las paces con Gran Bretaña. «Hitler y sus generales no son tan estúpidos como para luchar al mismo tiempo en dos frentes», le dijo Stalin a su círculo íntimo. «Así les rompieron el cuello a los alemanes en la primera guerra mundial». Un mes después, las tropas alemanas sobrepasaban a las fuerzas soviéticas, a las que se había dicho que volvieran a sus posiciones defensivas desde las fronteras. Stalin podía haber encontrado otros ejemplos en el pasado si hubiese querido. Hitler había demostrado ser un buen jugador al hacerse con Austria y Checoslovaquia. Su rápida y asombrosa victoria sobre Francia en 1940 sólo había servido para convencerle de que siempre tenía razón. Además, no era ningún secreto su objetivo a largo plazo: desplazarse hacia el este para obtener más territorio para el pueblo alemán.

La historia, si se usa con cuidado, puede presentarnos algunas alternativas, ayudarnos a formular las preguntas que necesitamos hacernos en el presente, y advertirnos de lo que puede fallar. En

los años veinte, T. E. Lawrence criticaba al gobierno británico por su implicación en el nuevo país de Iraq:

La gente de Inglaterra se ha metido en Mesopotamia en una trampa de la cual les será difícil escapar con dignidad y honor. Se han dejado conducir a ella por un continuo escamoteo de información. Los comunicados de Bagdad han sido tardíos, insinceros, incompletos. Las cosas han ido mucho peor de lo que nos habían dicho, nuestra administración ha sido mucho más sangrienta e ineficaz de lo que cree el público. Es una vergüenza para nuestra trayectoria imperial, y quizá pronto esté todo demasiado enconado para hallar una solución normal. Ahora no estamos lejos del desastre. Nuestras desgraciadas tropas indias y británicas, bajo duras condiciones de clima y suministros, están supervisando una zona inmensa, pagando muy cara en vidas cada día la política obstinadamente errónea de la administración civil en Bagdad, pero la responsabilidad, en este caso, no es del ejército, que ha actuado solamente a petición de las autoridades civiles.

En 2002, mientras los gobiernos americano y británico preparaban sus planes para la rápida invasión y lo que asumían confiadamente que sería una breve ocupación de Iraq, habrían hecho bien en fijarse en la anterior ocupación. Los británicos supusieron entonces que sería fácil, que la gente del país les daría la bienvenida o al menos se mostrarían dóciles, y que encontrarían un gobernante árabe servicial que actuase como representante suyo. Además, Iraq les pagaría exportando trigo y posiblemente el petróleo que todavía se tenía que explotar. Esas ilusiones apenas duraron un año. En verano de 1920, las fuerzas británicas fueron puestas a prueba hasta el límite al intentar contener unas revueltas muy extendidas por todo el país. Aunque los británicos pensaban que habían encontrado a su representante en Faisal, a quien hicieron rey al año siguiente, nunca resultó ser el gobernante dócil que ellos querían. Iraq siguió siendo una parte inquieta y problemática de la esfera de influencia británica hasta los años cincuenta. Por el contrario, la coalición se fijó en las ocupaciones equivocadas: la de Alemania o Japón después de la segunda guerra mundial, o quizá sería más justo decir que los encargados de establecer las políticas de 2002 extrajeron unas conclusiones equivocadas de esos episodios. En un discurso en el

Instituto Americano de Empresa el 26 de febrero de 2003 el presidente Bush dijo con fiadadmente: «Hubo un tiempo en que muchos decían que las culturas de Japón o Alemania serían incapaces de mantener unos valores democráticos. Pues bien: estaban equivocados. Lo mismo dicen de Iraq hoy en día. Y están equivocados». Sin embargo, esas ocupaciones anteriores sólo funcionaron porque los aliados hicieron unos planes completos antes de su victoria, porque tenían miles de tropas desplegadas en el terreno y porque trataban con un enemigo que había admitido su derrota.

Si los que tomaban las decisiones cruciales en 2002 hubiesen querido saber cómo responderían los iraquíes a una invasión y una ocupación extranjeras, habrían encontrado algunas ideas e indicaciones instructivas en la experiencia británica, allí o en otras ocupaciones como las de Alemania y Japón al final de la segunda guerra mundial. Cuando intentamos evaluar una situación (aunque es posible que tengamos más información de la que podemos manejar) y llegar a una decisión, usamos ciertas analogías para intentar discernir un modelo y separar lo que es importante de lo que no lo es. Si el presidente Bush o el primer ministro Blair deciden que Saddam Hussein es parecido a Hitler, eso les sugiere algunas formas de tratarle. Si la crisis económica de 2008 se parece al inicio de la Gran Depresión, los gobiernos y los bancos centrales pueden decidir estimular la economía. Si es más bien como el crash de la burbuja de las empresas «punto.com» en los noventa, sería más inteligente tratarlo como una corrección de los mercados a corto plazo. Los seres humanos no siempre encontramos la analogía correcta, pero casi con toda certeza estamos obligados a intentar utilizar alguna.

Los chinos lo comprendieron así durante siglos. La civilización tradicional china invariablemente extraía del pasado relatos y ejemplos morales de cómo comportarse con sabiduría. Ni siquiera los comunistas chinos, que representaban una ideología

progresista, pudieron escapar de los hábitos de siglos. Sus líderes, desde Mao hacia abajo, se referían repetidamente a los acontecimientos del pasado, incluso del pasado distante. Es como si un presidente norteamericano o un primer ministro canadiense introdujesen como al azar referencias a Julio César o a Carlomagno en sus conversaciones, y esperasen que su público les entendiese de inmediato. A finales de los sesenta, Mao contemplaba la posible apertura de las relaciones con Estados Unidos como parte de un contrapeso de la Unión Soviética, teniendo en mente el ejemplo del estadista del siglo III d. C. que había recomendado aliarse con uno de los dos enemigos de su país para derrotar al tercero... y que había instado a su gobernante a elegir a la potencia más lejana como aliada, alegando que era peligroso acercarse demasiado a un enemigo en las propias fronteras. Viendo los resultados de la decisión de Mao (la relación creciente entre China y Estados Unidos y el respeto cada vez mayor con el cual la Unión Soviética y luego Rusia trataban a China) es difícil estar en desacuerdo con semejante razonamiento.

Cuando Estados Unidos dirigió una coalición contra Iraq en la guerra del Golfo, en 1991, sus líderes tenían en mente dos analogías. No querían que las fuerzas americanas quedasen empantanadas en el interior del país, como había ocurrido en Vietnam, y querían disuadir al régimen de Hussein de posteriores aventuras como habían hecho con la política de contención de la Unión Soviética y la República Popular China en la guerra fría. Aunque el presidente George H. W. Bush y su jefe del Estado Mayor, el general Colin Powell, fueron muy criticados, especialmente por la derecha, por no invadir Iraq y deponer a Hussein, de hecho actuaron prudentemente. Las fuerzas norteamericanas y de la coalición no quedaron empantanadas en una guerra en tierra, y aunque el régimen de Hussein sobrevivió, su capacidad de amenazar a sus vecinos era mínima. (Aun así, desgraciada-

mente, tenía medios suficientes para matar y reprimir a los ciudadanos iraquíes).

Las analogías de la historia deben ser tratadas con mucho cuidado, por supuesto. Usar una analogía errónea no sólo puede presentar un retrato excesivamente simplificado de una situación compleja del presente, sino que puede conducir a decisiones equivocadas. Después del 11 de septiembre de 2001 se puso de moda, especialmente entre los neoconservadores, decir que Occidente está enfrascado en la cuarta guerra mundial. Norman Podhoretz, un importante pensador neocon, afirmaba que la guerra fría en realidad fue la tercera guerra mundial, y que ahora, después de un breve periodo de paz en los noventa, estamos embarcados en una lucha igualmente enorme y mortal contra el fundamentalismo islámico. Como en el resto de las guerras mundiales, Estados Unidos y sus aliados son la parte inocente; otros han emprendido la guerra contra ellos. Occidente no hace más que defenderse, hasta en guerras como la de Iraq, donde ha sido el atacante. Según ese punto de vista, la guerra es moral, del bien contra el mal. Una manera conveniente y resumida de referirse a ello es la del «eje del mal», una expresión cuya autoría reclama orgullosamente el canadiense David Frum. No importa que el Eje, en la segunda guerra mundial, fuese un conjunto de alianzas bien engranadas entre Alemania, Italia y Japón, y en cambio en este caso se dice que incluye a Iraq e Irán, países que estuvieron en guerra el uno contra el otro en los ochenta, y Corea del Norte, cuyos líderes probablemente tendrían muchos problemas para localizar en un mapa a sus dos supuestos socios. No importa tampoco que la guerra fría no fuera en absoluto como las dos grandes luchas militares de las dos guerras mundiales y que no acabase con armisticio alguno en un campo de batalla, sino mediante el colapso de uno de los protagonistas. Los que critican el carácter abierto y la naturaleza poco definida de la «guerra del terror» o la ocupación de Iraq son considerados unos

aislacionistas, cobardes o algo peor. Revisando la obra más reciente de Podhoretz, *World War IV: The Long Struggle Against Islamofascism* (*La cuarta guerra mundial: la larga lucha contra el islamofascismo*), Ian Buruma escribió: «Este libro expresa una extraña nostalgia por el estado de guerra, por la claridad que supone y la oportunidad que nos da de separar a nuestros conciudadanos, o en realidad al mundo entero, en dos grupos definidos, amigos y enemigos, camaradas y traidores, guerreros y pacificadores, aquellos que están con nosotros y aquellos que están contra nosotros».

Otra analogía que ha hecho fortuna a lo largo de los años es Múnich, una palabra que resume las políticas de apaciguamiento que usaron las democracias en los años treinta con los dictadores en un esfuerzo vano por evitar otra guerra. Referida a la Conferencia de Múnich de 1938, en la que Gran Bretaña y Francia acordaron que la Alemania de Hitler podía quedarse con las partes de habla alemana de Checoslovaquia, la palabra «Múnich» se ha convertido en el símbolo de la debilidad frente a la agresión. Si las democracias hubiesen plantado cara a Hitler —y mejor incluso a principios de los años treinta, antes de que Alemania hubiese podido rearmarse— y también a Italia y a Japón, se podría haber evitado, o eso afirman los críticos del apaciguamiento, la segunda guerra mundial. Pero ¿qué significa exactamente esta analogía? ¿Que no hay que dialogar nunca con los enemigos ni intentar encontrar un terreno común? En ese caso, el presidente Dwight Eisenhower cuando habló con Nikita Jruschov, o Nixon con Mao, podrían ser descritos como apaciguadores. ¿Se equivocaron las democracias en los años treinta al intentar evitar la guerra? Estaban obsesionadas por la espantosa cifra de muertos de la primera guerra mundial, tan reciente aún, y por el temor de que la nueva tecnología de las bombas destruyera la civilización. En lo que se equivocaban hombres como Neville Chamberlain, y es fácil decir esto retrospectivamente, era en su creencia de que Hi-

tlar se detendría una vez satisfechos los objetivos «razonables» de Alemania, como el *Anschluss* con Austria.

En mayo de 2008, el presidente Bush, en un discurso al Knesset de Israel, criticó a quienes pensaban que podían dialogar constructivamente con enemigos de Estados Unidos como Siria, Irán y la organización Hamás. Aunque no los nombró, la mayoría de la gente supuso que se refería al presidente Jimmy Carter y al candidato presidencial demócrata Barack Obama, y quizá a sus propios anfitriones. «Cuando los tanques nazis cruzaban Polonia en 1939», dijo Bush, «un senador norteamericano exclamó: “Dios mío, si hubiera podido hablar con Hitler, todo esto se podría haber evitado”. Tenemos la obligación de llamar a esa actitud por su nombre: el falso consuelo del apaciguamiento, que se ha visto repetidamente desacreditado por la historia». Sin embargo, ¿son Siria e Irán lo mismo que la Alemania nazi? ¿Dialogar con ellos es signo de debilidad, o más bien un intento inteligente de negociar la paz? ¿Es un error siempre intentar dialogar con las organizaciones terroristas? Los británicos lucharon contra el IRA en Irlanda del Norte, pero también han estado siempre dispuestos a negociar con ellos. No está siempre absolutamente claro lo que es apaciguamiento y lo que no. Pero es innegable que la analogía de Múnich ha arraigado con fuerza entre los estadistas desde siempre, y se ha aplicado con liberalidad para justificar toda una serie de políticas distintas. Anthony Eden, el primer ministro británico que sucedió a Churchill, empleó esta analogía con efectos desastrosos cuando intentó tratar con el dictador egipcio Gamal Abdel Nasser en 1956. Como muchos líderes de lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo, Nasser estaba dispuesto a recibir ayuda de ambos lados en la guerra fría. Compraba armas a la Checoslovaquia comunista, pero también intentó obtener un préstamo de Estados Unidos para construir la presa de Asuán, en el Nilo. El secretario de estado norteamericano John Foster Dulles no consiguió que se aprobara ese préstamo a

través del Congreso. Como represalia y para conseguir los fondos que necesitaba, Nasser nacionalizó el canal de Suez, que hasta el momento era propiedad de los británicos y estaba gestionado por ellos. La reacción de Eden fue inequívoca. Como secretario de exteriores británico en los años treinta, se había enfrentado a dictadores. Ahora, el mundo y él se enfrentaban de nuevo a algo similar. Como escribió en sus memorias: «El éxito en una serie de aventuras que implicaban la ruptura de los acuerdos en Abisinia, en Renania, en Austria, en Checoslovaquia y en Albania había convencido a Hitler y a Mussolini de que las democracias no tenían la voluntad de resistir, y que ellos podían avanzar con certeza de éxito de mojón en mojón por todas las carreteras que conducían al dominio del mundo... Cuando mis colegas y yo analizamos la situación en aquellos meses del otoño de 1956, estábamos decididos a que aquello no volviera a suceder». Pero Nasser no tenía el empeño de Hitler de conquistar a sus vecinos. Más bien era un nacionalista que necesitaba con desesperación recursos para desarrollar su propio país y supervisar estrechamente su posición de liderazgo en Oriente Medio. La acción británica para apoderarse del canal de Suez, en connivencia con los franceses y los israelíes, no sólo estuvo mal pensada sino que congregó a todos los egipcios y al mundo árabe en general en apoyo de Nasser. Además enfureció a los norteamericanos, que sin ver en todo aquello una repetición de los hechos de los años treinta, se preocupaban más por el impacto moral en otros países del Tercer Mundo.

En 1950, cuando las tropas de Corea de Norte se trasladaban hacia el sur, el presidente Harry Truman habló con claridad de la necesidad de emprender la acción: «El comunismo estaba actuando en Corea igual que habían actuado Hitler y los japoneses diez, quince o veinte años antes». Quizá tuviese razón. No existe duda alguna de que Stalin, como Hitler, apostaba por una victoria fácil. En el caso de Stalin, sin embargo, estaba dispuesto a re-

tirar su apoyo a Corea del Norte en cuanto éste se volviese demasiado costoso. Existen pocas pruebas de que Hitler hubiese abandonado sus exigencias sobre Europa aun encontrándose una oposición más fuerte por parte de las democracias. Estaba decidido a la guerra más tarde o más temprano. El presidente Kennedy, cuya tesina de graduación —posteriormente convertida en libro, *Why England Slept (Por qué dormía Inglaterra)*— trataba del apaciguamiento británico, tenía en mente Múnich cuando discutía con sus consejeros sobre cómo enfrentarse a la Unión Soviética en el tema de los misiles de Cuba. Los treinta, decía Kennedy, «nos enseñaron una buena lección: la conducta agresiva, si se permite que persista sin detenerla y sin enfrentarse a ella, al final conduce a la guerra». Prudentemente, sin embargo, utilizó un bloqueo naval en lugar de una guerra declarada para presionar a los soviéticos. Y por fortuna también, acababa de leer el libro de Barbara Tuchman *Los cañones de agosto*, sobre el comienzo de la primera guerra mundial, y era dolorosamente consciente de que una serie de errores y torpezas encadenados pueden acabar por producir una catástrofe muy grave. Pocos años después, el sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson, usó de nuevo esa analogía, esta vez con Vietnam. No quería ser como Neville Chamberlain, el primer ministro británico que trató con Hitler. Le dijo a su biógrafo que sabía que si salía de Vietnam, «le estaría dando una jugosa recompensa a la agresión».

Cuando Johnson tuvo que decidir si enviaba o no tropas de tierra a Vietnam en 1965, el debate de su administración se centró sobre todo en las analogías. Como demostró Yuen Foong Khong, de la Universidad de Oxford, Múnich, la guerra de Corea y la derrota francesa en 1954 fueron usadas como ejemplo en las encarnizadas discusiones que tuvieron lugar. Por una parte estaban los que, como Robert McNamara, Dean Rusk, el secretario de estado, y William Bundy, el ayudante del secretario de estado para asuntos de Asia y el Pacífico, afirmaban que tanto

Múnich como Corea aconsejaban una mayor presencia norteamericana en Vietnam. Tal y como decía Bundy, la idea era «que la agresión de cualquier tipo debe responderse enseguida y frontalmente, o si no habrá que arreglarlo más tarde y en peores circunstancias. Ya hemos aprendido del ejemplo de los años treinta: Manchuria, Etiopía, Renania, Checoslovaquia». Lo que habían aprendido también, y esto complicaba la decisión, era que China probablemente intervendría si la guerra se acercaba demasiado a sus fronteras. Y esto al final limitaría la respuesta americana en Vietnam, de una forma que no había ocurrido en Corea.

El defensor más acérrimo de la idea de no enviar tropas era George Ball, subsecretario de estado. En la primavera de 1965 advirtió que aunque enviara medio millón de efectivos, Estados Unidos «quizá no sea capaz de luchar con éxito en esta guerra». Citó la analogía de la guerra francesa en Vietnam, que había acabado con la rendición de la guarnición de Dien Bien Phu. «Los franceses», señalaba, «ya lucharon en una guerra en Vietnam [*sic*] y fueron plenamente derrotados... después de siete años de sangrientos combates y cuando todavía tenían 250 000 combatientes curtidos y veteranos en el terreno, apoyados por un ejército de 205 000 sudvietnamitas». También señalaba que a ojos de muchos vietnamitas, los americanos habían reemplazado a los franceses como potencia colonial, sencillamente. Como ocurriría después con el presidente Bush y la analogía entre Argelia e Iraq, los adversarios de Ball se dedicaron a demostrar que los americanos eran distintos de los franceses. Francia había estado dividida antes de la guerra, y su liderazgo político era débil e inestable. El público americano apoyaba la guerra en general, excepto unos pocos clérigos y universitarios, y la administración estaba decidida a permanecer allí y ganar. Además, muchos vietnamitas «bien informados» sabían que Estados Unidos no estaba allí por ningún objetivo egoísta, sino para defender la independencia de Vietnam del Sur. En la batalla de las analogías, Ball perdió. Como

dijo Henry Cabot Lodge, embajador americano en Vietnam del sur, causando gran sensación, «siento que hay una amenaza mayor, la de iniciar una tercera guerra mundial, si no vamos. ¿No ven acaso la similitud con nuestra propia indolencia en Múnich?».

La guerra de Vietnam a su vez iba a producir sus propias analogías. De esa desgraciada experiencia surgieron dos vías principales de aprendizaje. La conclusión que encontró favor entre liberales y demócratas fue que, en primer lugar, Estados Unidos nunca tendría que haberse visto involucrado. Eisenhower, Kennedy y luego Johnson habían permitido que Estados Unidos se metiera en una guerra sin unos objetivos claramente definidos y en la cual no parecían estar en juego los cruciales intereses americanos. El resultado fue una pérdida de autoridad moral por parte de Estados Unidos, a medida que se iba encontrando metido en el papel de bravucón imperialista y sus soldados cometían atrocidades como la masacre de My Lai. La lección más importante era que Estados Unidos tenía que evitar verse envuelto de nuevo en conflictos semejantes. La otra lección, más atractiva para la derecha, era que la guerra de Vietnam se habría podido ganar si Estados Unidos hubiera estado dispuesto a ir a por todas, bombardear Vietnam del Norte hasta someterlo y enviar más tropas aún sobre el terreno. Se tendría que haber manejado mejor a la prensa y la opinión pública para evitar todas esas críticas y ese derrotismo que habían acabado por socavar la campaña bélica en el país.

En 1991, cuando la administración de Bush pensaba si emprender o no acciones contra Hussein, Vietnam salió a la palestra como ejemplo de lo que no se debía hacer. Colin Powell, que había luchado en Vietnam, ya extrajo entonces sus propias conclusiones. Si Estados Unidos volvía a verse implicado en otra guerra, debía acudir con unas fuerzas abrumadoras y con unos objetivos claros. Nunca jamás debía dejarse atrapar en un conflicto

abierto que desangrara a las fuerzas armadas y crease disensiones en casa. La justificación se veía en parte en Múnich. Ciertamente, en su invasión de Kuwait, Hussein era el agresor indudable, y la acción militar detuvo cualquier intento posterior de enredar con sus vecinos. Iraq quedó gravemente debilitado y dispuesto a cooperar, aunque a regañadientes, con los inspectores de armas de las Naciones Unidas.

La nueva administración Bush se concentró en Iraq después del 11 de septiembre y también usó la analogía de Múnich, pero su relevancia era mucho menos convincente. En los años treinta, Hitler encabezaba uno de los países más poderosos del mundo. Tal y como decía el erudito americano Jeffrey Record, «Hitler no era débil ni se podía someter a disuasión; Saddam en cambio era débil y disuadible». En 1991, la Operación Tormenta del Desierto acabó casi antes de empezar. En 2003 llevó tres semanas derrotar completamente a Hussein con unas fuerzas relativamente pequeñas; había costado cuatro años derrotar a Hitler con las fuerzas unidas del Imperio británico, la Unión Soviética y Estados Unidos. Aunque tanto la administración Bush como la de Blair intentaron retratar a Hussein como una amenaza para el mundo a medida que se aproximaba la invasión, las pruebas de que poseía armas de destrucción masiva, como bien sabemos ahora, eran muy endebles en el mejor de los casos. Y la afirmación de que Hussein estaba aliado de alguna forma con Osama bin Laden era absurda para cualquiera que supiera un poco de historia. Hussein era un secularista, Bin Laden un fanático religioso. No había buenas vibraciones entre los dos hombres, y en realidad Bin Laden había exhortado repetidas veces a los iraquíes a que derrocaran a Hussein. Podemos aprender de la historia, pero también engañarnos a nosotros mismos cuando buscamos selectivamente pruebas en el pasado para justificar lo que ya hemos decidido hacer.

Conclusión

La tarde del 11 de septiembre de 2001, la escritora americana Susan Jacoby oyó por casualidad a dos hombres que hablaban en un bar de Nueva York. «Esto es igual que Pearl Harbor», decía uno. «¿Qué es Pearl Harbor?», preguntaba el otro. «Cuando los vietnamitas tiraron bombas en una bahía y así empezó la guerra de Vietnam», contestó el primer hombre. ¿Importa que estuvieran equivocados? Yo diría que sí, que una ciudadanía que no es capaz de poner en contexto el presente y que tiene tan pocos conocimientos del pasado puede alimentar con demasiada facilidad el discurso de los que dicen hablar con conocimiento de la historia y de sus ejemplos. Se puede acudir a la historia, como hemos visto, para fortalecer la solidaridad del grupo, a menudo a expensas del individuo, para justificar el mal trato a los demás, y para reforzar argumentos a favor de determinadas políticas y actuaciones. El conocimiento del pasado nos ayuda a enfrentarnos a afirmaciones dogmáticas y a evitar las generalizaciones. Nos ayuda a todos a pensar con mayor claridad.

Si aquellos dos hombres confusos del bar hubiesen conocido mejor Pearl Harbor, habrían comprendido que el ataque al World Trade Center no era lo mismo que el ataque de Japón a Estados Unidos en 1941. Aquella fue una guerra entre dos estados; esto en cambio, un acto de terrorismo. Y eso nos indica que la táctica y la estrategia tuvieron que ser diferentes ya desde antes. Aunque muchos, incluyendo la administración de Bush, hablasen de «guerra contra el terror», la analogía es engañosa. Las

guerras se hacen a los enemigos, no a las ideas; las guerras tienen objetivos concretos (normalmente, obligar al enemigo a rendirse), pero la guerra del terror no tiene un objetivo claramente definido. Y el ataque al World Trade Center no se parecía en nada a Vietnam. En este caso, Estados Unidos hacía la guerra a un país enemigo, y tenía un enemigo concreto, Vietnam del Norte y sus aliados del sur.

Después del 11 de septiembre, cuando los norteamericanos estaban conmocionados, furiosos y asustados, era crucial que tanto ellos como sus líderes fueran capaces de pensar con claridad. ¿Quién era el enemigo, para empezar? Aquí ayudaba la historia, porque arrojaba luz no sólo sobre Al Qaeda y sus objetivos, sino sobre los motivos de que sintiera tanto odio hacia Occidente. La historia también ayudaba a recordar a los norteamericanos cómo tendía a comportarse su país en el mundo y ante las amenazas. Esos recordatorios fueron ignorados por la administración, que se preparaba para la guerra primero en Afganistán y luego en Iraq. Un año después del ataque a las Torres Gemelas, Paul Schroeder, uno de los historiadores más reflexivos de Estados Unidos en temas de asuntos exteriores, escribió un artículo titulado «¿Qué ha cambiado desde el 11S? No demasiado, y no para mejor», en el cual instaba a los norteamericanos a considerar lo que había ocurrido dentro de un contexto más amplio histórico y global. Sí, decía, el ataque ha sido espantoso, pero no ha causado un daño perdurable a Estados Unidos. Ciertamente, el ataque terrorista seguía siendo grave, pero no era tan grande como los que habían sufrido otros estados, tanto en el presente como en el pasado. Sin embargo, la administración Bush aprovechaba el 11 de septiembre para hacer valer el derecho de Estados Unidos a decidir a quién atacar cuando le diera la gana, sin consultar a sus aliados ni a corporaciones mundiales como las Naciones Unidas. «Es difícil de entender e imposible de exagerar», decía Schroeder, «lo original, arrolladora, peligrosa y subversiva para el orden y la

paz mundial que es esta nueva doctrina de Bush. Viola las dos piedras angulares del sistema internacional desarrollado a lo largo de los últimos cinco siglos: el principio de independencia, de igualdad jurídica y de estatus coordinado de sus componentes (ahora casi en su totalidad estados), y su principio complementario igualmente vital, es decir, la necesidad inapelable de que tales unidades independientes formen y se adhieran a asociaciones para sus objetivos comunes, y seguir normas y prácticas reconocidas, especialmente a la hora de buscar la paz y la seguridad». Estados Unidos, además, abandonaba su propia historia de cooperación con otros a la hora de mantener el orden mundial, y en su invasión y ocupación de Iraq, su larga historia de oposición al imperialismo. Y mucho peor aún, como demostrarían posteriormente Abu Ghraib y Guantánamo, todo aquello socavaría y comprometería su íntimo y profundo respeto por el imperio de la ley.

La historia, al dar contexto y ejemplos, ayuda cuando toca pensar en el mundo presente. Nos ayuda a formular interrogantes, y sin buenos interrogantes, es muy difícil pensar de una forma coherente. El conocimiento de la historia sugiere el tipo de información que se podría requerir para responder esas preguntas. La experiencia nos enseña cómo evaluar esa información. Cuando miran hacia el pasado, los historiadores aprenden a comportarse como el magistrado instructor en el sistema judicial francés. ¿Qué ocurrió, y por qué?, pregunta el historiador. La historia exige que tratemos todas las pruebas con seriedad, especialmente cuando esas pruebas contradicen suposiciones que hemos hecho anteriormente. ¿Dicen la verdad los testigos? ¿Cómo podemos comparar una versión con otra? ¿Hemos hecho las preguntas adecuadas, o las únicas posibles? Los historiadores van más allá aún y se preguntan qué significa un acontecimiento, pensamiento o actitud determinados del pasado. ¿Es importante esto o no? Las respuestas dependerán en parte de lo que pregun-

temos ahora en el presente, y de lo que pensemos que es importante. La historia no nos ofrece respuestas definitivas para todos los tiempos. Es un proceso.

La historia puede ayudarnos a desentrañar un mundo complicado, pero también nos puede advertir del peligro que representa asumir que sólo hay una forma posible de mirar las cosas, o un curso de acción determinado. Siempre debemos estar dispuestos a considerar alternativas y a poner objeciones. No debemos dejarnos impresionar cuando nuestros líderes nos dicen, firmemente, «la historia nos enseña esto» o «la historia demostrará que tenemos razón». Pueden simplificar y forzar comparaciones inexactas, igual que podemos hacer cualquiera de nosotros. Hasta los más listos y los más poderosos (y ambos no tienen por qué ser los mismos) transitan confiadamente por caminos erróneos. Es muy útil también recordar, como ciudadanos, que los que se encuentran en puestos de autoridad no siempre conocen mejor las cosas.

Como la historia se apoya en una actitud mental escéptica, ya sea hacia las pruebas o hacia las explicaciones globales, también puede inculcar una saludable propensión a cuestionar a nuestros líderes. No siempre tienen razón; en realidad, más bien ocurre lo contrario. En 1893, el comandante naval británico del Mediterráneo, el vicealmirante George Tryon, decidió hacerse cargo del mando personal de las maniobras navales de verano. Cuando ordenó dar media vuelta a dos hileras paralelas de buques de guerra, sus oficiales intentaron advertirle de que habría una colisión. Un cálculo relativamente sencillo demostraba que los círculos combinados de los buques eran más grandes que la distancia entre ellos. Mientras sus oficiales contemplaban la escena desesperados, el buque insignia, el *Victoria*, fue embestido por el *Camperdown*. Tryon se negó a creer que los daños fuesen graves, y ordenó que los buques cercanos no arriaran los botes salvavidas. El *Victoria* se hundió y se llevó con él 357 marineros. La Carga de la

Brigada Ligera, en la cual la flor y nata de la caballería británica se dirigió en línea recta hacia las bocas de los cañones rusos, es un recordatorio similar de la estupidez humana, no sólo de lord Cardigan, que dirigía la carga, sino de todo el sistema que le permitió estar al mando. Tal y como dijo el periodista americano David Halberstam en el último artículo que escribió, «es una historia del pasado que hemos podido leer una y otra vez: el momento más peligroso para cualquier nación podría ser ese momento de su historia en que las cosas van inusualmente bien, porque sus líderes se llenan de hubris y de la sensación de tener derecho a algo, enmascarada como rectitud».

La humildad es una de las lecciones más útiles que el pasado puede dar al presente. Como decía el distinguido hombre de letras británico John Carey, «una de las tareas más útiles de la historia es hacernos comprender lo ardua, honrada y dificultosamente que las generaciones pasadas persiguieron objetivos que ahora nos parecen erróneos o vergonzosos». La esclavitud tuvo sus defensores en tiempos. Pensemos en los argumentos sobre la posición de la tierra y del sol, o en la convicción que tenían muchos victorianos, aparentemente apoyada por la ciencia, de que había razas superiores e inferiores, o la suposición habitual hace sólo unas décadas de que las mujeres y los negros no podían ser buenos ingenieros o médicos.

La historia también anima a la gente del presente a que reflexionen sobre sí mismos. «El pasado es un país extranjero; aquí se hacen las cosas de otra manera», escribió una vez el novelista inglés L. P. Hartley. Saber que la civilización clásica china valoraba a los eruditos más que a los soldados, o que la familia romana era muy distinta de la nuclear del Occidente moderno nos enseña otros valores y otras formas de organizar la sociedad. Eso no quiere decir que todos los valores sean relativos; más bien deberíamos estar dispuestos a examinar los nuestros propios y a no darlos por sentados sin más pensando que son los mejores. John

Arnold, el historiador británico, lo expresaba de una forma elegante: «Visitar el pasado es de alguna manera como visitar un país extranjero: hacen algunas cosas igual que nosotros y otras cosas las hacen de una forma distinta, pero por encima de todo, nos hacen más conscientes de lo que llamamos “hogar”».

Aunque el estudio de la historia no consiga enseñarnos más que humildad, escepticismo y conciencia de nosotros mismos, ya habrá hecho algo útil. Debemos continuar examinando nuestras suposiciones y las de los demás y preguntarnos: ¿cuáles son las pruebas? O bien: ¿existe otra explicación? Deberíamos mostrar cautela ante las reivindicaciones grandilocuentes en nombre de la historia, o ante aquellos que aseguran haber descubierto la verdad de una vez para siempre. Al final, el único consejo que puedo dar es: úsela, disfrútela, pero trate siempre la historia con cuidado.

Lecturas complementarias

Existe una enorme y creciente cantidad de obras sobre los usos y abusos tanto de la historia como del recuerdo. Esta es una lista de algunas de las obras que he encontrado más útiles.

Abu El-Haj, Nadia, *Facts on the Ground: Archaeological Practice and Territorial, Self-Fashioning in Israeli Society*, University of Chicago Press, Chicago, 2002.

Appleby, R. Scott, «History in the Fundamentalist Imagination», *Journal of American History*, 89, n.º 2 (2002).

Arnold, John H., *History: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2000.

Bacevich, Andrew J., «The Real World War IV», *Wilson Quarterly* 29, n.º 1 (invierno 2005).

Bell, Duncan (ed)., *Memory, Trauma, and World Politics: Reflections on the Relationship Between Past and Present*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2006.

Black, Jeremy, *The Curse of History*, Social Affairs Unit, Londres, 2008.

Brundage, W. Fitzhugh, *The Southern Past*, Harvard University Press, Cambridge, 2005.

Cannadine, David (ed), *What Is History Now?*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2002. [¿Qué es la historia ahora?, trad. F. Santaella Serrano, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2005].

Carr, E. H., *What Is History?*, Macmillan, Londres, 1961. [¿*Qué es la historia?*, trad. de J. Romero Maura y H. Vázquez Rial, Ariel, Barcelona, 2003].

Collingwood, R. G., *The Idea of History* (ed. rev.), Oxford University Press, Oxford, 1994.

Delisle, Esther, *Myths, Memory, and Lies: Quebec's Intelligentsia and the Fascist Temptation, 1939-1960*, Robert Davies, Westmount, 1998.

Evans, Richard, *In Defence of History*, Granta, Londres, 2000.

Fischer, David Hackett, *Historians' Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought*, Harper and Row, Nueva York, 1970.

Gardner, Lloyd C. y Marilyn B. Young, *Iraq and the Lessons of Vietnam; or, How Not to Learn from the Past*, New Press, Nueva York, 2007.

Geary, Patrick J., *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe*, Princeton University Press, Princeton, 2002.

Gillis, John R. (ed.), *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

Halberstam, David, «The History Boys», *Vanity Fair*, agosto 2007.

History & Memory (publicación).

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983. [*La invención de la tradición*, trad. E. Omar Rodríguez, Crítica, Barcelona, 2002].

Howard, Michael, *Captain Professor: The Memoirs of Sir Michael Howard*, Continuum, Londres, 2006.

—«The Use and Abuse of Military History». *RUSI Journal*, 107 (febrero, 1962).

Judah, Tim, *The Serbs: History, Myth, and the Destruction of Yugoslavia*, Yale University Press, New Haven, 1997.

Karlsson, Klas-Göran y Ulf Zander, (eds.), *Echoes of the Holocaust: Historical, Cultures in Contemporary Europe*, Nordic Academic Press, Lund, 2003.

Khong, Yuen Foong, *Analogies at War: Korea, Munich, Dien Bien Phu, and the Vietnam Decisions of 1965*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

Lebow, Richard Ned, Wulf Kansteiner y Claudio Fogu (eds.), *The Politics of Memory in Postwar Europe*, Duke University Press, Durham, 2006.

Linenthal, Edward T. y Tom Engelhardt, *History Wars: The Enola Gay and Other Battles for the American Past*, Henry Holt, Nueva York, 1996.

Lowenthal, David, *The Heritage Crusade and the Spoils of History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

May, Ernest R., «Lessons» of the Past: *The Use and Misuse of History in American Foreign Policy*, Oxford University Press, Nueva York, 1973.

Murray, Williamson y Richard Hart Sinnreich, *The Past as Prologue: The Importance of History to the Military Profession*. Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

Neustadt, Richard E. y Ernest R. May, *Thinking in Time: The Uses of History for Decision Makers*, Free Press, Nueva York, 1986.

Nobles, Melissa, *The Politics of Official Apologies*, Cambridge University Press, Nueva York, 2008.

Novick, Peter, *The Holocaust in American Life*, Houghton Mifflin, Boston, 2000. [Judíos, ¿vergüenza o victimismo?: el holocausto en la vida americana, trad. J. Cuéllar Menezo, Marcial Pons, Madrid, 2007].

Pappé, Ilan, *The Ethnic Cleansing of Palestine*, Oneworld, Londres, 2006. [*La limpieza étnica de Palestina*, trad. de L. A. Noriega Hederich, Crítica, Barcelona, 2008].

Record, Jeffrey, «The Use and Abuse of History: Munich, Vietnam, and Iraq», *Survival* 49, n.º 1 (primavera 2007).

Winter, Jay, *Remembering War: The Great War Between Memory and History in the Twentieth Century*, Yale University Press, New Haven, 2006.

Winter, Jay y Antoine Prost, *The Great War in History: Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Yoshida, Takashi, *The Making of the «Rape of Nanking»: History and Memory in Japan, China, and the United States*, Oxford University Press, Nueva York, 2006.

ÍNDICE

Usos y abusos de la Historia	2
Agradecimientos	5
Introducción	7
1. La locura por la Historia	10
2. La Historia como consuelo	20
3. ¿A quién pertenece el pasado?	38
4. Historia e identidad	55
5. Historia y nacionalismo	83
6. Presentar la factura de la Historia	93
7. Las guerras de la Historia	112
8. La Historia como guía	140
Conclusión	166
Lecturas complementarias	172